Sophie Saint Rose



Complices 2

Cómplices 2

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Capítulo 1

Cristel entró en la comisaría veintiséis y esquivó a un grupo de mujeres vestidas de conejitas, que gritaban que les habían robado el equipaje del hotel. Se acercó al mostrador para decir —¡Soy la detective Portland! ¡Me incorporo hoy! ¡Debo hablar con el teniente que dirige el departamento de homicidios!

—¡Arriba! —gritó la policía de uniforme que intentaba calmarlas—. ¡A la derecha!

¿Qué había dicho? Separó los labios para preguntar si el teniente estaba arriba, pero con aquel griterío no podía ni escuchar sus propias ideas. Metió los dedos en la boca y silbó con fuerza haciendo que todas les miraran. —¡Cómo no se callen y hablen una por una, las detengo por escándalo público y por entorpecer la labor policial, leche!

Se quedaron mudas mirándola con los ojos como platos y la policía sonrió de oreja a oreja. —Arriba a la derecha.

—Gracias. —Dio un paso hacia una conejita de blanco que no hacía más que llorar. —¿Eres la novia? —Sorbió por la nariz antes de asentir. —Ahora os tomarán los datos. —Miró a las demás. —¿Alguien tiene tarjeta de crédito? —Todas levantaron las manos y sonrió irónica. —¿Y qué hacéis aquí? ¿Creéis que encontraremos vuestro equipaje? Iros de compras, tomaos unas copas y disfrutad de la ciudad. Estáis perdiendo un tiempo precioso.

Asombradas vieron cómo iba hacia las escaleras. La novia miró a las demás. —Pues tiene razón.

Al llegar arriba le sonó el móvil y lo sacó del bolsillo de su chaqueta. Al ver quien era sonrió. —Robert, veo que te has enterado. —Rio por lo bajo. —Sí, me llamaron hace veinte minutos. Por supuesto que pienso ir a despedirme de todos. Sí, ya sé que esta noche quedamos en el bar para celebrarlo. Invito yo. ¿Sorprendida? Mucho, no me lo esperaba tan pronto. Llevo luchando tanto para llegar hasta aquí… Sí, al parecer he pedido el traslado en el momento oportuno. —Miró hacia su derecha y se quedó sin aliento al ver quien estaba en un gran despacho que debía ser el del teniente. —Robert, ¿sabes si ha habido más ascensos? —Se giró de

golpe sintiendo la emoción en su pecho. —Creo que mi teniente es Ranko Dickerson. Que sí. Está sentado tras la mesa con los pies sobre ella como si fuera el dueño mientras lee lo que parece un expediente. —Le miró de reojo. —Creía que trabajaba en la veinticinco. —Se mordió el labio inferior mientras el que había sido su compañero hasta hacía una hora le decía lo que ella ya sabía. —Sí, con tantas detenciones a sus espaldas merecía el ascenso. Oye, tengo que dejarte, debo presentarme. Sí, a las siete.

Colgó el teléfono e intentando controlarse metió el móvil en el bolsillo de su traje antes de pasarse las manos por las sienes comprobando que su cabello rubio estuviera en su sitio. Dios, Ranko Dickerson. Aquello no era un ascenso, aquello era el ascenso del siglo. Iba a trabajar con el mejor policía de Manhattan. Tomó aire y se volvió intentando parecer profesional. Nada mejor que una buena primera impresión para que le cayera en gracia. Disimulando los nervios que tenía porque se moría por caerle en gracia, se acercó a la puerta abierta y dio dos golpecitos en el cristal. Él levantó la vista traspasándola con esos ojos grises que había visto mil veces en fotografía, pero no estaba preparada para el vuelco que pegó su corazón.

—¿Si? —preguntó con voz grave.

Reaccionó dando un paso hacia el interior del despacho. —Soy la detective Portland, me han destinado a homicidios en esta comisaría.

—¿De veras? —La miró de arriba abajo y sin poder evitarlo se sonrojó como una colegiala. ¿Qué diablos le pasaba? —¡Será una broma! —exclamó sobresaltándola.

Cristel parpadeó. —¿Perdón?

—¡Solicité detectives, no muñequitas que imitan a agentes del FBI! —Cerró el expediente de mala manera tirándolo sobre la mesa. —¿De qué departamento vienes? ¡Porque tú no eres de homicidios!

—De desapariciones.

—¡Estupendo! —Se levantó furioso. —¡Pido detectives experimentados y me mandan a una novata! —Puso las manos en jarras apretando los labios antes de bufar como si no le gustara un pelo. Evidentemente no le había caído en gracia, tenía que hacer algo.

—Soy buena en lo que hago y si me da una oportunidad…

—¡No me queda otro remedio, guapa! ¡Tres de mis detectives están de baja, estoy bajo mínimos! ¡Sargento Rivera!

Se volvió para ver que un hombre de unos treinta y cinco años y muy moreno de pelo y piel se levantaba y se acercaba a la puerta. —¿Si, jefe?

—Esteban, esta es tu nueva compañera. —La miró interrogante como si ya no se acordara de su nombre.

—Portland, Cristel Portland.

—Hasta tiene nombre de modelo de catálogo de lencería.

Molesta entrecerró sus ojos verdes. —¿Esta es una prueba para comprobar mi carácter? Porque lo tengo, ¿sabe? ¡Y eso ha sonado un poco sexista!

—¿No me digas?

—Ranko, la nueva se te sube a las barbas —dijo su compañero divertido.

Le fulminó con la mirada. —Oye majo, ¿por qué no cierras el pico? Yo no soy una enchufada que está aquí porque mi compañero ha sido ascendido a teniente.

Rivera perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho?

Ambos cabreados miraron al teniente antes de gritar a la vez —¡Quiero otro compañero!

—No me jodáis, que no estoy de humor. ¡Desde que he llegado aquí esta mañana no hacen más que tocarme los huevos! ¡Fuera de mi despacho y poneos a trabajar! —Como ninguno de los dos se movía, fue hasta la puerta y gritó furibundo —¡Fuera!

Salieron del despacho a toda prisa y el portazo rompió el cristal de la puerta. Cristel se volvió asombrada y este al otro lado gruñó antes de gritar —¡Qué alguien llame a mantenimiento!

Sí que tenía mal carácter, sí. Vio como frustrado se pasaba la mano por su cabello negro antes de regresar a su mesa y Rivera chasqueó la lengua.

—¿Siempre es así?

—Hoy tiene un buen día. Le gusta el puesto.

Asombrada miró sus ojos negros. —¿De veras? Pues no se nota.

—Oh, te lo aseguro. Le conozco muy bien. —Se volvió yendo hacia una mesa que tenía otra vacía justo en frente. Esta miraba hacia su escritorio que estaba atestado de cosas. Así que estarían cara a cara, pero lo mejor es que ella tenía una vista privilegiada del despacho del jefe. —Tu sitio es ese —dijo confirmando lo que ya

sabía. Cogió un montón de expedientes y los puso sobre su mesa—. Revisa esto. Al parecer hay mucho trabajo pendiente.

Al ver la enorme pila de casos por investigar separó los labios. —¿Todo eso es nuestro?

Él señaló hacia su derecha donde había un montón más que estaban pegados a una pared bajo la ventana. —Todos esos son casos sin resolver. He cogido los primeros.

—¿Y no deberíamos empezar por los de abajo que serán los más antiguos?

Como si fuera una molestia se sentó en su sitio. —Cuanto más antiguos menos pruebas encontraremos. Es más probable que resolvamos estos y si los dejamos enfriarse…

—También se enfriarán las pruebas.

—Exacto. Ponte a trabajar. Léelos y si ves algo raro me lo dices.

—A las siete tengo que estar en mi fiesta de despedida. —Rivera levantó una ceja sonrojándola. —Venga, seguro que vosotros también habéis tenido una.

—Sí, hicieron fiesta en el barrio cuando nos largamos de ese cuchitril —dijo divertido.

Se sentó en su sillón. —¿Era peligroso?

—Te aseguro que mi mujer ahora está mucho más tranquila.

—Estás casado. ¿Tienes hijos?

—Tres. —Él sonrió volviendo la foto que tenía sobre la mesa. —Tres niños que son mi alegría.

Sonrió sin poder evitarlo. —Siento lo que dije antes, no tienes nada de enchufado. También te has ganado el puesto y mucho más que yo.

Hizo una mueca. —Te atacamos y tú reaccionaste. No te preocupes, tengo la piel muy dura y más después de haber trabajado con Ranko.

—¿Lleváis mucho juntos?

—Seis años. Pero nos conocemos desde la academia. —Se adelantó mirándola a los ojos. —¿Quieres un consejo, cara bonita?

Levantó la barbilla con chulería. —Suéltalo de una vez.

—No la cagues con excusas estúpidas. Si haces algo mal, reconócelo y él lo entenderá. Pero si por una metedura de pata tuya, se jode un caso y él se entera después, te comerá viva.

—Así que hay que confesar cuanto antes.

—Exacto. Odia que le mientan.

—Pues ha elegido la profesión perfecta, porque todos los criminales mienten…

Él soltó una risita. —Exacto.

Sonrió cogiendo el primer expediente. —Así que en eso se basa nuestro trabajo.

—En descubrir al mentiroso.

—Pues manos a la obra.

Tres horas después estaba tan ensimismada con uno de los casos que ni se dio cuenta de que alguien se acercaba a la mesa. —¿No tenías que irte?

Sobresaltada miró hacia arriba para ver a Ranko. —Son las seis y media.

—Mierda. —Se levantó a toda prisa cogiendo su móvil de la mesa y la chaqueta de la silla.

—¿Qué haces?

Sorprendida se detuvo. —¿Qué?

—¿Vas a dejarlo todo así a la vista? Esa víctima merece respeto —dijo molesto antes de cerrar el expediente.

Se sonrojó. —Oh, sí… Lo siento. —Iba a irse, pero se detuvo en seco antes de volverse. —¿Y cuando se ponen las fotos en las pizarras móviles?

—¿Ves alguna pizarra por aquí?

Miró a su alrededor y la verdad era que no había ninguna.

—Hay dos despachos para esas cosas —dijo él.

—Pues en mi anterior comisaría…

—No me cuentes tu vida —dijo antes de volver a su despacho dejándola con la palabra en la boca. ¡No se podía ser más grosero!

Furiosa fue hasta las escaleras y se cruzó con Rivera que dijo —Pásalo bien.

—¿Quieres una cerveza? Invito yo.

Su compañero divertido levantó una ceja. —Te veo allí.

Sonrió haciendo que Rivera parpadeara impresionado por su belleza, pero ella ni se dio cuenta porque ya bajaba las escaleras prácticamente corriendo para salir de la comisaría a toda pastilla. Él caminó hasta su mesa y se acercó al despacho de su amigo. —La nueva no es nada tonta, ¿sabes?

—¿No me digas? —dijo concentrado en lo que tenía en la mano.

—Ha revisado tres casos y en todos ha encontrado algo.

Sorprendido levantó la vista hacia él. —¿De veras?

—Incongruencias en los testimonios, algo que no cuadraba en una de las fotografías… Es buena.

—Joder, pues menos mal porque estamos hasta arriba. Patterson pasaba de dirigir el departamento antes de jubilarse y todo está pendiente.

—Cristel nos ha invitado a una cerveza. Venga, deja eso que es hora de relajarse un rato y desconectar.

Suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —Creo que me he equivocado.

Su amigo sonrió. —Crees que vas a echar de menos la calle, pero no tiene por qué ser así, cuando tengas ganas llevas tú un caso y asunto zanjado. Siempre decías que con una mano firme tus detectives rendirían más y ahora tú tienes la oportunidad de dirigirlos, pero nadie te dice que no investigues de vez en cuando.

—Este papeleo me va a provocar una úlcera.

—Pues con más razón tienes que tomarte esa cerveza y después te vienes a cenar a casa, que Yolanda está deseando verte.

Sonrió levantándose mostrando sus vaqueros y su camisa blanca.

—Y tío, cómprate un traje, ahora eres el que manda.

Rio por lo bajo mirando su ropa que era prácticamente igual que la suya. Sí, ya me lo ha dicho el comisario.

Se echó a reír. —¿Y le vas a hacer caso?

—Solo si te lo pones tú.

—Pues tendré que hacerlo porque la nueva va como un pincel.

Rio por lo bajo. —¿La has visto? Si se le salió un pelo del moño y fue a arreglárselo al baño. —Su amigo volvió la vista hacia él levantando una ceja. —La vi por casualidad.

—Ya, claro. Que sea guapísima con ese cabello rubio y esos bonitos ojos verdes no ha tenido nada que ver para que la miraras de vez en cuando.

—¿En serio crees que voy a complicarme la vida con una tía del trabajo cuando las tengo a puñados?

Una de las agentes pasó ante él y sonrió de esa manera que demostraba que no le importaría compartir su cama. Rivera gruñó. —Te odio.

—Menuda mentira —dijo divertido—. Tu Yolanda las supera a todas.

Su amigo sonrió. —Sí, mi chica es la mejor.

—Venga, vamos a ver de qué pie cojea la novata.

El bar estaba a tope, era evidente que nadie se privaba de una cerveza o dos gratis. Incluso había gente que jamás había hablado con ella, pero era lo que había.

—Cristel… —Su antiguo teniente se acercó y ella sonrió a modo de bienvenida. —Quería decirte que siento perderte…

—Menuda mentira, jefe. Usted me escribió la carta de recomendación y estoy segura de que hizo varias llamadas, no me lo niegue.

Él se echó a reír. —Dickerson no sabe la que se le viene encima.

Se sonrojó con fuerza. —Muy gracioso, jefe. —En ese momento se abrió la puerta y todos miraron hacia allí para ver a su estrella más rutilante entrando en el local al lado de su nuevo compañero.

—Oh, ha venido. Que bien, voy a hablar con él.

Le agarró por el brazo forzando una sonrisa. —¿Para qué? Mejor que descubra mi carácter por él mismo.

El jefe soltó una risita. —Más quisieras. Esto es por los tres años en que me has estado llamando a las tres de la mañana para contarme las novedades de tus casos.

Gimió. —Venga, que hace tiempo que no lo hago.

—¡Porque amenacé con expedientarte! Tengo que aconsejarle que esa es la única manera de mantenerte a raya.

Como un tomate siseó —Jefe, cierre el pico que tiene muy mala leche.

Sonrió malicioso. —Mejor, niña. Mucho mejor.

Jadeó mientras se largaba antes de que pudiera agarrarle de nuevo y Robert se acercó riendo. —Se lo va a pasar de lo lindo contándole tu vida.

—Mierda —dijo viendo como le daba la mano.

—Mira que contento está. No sonreiría tanto si le hubiera tocado la lotería.

—Sí, es obvio que está encantado de perderme de vista.

Su compañero sonrió. —No todos piensan así, yo te echaré de menos.

Le miró emocionada. —¿De veras? Siento que no te dieran el traslado. —Hizo una mueca. —Igual si hablo con mi teniente…

Negó con la cabeza. —Si quería ese traslado era por ti.

Separó los labios de la impresión y él sonrió irónico. —Pero es obvio que solo yo quería estar a tu lado.

—Robert…

—No pasa nada, es mejor así. Me di cuenta hace tiempo de que nunca te fijarías en mí como yo en ti, ¿sabes? Pero no perdía la esperanza. Creo que esta separación es lo mejor para que podamos continuar siendo amigos.

Sintiendo un nudo en la garganta asintió. —Seremos amigos para siempre.

Él le guiñó un ojo. —Me alegro mucho por ti. Sé que es el puesto que has deseado siempre y con Ranko, además. Sé que le admiras.

—Tiene muy mala leche, ¿sabes? —dijo por lo bajo.

Robert se echó a reír asintiendo. —Eso he oído.

—¡Eh tú, novata! —Todo el bar miró hacia ella. —¡Mueve ese culito, que tienes un caso! —gritó Ranko sin cortarse.

Roja como un tomate le dio la cerveza a Robert antes de acercarse, mientras Rivera la observaba de lo más divertido. —Pero es mi fiesta.

Ranko sonrió malicioso. —Bienvenida a homicidios.

Capítulo 2

El olor era nauseabundo. Entró en el apartamento detrás de su compañero, que le había ordenado que observara todo lo que hacía y que no tocara nada. La víctima estaba tirada en el suelo en medio del salón y todo estaba hecho un desastre. Estaba revuelto como si después de haber tenido la pelea que acabó con su vida, hubieran buscado algo en la casa. Al ver los restos de las drogas sobre la alfombra apretó los labios. Un agente de los dos que observaban el cuerpo se les acercó.

—¿Qué tenemos? —preguntó su compañero.

—La vecina se quejó por el olor y llamó a la puerta, pero al no abrir decidió telefonear al administrador. Abrió la puerta el de mantenimiento y se encontraron esto. —Sacó su block de notas. —Se llamaba Anne Rose Smith, trabajaba de camarera por la noche en un pub del centro y nadie sabe mucho de ella. No se relacionaba con

ningún vecino. Se mudó hace tres meses. —Rivera se acercó al cuerpo y se agachó a su lado. —El forense está a punto de llegar.

Se acercó como él y miró detenidamente el cadáver. —Estrangulada —dijo agachándose a su lado observando los morados en su cuello. Al mirar su rostro apretó los labios—. Y antes le dieron una paliza.

—Sí. —Rivera miró a su alrededor. —¿Qué más ves?

—Un piso caro en el centro. Demasiado caro para una camarera, lo que me indica que tenía una segunda profesión o que se lo pagaban. Drogas en el suelo y varias botellas de alcohol vacías. ¿Una fiesta que se fue de las manos?

—¿Solo ves eso?

Frunció el ceño observando el cadáver y después atentamente le dio un repaso a la habitación. Al ver los libros en la estantería sonrió. —Libros de la universidad. —Se levantó y fue hasta el escritorio que había en una esquina. —Derecho.

—Muy bien, novata. Pues tenemos a una universitaria con un trabajo de noche a la que le iban las drogas, que ha muerto hace por lo menos una semana y a la que nadie echó de menos. Puede que el piso se lo pagaran sus padres, aunque lo dudo. —Se

incorporó. —Averígualo, que el administrador te dé el número de cuenta desde donde provenían los pagos, seguro que colabora. Y ve a hablar con los vecinos mientras yo me quedo con el forense. —La miró fijamente. —Sé concienzuda.

—De acuerdo.

Le fastidiaba no poder hablar con el forense o los de la científica, pero era lo que había. Era la novata y tenía que tragar hasta ganarse su confianza. Al salir al pasillo vio a un grupo de gente arremolinado a unos metros y sacó su block. —Vamos allá, Cristel.

Cuando entró en su departamento sus compañeros aplaudieron poniéndola como un tomate. —¡Oh por Dios, poneos a trabajar!

Varios se echaron a reír y se acercó a su mesa, pero Ranko salió a la puerta y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara. Mierda, si lo había hecho bien. Pero su cara decía que le iba a echar una bronca. Entró en el despacho y él cerró la puerta ya arreglada. —Buen trabajo, Portland.

Suspiró del alivio. —Gracias, jefe. —Sonrió de oreja a oreja. —Tuve suerte.

—Eso ya lo sé. ¡Tuviste una suerte enorme porque fuiste sola a detener a ese pirado! —gritó sobresaltándola—. ¿Para qué te crees que tienes un compañero?

—Él tiene familia, era tarde y… —Por su expresión era evidente que no le gustaba nada lo que le estaba contando. —¡No podía dejarlo hasta por la mañana! ¡Puede que hubiera escapado si se enteraba de que habíamos encontrado el cuerpo!

—¡Tuvo diez días para escaparse! ¡Ese no se iba a ningún lado, sobre todo porque era el dueño del club! ¡Joder, estaba armado!

Entrecerró los ojos. —Tenía que seguir la pista y lo hice. ¡El vecino de arriba vio su Porche en el edificio de la víctima la semana anterior y tenía que interrogarle! ¡Y no es la primera vez que me enfrento a un hombre armado! En desaparecidos también había pirados, ¿sabe?

—¿Me estás replicando? —preguntó con voz lacerante.

Se puso como un tomate. —Solo exponía los hechos.

—Los hechos son que fuiste a casa de un asesino y proxeneta que para colmo trafica con drogas a las cinco de la mañana tú sola. ¡Esos son los hechos!

—Así le tomé desprevenido.

—La madre que me… —Puso los brazos en jarras y ella se fijó en que llevaba un pantalón de traje con su camisa blanca arremangada hasta los codos. Qué guapo estaba. Céntrate Cristel, te está echando la bronca. —¡Cómo se te ocurra hacer algo así de nuevo te echo del departamento! ¿Me has entendido?

—Sí, jefe —dijo entre dientes.

—¡Ahora largo de mi vista!

Gruñó yendo hacia la puerta y él dijo —La próxima vez recuerda lo que pensaría tu familia al verte en una caja de pino.

Apretó los labios antes de salir sin molestarse en cerrar la puerta. Su compañero chasqueó la lengua por su mosqueo. —Solo hace lo que cree mejor para sus hombres. Y metiste la pata. Tuviste suerte, pero metiste la pata. Aunque gracias por dejarme dormir.

—De nada. —Se sentó ante él y cogió otro expediente. Las letras le bailaban porque estaba agotada. No había dormido en toda la noche y todo para recibir una bronca. —Necesito un café.

—Tráeme uno, ¿quieres? —dijo su compañero distraído.

—¿Solo?

—Cuanto más cargado mejor. El pequeño no dejó de llorar en toda la noche.

—Entonces tú tampoco has dormido mucho. —Se alejó para ir hasta la máquina y metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar unas monedas. Mierda, aquello no le daba y necesitaba cambio.

—¿Solo?

Se volvió sorprendida para ver al teniente tras ella y él metió una moneda. —Sí, gracias.

—Supongo que Esteban quiere otro —dijo irónico.

—Pues sí.

—Por supuesto. Te aconsejo que siempre lleves cambio. Tú pagas los cafés y él las cervezas cuando terminéis el turno.

—¿Pero aquí hay turnos?

Esa frase relajó sus facciones hasta casi parecer divertido. —Te acostumbrarás. —Cogió su vasito de café y se lo tendió.

—Gracias. —Cuando sus dedos rozaron los suyos sintió que un estremecimiento la recorría y sin aliento le miró a los ojos. Él

frunció el entrecejo como si algo le molestara muchísimo, lo que la puso como un tomate. Dios, como se hubiera dado cuenta de que le gustaba se moría de la vergüenza. —Gracias —farfulló.

Él metió otra moneda. —¿Me vas a dar problemas, Portland?

—No, señor —dijo a toda prisa.

Gruñó tendiéndole el otro café. —No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que sí que me los vas a dar.

¿Estaba hablando con segundas? ¡Dios, se había dado cuenta! Se quedó allí de pie con los dos cafés en la mano observándole mientras esperaba una reacción que le indicara algo y él levantó una ceja. —¿Quieres algo más? —¿Aquello era una invitación? ¿Se le estaba insinuando? —¿Otro café?

—Oh... ¡No! No, gracias. —Salió de allí pitando mientras sentía su mirada en su espalda. Debía pensar que le faltaba un cocido o algo. Disimulando dejó el café en el escritorio de su compañero y bebió un poquito del suyo antes de sentarse. Por el rabillo del ojo vio que Ranko iba hacia su despacho con un café en la mano y que cerraba la puerta mirando hacia allí. A toda prisa hizo que miraba el expediente que tenía delante.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Esteban sobresaltándola.

—Oh, no. Todavía no.

—Deja eso, centrémonos en este caso. Lo que me dijiste ayer tiene mucho sentido. Revisemos las pruebas de nuevo antes de ir a hacer unas preguntas.

Estaba tras el cristal viendo como Rivera interrogaba a la compañera de piso de la víctima, cuando la puerta se abrió dando paso a Ranko. Este se puso a su lado. —¿Cómo va?

—Déjeme pasar a mí, jefe. No está haciendo las preguntas adecuadas.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que alguien que tiene muchos más años de experiencia que tú?

—¡Sí! Se está tragando todo lo que le está diciendo, solo hay que verle la cara. —Ambos miraron al espejo y en ese momento Esteban sonrió como si ella fuera otra víctima de la situación. Cuando la testigo se puso a llorar como si fuera una débil dama victoriana Cristel puso los ojos en blanco por la cara de pena de su

compañero. —Ahora sé quien llevaba los interrogatorios cuando trabajabais juntos.

La fulminó con la mirada. —No te pases.

—Déjame pasar, es mi caso —dijo sin darse cuenta de que le tuteaba—. Yo di con la pista que nos ha llevado a ella.

Ranko apretó los labios. —Está bien, pasa.

Sonrió contenta y salió de la pecera para abrir la puerta. Esteban no pudo disimular la sorpresa y ella dijo —Siento interrumpir, pero te llama el jefe y parece urgente.

—¿Urgente? —Se levantó y salió de la sala.

—Bueno, bueno. —Se acercó a la mesa y se sentó abriéndose la chaqueta del traje gris que se había puesto ese día. —Te llamas Molly, ¿verdad?

—Sí.

—Eras la mejor amiga de Glory. Fuisteis juntas al colegio.

—Sí, desde pequeñitas. Y vinimos a Nueva York juntas.

—Era una mujer preciosa. —Puso entre ellas la foto de la víctima que como una modelo sonreía a la cámara.

Molly miró la foto brevemente. —Sí, era muy guapa.

—No pegabais mucho, ¿no? Normalmente las guapas se juntan con las guapas. Y tú eres del montón.

La chica se sonrojó. —Eso a ella no le importaba.

—¿Sabes? El otro día vi en una película una relación como la vuestra. La protagonista era gordita y bajita con una dulce sonrisa. Y la otra amiga era la guapa, con un tipo que hacía volver las cabezas de los hombres y con un carácter algo caprichoso. ¿Glory era así?

—No, no era sí. Era muy buena gente.

—Muy buena gente. Pues tengo entendido que se acostó con tu novio, tan buena gente no podía ser.

La miró con rabia. —¡El cerdo fue él!

—Oh, así que ella no te traicionó.

—¡No! ¡Me abrió los ojos, lo hizo por mí! ¡Porque me quería!

—¿Eso fue lo que te dijo? —preguntó divertida—. Porque a mí me cabrearía muchísimo que mi mejor amiga me dijera algo así para justificarse. Me cabrearía tanto que puede que cogiera un cuchillo y le pegara once puñaladas. —Puso ante ella la foto del cadáver. —Se lo merecería, ¿no?

—Está diciendo cosas sin sentido. Yo la quería.

—Entonces con más razón podrías tener un arrebato y matarla. La querías tanto… —Los ojos de Molly se llenaron de lágrimas. —Tanto que la traición te sentó como una patada en los ovarios. No te lo esperabas, ¿no? Pues he interrogado a amigas vuestras y no era la primera vez que lo hacía.

La sorpresa en su rostro fue evidente.

—Oh, que no lo sabías.

—Miente.

—No maja, no miento, lo hacía desde el instituto. Para ella era un juego. Enamoraba a tu pretendiente cuando la relación ya era seria, para que te dejara en la estacada después de acostarse con ella. —Se acercó y dijo más bajo —Estaba algo mal de la cabeza, ¿no? Te quería solo para ella. Como si fueras su mascota.

—¡Eso no es cierto! —gritó demostrando que tenía carácter cuando se enfadaba.

—¿Quieres que llame a Lucas Helman?

Eso sí que la sorprendió. —¿Qué?

—Salió contigo en el último curso del instituto, ¿no? Te dejó justo antes del baile.

Los ojos de Molly ya no pudieron retener las lágrimas. —¿Me quitó a Lucas?

—Eso dice él. Y dice que lo hizo a propósito para que fueras con ella a la universidad. Que él te amaba, pero se le metió tanto por los ojos que un día cuando la llevó a casa después de dejarte a ti, no pudo evitarlo.

La rabia recorrió su rostro. —Esa zorra.

Sonrió por dentro. —Vamos, se lo merecía. Yo hubiera hecho lo mismo. Seguro que se rio de ti cuando te enteraste de lo de tu último novio, ¿no?

—¡Sí! ¡Dijo que quién iba a quererme a mí! ¡Y Paul me quería! ¡Iba a pedirme matrimonio!

—Ibas a separar tu vida de la de Glory y tuvo celos. Unos celos enfermizos. No me extraña que te cabrearas. Seguro que te dijo que no eras nada sin ella.

—¡Se burlaba de mí diciendo que no era para tanto en la cama! ¡Yo le quería!

Se adelantó. —Y la mataste.

—¡Sí! Si no lo hacía, nunca me libraría de ella y yo quería… — Al darse cuenta de lo que había dicho se detuvo en seco mirándola

con sorpresa. —No, yo…

—Sabemos que lo has hecho tú. Tenemos pruebas, la grabación y esto va a ir al juez. Será mejor que lo confieses todo porque sino la pena será mayor. Y ella no merece que te pases en la cárcel los próximos veinte años, Molly. Podemos llegar a un trato.

Sollozó. —Ayúdeme. Ayúdeme, por favor.

Sintió pena por ella porque por un arrebato había destrozado su vida. —Por supuesto que te ayudaré.

Viendo como un agente esposaba a Molly y la sacaba de la sala de interrogatorios, suspiró cerrando el expediente. Esteban entró en la sala con una sonrisa de oreja a oreja. —Otro caso cerrado. Novata, vas a dejarnos a todos sin trabajo.

Forzó una sonrisa no muy cómoda de haber cerrado ese caso. Ranko la observó desde la puerta. —No sientas remordimientos. La mató.

—Sí, pero es una cría.

—Cría o no ha matado a otra persona y debe pagar. Si no pagas por tus actos nunca aprendes la lección. Has hecho tu trabajo.

Ahora al siguiente caso. —Se alejó y ella se le quedó mirando pensativa.

Esteban le pasó el brazo por los hombros y gritó —¡La novata ha resuelto otro!

Varios aplaudieron y ella soltó una risita. —Estáis fatal.

—¿Lo celebramos?

—Por supuesto.

Capítulo 3

Era la primera vez que iba a ese sitio y por lo visto Esteban también porque el camarero no le conocía, aunque allí había muchos policías fuera de servicio. Se sentaron uno frente al otro en una mesa que tenía dos bancos forrados en polipiel granate. El sitio era horrible, pero suponía que se terminaría acostumbrando. —Esto de cambiar de comisaría es un peñazo —dijo ella divirtiéndole.

—Sí, tendremos que aclimatarnos.

—¿Estás contento con el cambio?

—Joder sí. Además, estoy a dos calles de mi casa. Yolanda está que no se lo cree porque llego a una hora medianamente decente.

Soltó una risita antes de beber de su cerveza y él sonrió. —¿Y tú? ¿Estás casada?

—No —respondió como si eso fuera imposible.

—Eres muy guapa, seguro que tienes novio.

—Al último que tuve, le detuve por robarles a sus padres los ahorros para comprarme el anillo de compromiso.

Esteban dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Que hizo qué? —Se echó a reír a carcajadas y esta sonrió. —¿Y sus padres le denunciaron?

—No, pero me lo confesó y tuve que hacerlo.

Su compañero se partía de la risa. —Supongo que sus padres después lo negaron.

—Sí, pero el mal ya estaba hecho. Bah, no le quería —dijo antes de beber de nuevo.

—¿Si le hubieras querido lo hubieras ocultado?

—Supongo que sí.

—Eres muy sincera. Otro policía hubiera dicho que no.

—Pues mentirían. Todos tenemos nuestras debilidades. Acaso no protegerías tú a Yolanda.

—Joder sí. No puedo vivir sin ella. —Rio de nuevo. —No me puedo creer que te lo dijera. Menuda pedida de mano.

—La cosa empezó mal cuando me llevó al puente de Brooklyn a diez bajo cero y nevando. Aquello no podía salir bien.

Esteban no dejaba de reírse y de pronto Ranko se sentó a su lado con una cerveza en la mano. —¿Qué es tan divertido?

—La nueva, que detuvo a su prometido.

—No, no fue así. No era mi prometido todavía.

—Detuvo a su casi prometido por robarle la pasta a sus padres para comprarle el anillo. —Rio de nuevo.

—Entonces es que no le quería —dijo mirándola a los ojos antes de beber.

—Al parecer no le quería lo suficiente. Chica, hiciste bien.

—Gracias.

—¿Y tienes familia? ¿Hermanos? ¿Padres?

—¿Me estás interrogando?

—Venga, trabajamos juntos, me gusta conocer al que me cubre las espaldas.

Ella sonrió. —Vivo con mi hermana. Mis padres murieron hace años en un accidente.

—Joder, lo siento.

—Cosas que pasan. —Bebió de su cerveza.

—¿Y tu hermana también es policía? —preguntó Ranko.

—No, es médico en una clínica privada. Es cardióloga. ¿Y vosotros tenéis hermanos?

—Yo siete —dijo Esteban dejándola con la boca abierta—. Sí, las Navidades son geniales.

Se echó a reír. —No me extraña.

Miró a Ranko que dijo —Soy hijo único.

—Uy, un mimado.

—También es duro ser hijo único, ¿sabes?

—Sí claro, todos los regalos y los mimos para ti

Él sonrió. —Pues tienes razón, no era tan malo.

—¿Y por qué os hicisteis policías?

—Yo iba fatal con las notas, así que trabajé en distintas mierdas al acabar en el instituto, hasta que un primo mío entró en la academia y me animé —dijo Esteban.

Ranko se apoyó en sus codos para mirarla. —Yo estuve en la armada antes de ingresar en el cuerpo. Después de dos años fuera, me di cuenta de que era más provechoso defender lo que tenía en

casa, en lugar de estar pegando tiros en países de los que ni recuerdo el nombre. ¿Y tú?

—Cuando tenía doce años quería ser astronauta. —Ellos rieron. —Eh, que me dejaba las pestañas estudiando para conseguirlo, ¿vale?

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Esteban.

—Que en cuanto cumplí los catorce murieron mis padres —dijo como si eso lo explicara todo.

Ambos apretaron los labios. —Joder, eras muy joven —dijo Esteban.

—Espero que tengas seguro de vida, porque mis padres no y todo se volvió una auténtica mierda. No solo les perdimos a ellos, sino también la casa y todo lo demás cuando nos metieron en una casa de acogida. A mi hermana le dieron una beca para la universidad. A mí también me la daban, pero ya no tenía ilusión por nada, así que no me decidía. Cuando iba a elegir universidad y a estudiar cualquier cosa, visitamos en una excursión del instituto una comisaría y me fascinó este mundo. Sabía que querría ascender en el futuro, así que estudié criminología antes de entrar a la academia.

—Debió ser duro no tener el apoyo de tus padres. Perderlo todo… —dijo Ranko.

—Lo fue. —Bebió de su cerveza como si nada intentando disipar el nudo que tenía en la garganta. —Pero ya pasó. —Soltó una risita. —Mi hermana puso el grito en el cielo cuando se enteró de la profesión que había elegido.

—Lógico —dijo Esteban—. Pensaría que podría perderte también.

—Afortunadamente lo ha superado.

—¿Y por qué a homicidios? —preguntó Ranko antes de beber.

—Siempre he querido terminar aquí, pero me destinaron a desaparecidos y no hay más remedio que tragar hasta que te llegue el momento. Y me ha llegado.

—Tienes olfato para esto —dijo Esteban haciendo que sonriera de gusto—. Te fijas en detalles que a priori pasan desapercibidos.

—Gracias. —Miró al jefe y levantó una ceja haciéndole gruñir. —Vamos, lo he hecho bien. Reconócelo.

—No, no lo reconozco porque la cagaste yendo a detener a un pirado tú sola.

—Tú hubieras hecho lo mismo—dijo retándole con la mirada.

Se miraron a los ojos y sin poder evitarlo a Cristel le subió la temperatura. En ese momento sonó su móvil y a toda prisa lo sacó del bolsillo sonriendo. —Es mi hermana. Hoy no tiene guardia, seguro que quiere que hagamos algo. —Se levantó y descolgó alejándose. —Hola.

Los amigos se miraron. —¿Qué opinas? —preguntó Esteban.

—Tiene madera para esto.

—Pero no lo reconocerías ni muerto, ¿no? —preguntó divertido.

—Más vale no subirle los humos.

Esteban se echó a reír y Cristel se acercó sonriendo. —Lo siento, pero Clarie quiere ir al cine a ver una película de Jennifer López. Nos vemos mañana. —Le guiñó un ojo a su compañero que asentía y se alejó yendo a toda prisa hacia la puerta.

—Está claro que tiene energía. Ayer no durmió nada.

—Está bien que desconecte —dijo antes de girar la cabeza hacia la puerta para ver como salía del local—. Esperemos que no se obsesione. Puede quemarse.

—Y eso no te gustaría nada.

Esteban casi ni podía reprimir la risa y Ranko siseó —Cierra el pico.

Seis días después entró en el callejón pasando bajo la cinta que sus compañeros ya habían puesto para acotar la zona y que no se acercaran los curiosos. Se puso los guantes acercándose a los contenedores que estaban al final y sonrió a Esteban que ya estaba allí. —Has llegado pronto —dijo admirada.

—Estaba tomando un café a dos calles de aquí. —Le hizo un gesto con la cabeza. —Menudo regalito nos han dejado.

Frunció el ceño y puso el pie en el escalón de plástico que alguien había puesto allí e intentando no tocar el contenedor abierto miró su interior. Un tipo con la garganta rajada de parte a parte. Hizo una mueca.

—Háblame, Cristel. ¿Qué ves?

—Hombre, unos treinta y tres años. Cabello teñido de un rubio horrible. Tatuajes carcelarios en los antebrazos, demasiado toscos para haber sido hechos por un profesional. La papelina del

suelo indica que trapicheaba. —Bajó la vista por sus vaqueros sucios hasta sus pies desnudos. —Le faltan las botas y la cazadora.

—¿Por qué crees que llevaba cazadora?

—Porque ayer por la noche había quince grados. Me quedé helada al salir del cine.

—¿Qué tal la peli?

—Muy entretenida. Nos gustó mucho. Nos encanta Jason Statham. —Chasqueó la lengua. —Esto es un ajuste de cuentas. Alguno con los que trapicheaba que le tenía ganas.

—¿No le conoces?

Frunció el ceño mirando su rostro. —¿Debería?

—Es Mark Stevenson.

Se volvió mirándole sorprendida. —No fastidies. ¿El violador?

—El mismo. Su cartera estaba en la cazadora que uno de los nuestros encontró al fondo del callejón. —Señaló hacia allí. —El lugar del crimen.

Se bajó del escalón de un salto y caminó hacia allí. Enseguida vio la escena del crimen y se agachó al lado del charco de sangre. —Tuvo que salpicarse de alguna manera. Hay mucha sangre. —Miró a su alrededor. —¿Y sus botas?

—Chica, tienes que aprender que los sin techo roban de todo.

Negó con la cabeza. —¿Y no se llevan la cazadora? ¿La cartera tenía dinero?

—Ni un dólar.

Se mordió el labio inferior poniéndose de pie. —Igual fue un robo que se salió de madre. Este tipo tenía dinero. La ropa es de marca.

—Su padre es traficante. A su organización les llaman los plateados.

Asintió. —De ahí el color de pelo. Así que las posibilidades se amplían. —Puso los brazos en jarras caminando a su alrededor. —Robo, ajuste de cuentas o venganza.

—Venganza. ¿Crees que pudo ser alguno de los familiares de las víctimas?

—Presenta un recurso y sale de prisión cuando no había cumplido ni cuatro años. Alguno de ellos pudo tomarse la justicia por su mano. Tenemos mucho trabajo. —Los de la científica y el forense llegaban en ese momento. —¿Pregunto por ahí por si alguien ha visto algo? —Entrecerró los ojos. —Y voy a buscar cámaras de videovigilancia, que alguna tiene que haber.

Esteban sonrió viéndola ir decidida hacia la gente que se aglomeraba tras el cordón policial.

El forense sonrió. —Menuda joya se ha incorporado a vuestro equipo.

—¿La conoces?

—En su comisaría era famosa por no darse por vencida. ¿Sabes que encontró a una niña justo antes de que el tipo se propasara con ella? Menuda paliza le dio. Casi tengo que llevármelo al depósito.

Esteban sonrió. —Cada vez me gusta más. ¿El tipo era grande?

—Enorme. Pero sabe artes marciales y ese hijo de puta no tuvo ninguna oportunidad.

Le miró sorprendido antes de echarse a reír. —Si parece una barbie.

—Pues la barbie tiene mucha mala hostia cuando se enfada. Las apariencias engañan, amigo. —Estiró el cuello y sonrió. —Vaya, vaya… Hoy es un día estupendo.

—Y que lo digas.

Estaba visualizando uno de los videos comiéndose una hamburguesa, cuando Ranko salió de su despacho. —Cristel, ¿dónde está Esteban?

—Quería pasta. Está harto de comer hamburguesas.

—Ven a mi despacho. —Al ver que no se movía mirando las imágenes frunció el ceño. —¿No me has…?

Ella levantó una mano acercándose a la pantalla y él rodeó la mesa para ver lo que miraba. —Ahí está…—La víctima caminaba por la calle hablando por el móvil y entró por sí mismo en el callejón. Y llevaba unas deportivas que tenían pinta de ser muy caras.

—¿De dónde son estas imágenes?

—De una heladería que hay justo en frente. Les han roto el escaparate dos veces y decidieron poner las cámaras.

—¿En el callejón hay alguna puerta?

—Dos. Una por cada edificio colindante. Los porteros salen por ahí para tirar la basura de los inquilinos.

Ranko asintió y cogió una patata metiéndosela en la boca sin dejar de mirar la pantalla. Ella levantó una ceja reprimiendo la risa.

—Te las envían a domicilio, ¿sabes? Hay una aplicación muy simple para eso.

—Pídeme una, ¿quieres?

Chasqueó la lengua dejando la hamburguesa sobre el envoltorio antes de coger su móvil e hizo el pedido rápidamente. Dejó el móvil sobre la mesa y siguió comiendo. —Quince pavos, que me lo pasan a la cuenta.

Él sin enderezarse y sin dejar de mirar la pantalla, sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y Cristel masticando miró su glúteo inclinándose hacia atrás ligeramente sin poder evitarlo. —Nena, te estás perdiendo el video.

Se atragantó tosiendo con fuerza y Ranko le pasó el vaso de cola sin dejar de ver las imágenes. —Tuvo que entrar en uno de esos dos edificios. ¿Dónde está el informe del forense?

—¿Con todo el trabajo que tiene? No esperes por él hasta pasado mañana como poco.

—Joder. —Cogió la cola de su mano y le dio un sorbo.

—¿Quieres que mañana te pida la comida cuando lo haga yo? —preguntó divertida.

—Nada de ensaladas.

—Dos a la semana. Sino mi hermana me mata.

Hizo una mueca. —En la imagen pone las diez y catorce. ¿Es correcto?

—Sí, antes de coger las copias que tenían en la base de datos, vi las imágenes a tiempo real y el temporizador estaba bien.

—No entra nadie más.

—O entró en esos edificios y le sacaron para matarle o en ese momento ya se lo estaban cargando. —Dio otro mordisco a la hamburguesa. —A ver si sale alguien.

—Acelera la imagen.

Lo hizo mientras él se comía sus patatas y cuando el temporizador indicaba que ya habían pasado dos horas, vieron como entraba un sintecho en el callejón empujando un carrito de la compra. El pobre salió apenas unos minutos después con una cara de susto que no podía con ella. Eso sí, con las deportivas en la mano.

—Ahí ya estaba en el otro barrio —dijo ella—. Se asustó al revisar el contenedor y no vio la cazadora.

—¿Y la pasta que faltaba en su cartera?

—Igual se la robó el asesino. —Se encogió de hombros.

—¿Cristel Portland?

Miró al chico de reparto y levantó la mano. Él se acercó a toda prisa. —¿Otra?

—Es para el jefe.

Le entregó la bolsa a Ranko que le dio la propina. —Gracias. —Le guiñó un ojo a Cristel que sonrió y Ranko levantó una ceja haciendo que el repartidor carraspeara. —Me voy que ustedes están muy ocupados.

—Sí que lo estamos, sí—dijo él como si estuviera molesto.

Cuando Ranko se volvió con la bolsa en la mano se sentó en la esquina del escritorio mientras ella le observaba. —¿Qué?

Se sonrojó. —No, nada. ¿Qué querías decirme?

—Tengo tres casos parecidos a este.

Se quedó helada. —¿Cómo has dicho?

Le dio un mordisco a la hamburguesa. —Tres expresidiarios que por meteduras de pata de la fiscalía han salido libres.

—¿Cómo han muerto?

—A uno le colgaron. Otro se cayó por la ventana.

—¿Y el tercero?

Dio otro mordisco a la hamburguesa. —Una paliza de muerte.

Entrecerró los ojos. —¿Cuándo murió el primero?

—Hace cinco años. Llevé yo el caso, pero no encontré nada de lo que tirar.

—¿Y los otros?

—Uno encontrado en su casa de Greenwich o más bien en la calle y otro en el campus de Columbia. Era profesor. Tampoco hay pistas. —Metió la mano en la bolsa y sonrió al ver la lata de cerveza. —Nena, esto va en contra de las normas.

—Eres el jefe, ¿quién te va a decir nada?

La abrió sin sacarla de la bolsa y le dio un sorbo.

—Puede ser una casualidad —dijo ella.

—No creo en las casualidades. Y no creo que fueran los únicos. Investiga cuantos absueltos han sido liquidados. O si hay más expresidiarios que han perdido la vida prematuramente. Sospechosos que han sido encontrados muertos o cualquiera que tuviera algo sucio en su vida y que de repente haya desaparecido.

—¿En serio? Tengo más de cuarenta casos esperando —dijo indignada—. ¿Sabes todo el trabajo que es eso?

—Esos también son casos que están esperando. Deja lo demás de lado y trabaja exclusivamente en esto.

—No sabes si están relacionados.

—Eso es lo que vas a averiguar. Ocupa uno de los despachos de las pizarras. Que esto no salga de aquí, pero creo que nos enfrentamos a un justiciero. —Ella separó los labios de la impresión. —Y te lo advierto, que no se entere nadie. Sobre todo la prensa porque sino esto se va a convertir en un circo de tres pistas. Desde arriba nos presionarán, los jueces pondrán el grito en el cielo porque alguien ponga en duda sus sentencias y todo será una auténtica mierda. —Tiró el envoltorio de la hamburguesa en la papelera. —Háblalo con Esteban y os trasladáis sin decírselo a nadie, ¿me has entendido?

—Sí.

—Ponte a trabajar, nena. —Se alejó con su bolsa. —Si tenemos este problema, hay que atajarlo cuanto antes.

—Sí, sí, claro.

Capítulo 4

—Aquí hay otro —dijo Esteban sentado a la mesa mirando el ordenador mientras ella ante él revisaba un expediente de un joven que había matado a toda su familia y que había sido encontrado muerto en el puerto con la boca llena de pastillas de éxtasis.

—Estupendo —dijo ella por lo bajo sin mirarle siquiera.

Él suspiró inclinándose hacia atrás para mirarla. —Crees que esto es una pérdida de tiempo.

—Ya llevamos cuarenta y seis casos sin ninguna relación entre ellos, ni ninguna pista de la que podamos tirar. Imagínate que encontramos a ese tipo, no podremos acusarle de nada más que del caso que le ha descubierto.

—O puede que no. Con el ADN… Si tiramos de uno puede que encontremos la clave para resolver los demás.

Tiró el expediente a un lado. —¿Crees que quedan muchos en la base de datos?

La puerta se abrió de repente y Ranko entró levantando las cejas al ver los expedientes que ya tenían allí. —No me digas que todos esos…

—Y los que quedan —dijo ella irónica —. Porque todavía no hemos acabado.

El teniente apretó los labios mirándolas pizarras donde habían empezado a poner las fotos de las víctimas con sus nombres, la fecha y la causa de su muerte. —¿Siete años atrás?

—Es que no sabíamos desde que año querías que buscáramos. Empezamos hace diez años por acotar —dijo Esteban señalando la foto del primero—. Hemos encontrado tres casos anteriores a este que considero que es su primera víctima. Podrían cuadrar, pero eran demasiado chapuceros. Creo que esos no formaban parte de su historial delictivo.

—Si consideras eso descártalos. —Ranko se pasó la mano por la nuca viendo el mapa de Manhattan donde las chinchetas rojas estaban distribuidas por él. —No hay una zona fija.

—Ni patrón, ni sospechosos, ni móvil, ni nada de nada —dijo ella mosqueada.

Se volvió para mirarla. —¿Algún problema?

—¿Alguno? ¡Qué estoy persiguiendo a un fantasma cuando acaban de matar a una chica de catorce años en Central Park!

—Lo llevará Goodman.

—¡Mierda! —gritó antes de salir de la sala dando un portazo.

Apretó los labios antes de mirar a su antiguo compañero. —¿Piensas lo mismo?

—La chica es apasionada y cree que esto es una pérdida de tiempo, pero yo creo que algo huele mal. ¿Tantos casos de carroña muerta y ningún detenido? Tienes razón.

—Entonces es que está de acuerdo con lo que hace.

—Al fin y al cabo ese justiciero nos quita trabajo, ¿no? En el fondo de tu ser también estás de acuerdo.

—Es un asesino y hay que detenerlo. —Su amigo se mantuvo callado. —Joder Esteban, ¿tú también?

—Alguien tiene que limpiar la mierda. Y la justicia a veces no es justa, lo sabes muy bien.

—¿Crees que esto me gusta? Pero en algún momento ese tipo se va a equivocar y va a matar a un inocente si no lo ha hecho ya. ¡No es su función impartir justicia!

La puerta se abrió y Cristel entró en el despacho con una lata de cola y una bolsa de chuches.

—Deberías controlar el azúcar. —Le fulminó con la mirada. —¡Hay que investigar esto! ¿Te quejas porque te doy el caso del siglo?

—Te lo regalo. —Se sentó cruzando los pies sobre la mesa y dando un sorbo a su bebida.

El jefe gruñó saliendo de la sala y Esteban la miró divertido. —¿Y la mía?

Ella sacó una lata del bolsillo de la chaqueta haciéndole reír. La cogió y le preguntó —¿Qué has averiguado?

—La han violado y estrangulado. Fraiser dice que sus padres ya van al anatómico forense.

—Pobre chica.

—La pillaron de la que iba hacia su casa. Tenía que cruzar el parque porque había dejado a una amiga delante del Museo de Historia Natural.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Su amiga está aquí llorando a mares.

—Joder.

—Fraiser y Goodman tienen trabajo por delante. Y nosotros también. Manos a la obra que nos quedan algunos años por revisar.

Eran las once de la noche y mirando las tres pizarras observó las sesenta y seis caras de los tipos. Se cruzó de brazos. Tantas caras, tantos crímenes que se habían impedido… No lo sentía por ninguno de ellos. Absolutamente por ninguno.

—Son todos hombres. —La voz de Ranko hizo que se volviera. —¿No hay mujeres?

Entrecerró los ojos. —Pues no. Ahora que lo dices no.

—¿No te habías fijado? —preguntó acercándose.

—Violadores, asesinos… Las mujeres no suelen cometer ese tipo de delitos de forma continuada. Suelen matar de otra manera, así que supongo que el sudes se centró en los hombres.

—¿Estás llegando a conclusiones? ¿Las habéis investigado?

Suspiró dejando caer los brazos. —Lo haré mañana.

—Nena, no confío en nadie como en Esteban para que le meta mano a esto. Y tú eres su compañera.

—Vaya, gracias. —Se detuvo ante él. —Sabes que ante un caso así deberías llamar al FBI, ¿no?

Él sonrió de medio lado. —Ni de coña. Esta es nuestra ciudad y este caso es nuestro.

—Muy bien.

Frunció el ceño al ver que se iba. —Estás de acuerdo con el sudes, ¿verdad?

Se detuvo y suspiró cerrando la puerta. Se volvió para mirarle a los ojos. —Si sospecho que tengo al culpable, me dejo la piel para atraparle.

—Lo sé. —Se sentó en la esquina de la mesa.

—Pero a veces eso no sirve de nada. Una vez buscaba a una niña de cinco años que había desaparecido en el portal de su casa. Su madre se volvió para sacar el correo del buzón dejándola con su muñeca ante el ascensor y cuando regresó que fueron apenas dos minutos después la niña ya no estaba.

—Alguien la vio sola desde la calle y aprovechó la oportunidad.

—No. —Él la miró extrañado. —Fue el portero del edificio. La metió en su piso y la drogó. El muy cabrón hizo que cooperaba con la policía cuando siempre la tuvo en su casa. Era de noche y mi compañero la buscaba por toda la ciudad mientras yo hablaba con los vecinos, cuando por casualidad una de las hijas de uno de los vecinos me dijo que el portero era malo que siempre quería darle

caramelos cuando su mamá le decía que no los cogiera de desconocidos. Se me pusieron los pelos de punta, te lo aseguro. Su madre se echó a reír sin sospechar de él, pero…

—Te pusiste alerta.

—Me dije que por ir a hablar con él no perdía nada. Al llegar a su puerta, ¿adivina lo que encontré? Un mechón de pelo de muñeca enganchado en la cerradura. Tiré la puerta abajo y el muy cabrón estaba desvistiéndola sobre la cama. Quiso escapar y se me fue la mano.

—Lo he visto en tu expediente. Asuntos internos solo te dio un toque.

—Ese cerdo ni siquiera fue a juicio. La niña no tenía daños, no la había llegado a tocar. El fiscal ni quiso detenerle por secuestro después de la paliza que yo le había dado. Dos años después estaba trabajando en otro edificio, pero no fue tan estúpido como para dejarse llevar por sus impulsos. Eligió a una niña de dos edificios más abajo. Como no tenía antecedentes no dieron con él hasta que fue demasiado tarde.

Ranko apretó los labios. —No fue culpa tuya.

—Claro que no lo fue, fue culpa del fiscal.

—¿Está en prisión?

Asintió. —Treinta años de los que cumplirá quince si hay suerte. El sistema es un asco. Nosotros nos matamos por detenerlos y los jueces, los fiscales y las leyes son demasiado blandos. —Señaló la pizarra. —Míralos. —Se acercó y señaló a uno. —Mató a su esposa y a su bebé de cinco meses. ¡Salió a los tres años por locura transitoria!

—El sistema no es perfecto.

—¿Si fuera tu hija la que estuviera en aquella cama dirías eso para quedarte tranquilo? Has visto a las familias de las víctimas muchas más veces que yo. Su dolor, su sufrimiento, su impotencia…

—Nena, somos los encargados de que se cumpla la ley. Esa es nuestra función.

—¿Nunca has tenido un caso que te revolviera las entrañas?

Ranko asintió. —He tenido cientos.

Parpadeó sorprendida. —¿Y no te afecta?

—Nos afecta a todos. Y te aseguro que asuntos internos me ha dado más toques que a ti.

—Entonces…

—¿Cómo no estoy de acuerdo con esto? Porque somos la ley. No podemos dejar que alguien se tome la justicia por su mano porque para eso tenemos un sistema. ¿Y si ese no mató realmente a su mujer o a su hija? ¿Y si cualquiera de esos no era realmente un violador?

Apretó los labios mientras él continuaba. —Algunos de los que son liberados sí son inocentes. El sistema existe para garantizar eso, aunque con esa garantía también se escapen culpables.

—Sácame de este caso.

—Ni hablar, ahora con más razón vas a seguir con él.

—¿Por qué? —preguntó alterada.

—¡Porque cuando acabes con este caso, te darás cuenta de hasta qué punto ese tipo ha metido la pata! —La cogió del brazo para volverla. —Uno de ellos no ha cometido un delito. Alguno de ellos seguro que es inocente. Es cuestión de probabilidades, nena. ¿Crees que no se dejó llevar por las noticias? ¿Por lo que opinaba la prensa? Entre tantos seguro que metió la pata en alguno. Tu misión es descubrir quién fue y por esa persona te dejarás la piel para cogerle. Para coger a quien mató a una persona que fue acusada injustamente.

Se le cortó el aliento antes de mirarle a los ojos. —¿Crees que es posible?

—¿En estos años en el cuerpo no has conocido a ningún policía que fuera un inútil? Porque yo he conocido bastantes. —Asintió mirando las fotos de nuevo. —Eso es, nena… Tienes que empezar desde el principio. No te dejes llevar por lo que otro policía ha puesto en el informe. Fíate solo de los informes forenses y sigue tu instinto. En estos días aquí sé que tienes muy buen ojo en tu trabajo. Hazlo —dijo antes de salir de la sala dejándola de piedra. En un abrir y cerrar de ojos su trabajo se había multiplicado exponencialmente porque ahora tenía sesenta y seis casos que investigar desde el principio. Exasperada fue hasta la puerta pensando en sus palabras. ¿Inocente? Lo dudaba mucho.

Su hermana se sentó en el sofá con una copa de vino blanco en la mano y se miraron a los ojos. Eran como dos gotas de agua a pesar de llevarse un año y Clarie sonrió con tristeza. —Ya han pasado trece años.

Suspiró antes de beber de su copa. —Esta noche. ¿Crees que estarían orgullosos de nosotras?

—Claro que sí, nos adoraban. Para ellos éramos perfectas, ¿recuerdas?

Sonrió asintiendo y su hermana elevó su copa a modo de brindis antes de beber. Bueno, tenía que decírselo, así que mejor hacerlo cuanto antes. —Nos están investigando.

Claire se detuvo en seco tensándose y bajó la copa lentamente. —¿Qué has dicho?

—Se han dado cuenta con el último. Ranko me ha pedido que investigue.

Suspiró del alivio seguramente porque era la encargada de la investigación. —Sabíamos que esto podía pasar. Haz lo que habíamos planeado y punto.

—Cree que entre toda esa escoria alguno podría ser inocente.

—Qué estupidez, nos aseguramos.

—Nos fiamos de las investigaciones.

—¡Nos fiamos de las pruebas!

—¿Y si alguno no era culpable? ¿Y si las pruebas le señalaban y la justicia le liberó con razón?

—¿Pero qué te ha dicho ese tío que te ha comido la cabeza de esta manera? —Dejó la copa sobre la mesa de centro. —Todos los que quitamos del medio eran auténticos cerdos. Ni uno solo de ellos era inocente.

Cristel se quedó callada y Clarie se acercó a ella. —No cometimos errores. Nosotras no cometemos errores.

—Temo que tenga razón.

Su hermana apretó los labios. —No la tiene.

—Tengo que investigar cada caso desde el principio. —Clarie dejó caer la mandíbula del asombro y Cristel hizo una mueca. —Órdenes del jefe.

—Mira, pues así te aseguras de que hemos hecho un buen trabajo.

—¿Y si…?

Clarie la fulminó con la mirada. —Nos aseguramos de que eran culpables. Investígalo si quieres, pero hicimos lo correcto. —Se levantó y fue hasta su maletín acercándose con un expediente en la mano para tirarlo ante ella. —Tengo a uno.

—¿Ahora? ¿Cuando estoy en este lío?

—Ahora con más razón. Es obvio que no sospechan de ti si investigas el caso. Échale un vistazo. —Cristel abrió el expediente. —Le cogieron por el testimonio de una de sus víctimas, las pruebas de ADN coincidieron con el semen encontrado en ella. Era compañera suya de trabajo. La secuestró en el aparcamiento y la llevó a su casa. Descubrieron que le había hecho lo mismo a una vecina y a una sobrina suya. Ninguna de las dos denunció por miedo. Es obvio que desea lo que tiene al alcance de la mano. Y adivina, le van a soltar porque le van a dar un indulto. Su tío es senador. El muy cabrón no deja de regocijarse con que pronto estará fuera. Le he visto esta mañana porque se quejaba de una muela y me ha revuelto las tripas por cómo me miraba. Ese va a volver a hacerlo en cuanto salga. ¿Me estás escuchando?

—¿Has fotocopiado su expediente en la cárcel? —preguntó incrédula al ver que la carpeta era de la penitenciaría—. ¿Estás loca? ¿Y si te pillan? ¡Siempre lo traes en USB!

—Se me olvidó el USB y tuve que aprovechar que el doctor Jucker había salido para meterme en la base de datos. Tranquila, que no me hubieran pillado, se había ido a comer. Ese tío es un vago… Aprovecha que estoy yo allí para que lo haga todo. ¡Y eso que soy voluntaria!

Apretó los labios mirando el expediente y lo cerró de golpe. —No quiero hacerlo.

—¿Pero qué dices? —preguntó asombrada.

—Vamos a tomarnos un descanso. —Se levantó llevando la copa a la cocina.

—¡Volverá a hacer daño a alguien! ¡Saldrá como mucho en una semana!

Apoyó las manos en la encimera y respiró hondo. —Ya hemos hecho mucho…

—Y lo que queda por hacer.

—Esto no se acaba nunca. —Se volvió hacia su hermana. —¡Por Dios, ni tenemos vida, la hemos dedicado a ellos!

Clarie no podía disimular su incredulidad. —Lo juramos.

—Papá y mamá no estarían de acuerdo con esto. Una cosa es cargarse a uno o dos, pero es que ya llevamos setenta y seis.

—¡Y este es el setenta y siete! ¡Si te hiciste policía fue por esto!

—¡Exacto! Eso demuestra hasta el punto en que estamos destrozando nuestras vidas.

—Uy, uy que ese tío te ha comido la cabeza más de la cuenta… —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Te gusta.

Se sonrojó. —Qué va.

—¿Me mientes? ¿A mí? ¡Hace una semana hubieras dicho de inmediato que cuándo nos cargamos a ese cerdo y hubieras dado mil ideas!

Pasó ante ella para ir a su habitación. —Ah no, no me vas a dejar con la palabra en la boca. ¡Cristel, estamos hablando!

—Estoy cansada. ¡De todo! —Le cerró la puerta en las narices y su hermana jadeó de la indignación.

Empezó a desvestirse y Clarie abrió la puerta haciéndola suspirar. —No quería gritarte.

—Ese tío que te gusta no tiene razón. No cometimos errores.

Sin poder disimular que estaba asustada la miró a los ojos. —Júramelo.

—Te lo juro. —Se acercó y cogió sus manos. —Somos concienzudas y jamás hemos improvisado. Todo ha sido medido al milímetro.

—Me ha pedido que busque al inocente, que eso me dará fuerzas para encontrar al asesino. —Hizo una mueca. —O sea a

nosotras.

Clarie entrecerró los ojos. —Joder, hermana. ¿Has mostrado tus cartas?

Apretó los labios. —No he podido evitarlo. Que se molesten en buscar a ese tío me sacó de mis casillas. ¡Una niña ha sido encontrada muerta hoy en el parque! ¡Es a ese a quien hay que buscar!

Su hermana se sentó en su cama. —Y le encontraremos, Cristel. No debes preocuparte por eso.

—Deberíamos dejarlo. Es peligroso.

—No tienen ni idea de que somos nosotras. Y si alguien por un milagro descubriera algo, ¿qué móvil podríamos tener? ¡Si no metes la pata con ese que te gusta, todo estará bien!

Se tensó. —Yo no voy a meter la pata.

—¿Seguro?

—¡Y no me gusta!

—Ya, claro. ¿Está bueno? —Cristel se sonrojó. —Debe ser un cañón.

Sonrió sin poder evitarlo. —Pues sí.

Clarie sonrió. —Hacía mucho que no te gustaba nadie. —Observó como se volvía colgando la chaqueta del traje pulcramente como hacía cada noche. Tenía impecablemente colocada toda la habitación. —Desde aquel en la academia. Ha pasado mucho tiempo.

—Como si tú salieras mucho con hombres.

Chasqueó la lengua. —Estoy muy ocupada. Entre la clínica, la cárcel y nuestro hobby no doy para más.

—No lo llames así. —Se quitó los pantalones y los colgó.

—Si fuiste tú la primera que lo llamó así. ¿Qué coño te pasa? ¿Ahora vas a sentir remordimientos? Son escoria. —Se levantó cogiéndola del brazo para volverla. —¿Sabes lo que he visto hoy en el hospital? A una niña de diez años con el brazo roto y que tiene un padre que le hace visitas por las noches. —Cristel apretó los labios. —Qué se merece ese tío, ¿eh? Caparle sería poco.

—¿Cómo te has enterado de eso? Tú estás en cardiología.

Clarie se sonrojó.

—Oh, por Dios… Has vuelto a hacerlo, ¿no? ¡Has metido las narices donde no debías! ¡Eso sí que es sospechoso!

—Fue sin querer.

—Y una leche. ¡Te conozco muy bien! ¡Deja de hacerlo! —Se le cortó el aliento. —¡Debes dejar pasar lo de ese tipo!

—¿Qué tipo? —preguntó como si fuera tonta.

—¡Ya sabes que tipo, el padre de la niña! —Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Dios, ya le has investigado, ¿no?

—Bueno, el expediente de la paciente estaba en el ordenador. —Sus ojos brillaron. —Solo le eché un vistacito.

—¡Creamos unas reglas para que no dieran con nosotras!

—¡No la traté yo! ¿Si le pasa algo a ese cerdo por qué iban a sospechar de mí?

La mirada de su hermana no le gustó nada. —Dios mío, ya lo has hecho, ¿no?

—¿Qué culpa tengo yo de que se cayera por el hueco de la escalera cuando fue a fumar? ¡Debería saber que está prohibido fumar en un centro sanitario! ¡Se resbaló y ya está!

Puso los ojos en blanco. —¿Allí hay cámaras?

—Claro que no. Y entré caminando por el sótano. No me vio nadie.

—¿Cómo sabías que estaría allí?

—Salía a fumar cada veinte minutos. El fumar mata de verdad.

No pudo evitar sonreír porque no podía con ella. —¡Más te vale que las cámaras no te hayan pillado!

—¿Trazamos un plan para el preso? Saldrá en una semana.

—Está bien, leeré el expediente.

Clarie sonrió tan contenta y la besó en la mejilla. —Sobre ese… Tíratelo, disfruta un poco. La vida es muy corta.

—No le gusto.

—Ya, claro —dijo saliendo.

Asombrada la siguió en ropa interior. —No, no le gusto y es un riesgo.

—Quien no arriesga no gana. —La miró de arriba abajo. —Y eso de que no le gustas… —Cristel se quitó el broche que sujetaba su melena rubia y esta cayó por su espalda. —No sé por qué, pero no me lo creo. Por cierto, depílate las ingles. —Jadeó mirando hacia abajo haciéndola reír. —Has picado. Uy, déjame ese color rosa de uñas, ¿quieres?

Capítulo 5

Sentada tras la mesa escuchó como su compañero suspiraba mirando las pizarras. —Joder, llevamos un mes en esto y nada. ¡No hay ni una puñetera pista!

—Ya sabía yo que esto era una pérdida de tiempo.

Se volvió para mirarla sobre el hombro. —¿Por qué estabas tan segura?

Levantó una ceja. —Porque la mayoría de las pruebas de estos casos se enfriaron hace tiempo. Deberíamos centrarnos en el último a ver si conseguimos algo.

—Ya hemos interrogado a los vecinos, revisado las imágenes, no hay testigos. El tipo entró en el callejón y ya no salió. ¡No tenemos nada! —Furioso tiró el lápiz que tenía en la mano contra las

pizarras. —¿Por qué fue ahí? —preguntó frustrado—. ¿Por qué justo a ese callejón?

—Es evidente que quedó con alguien.

—Exacto. Un lugar muy extraño para quedar.

—Sería un camello.

—Los análisis dicen que no tomaba drogas —dijo mirando fijamente las fotos del callejón.

—¿Pornografía? Era un salido.

—¿Y el dinero?

—A lo mejor le pagó antes de que le despachara y después se llevó las fotos, el video o lo que fuera.

—¿Y se quedó sin pasta en la cartera?

—Igual le mataron y después le robaron sabiendo que llevaba la pasta. Lo cogieron todo y listo.

Él la miró sorprendido. —La cartera estaba en la cazadora…

Parpadeó. —¿Qué?

—Aquella noche hacía frío y entró en el callejón con ella puesta. ¿Por qué se la quitó?

Ni sabía qué decir. Tampoco había que dar tantas pistas de lo que habían hecho. —Igual se la quitaron.

Esteban pensativo negó con la cabeza y abrió el expediente para mostrar las fotografías. Le puso delante la de la cazadora en la escena. —Si se la hubieran quitado las mangas estarían del revés, ¿no? Además no tenía sangre, así que se la quitó antes de la muerte. ¿Por qué? ¿Y por qué estaba tan alejada del lugar del crimen?

—Bueno, estaba a unos cuatro metros. Igual él intentó huir tirándola al suelo y…

—Sí, ¿pero por qué se la quitó?

—¿Por qué crees que lo hizo? No podemos estar seguros de eso.

—Venga, sígueme el juego. Dame razones.

—¿Tenía calor?

—Debajo llevaba una camiseta de tirantes.

Se mordió el labio inferior y miró a su compañero. Su pistola estaba a la vista en la cartuchera que llevaba sobre sus hombros porque se había quitado la chaqueta. —Comprobaba que no estuviera armado o llevara micros.

Los ojos de Esteban reflejaron su sorpresa por esa hipótesis. —Sí, puede ser… Así que temía que él le disparara.

—Quería asegurarse de que estaba seguro.

—Y la víctima se quitó la cazadora para mostrarle que no llevaba armas. Se volvió para mostrar su espalda y le rajó con un estilete muy fino.

No daba ni una. Ni era pornografía ni se había quitado la cazadora para mostrar que no llevaba armas. Simplemente habían quedado con él a través de una aplicación de internet y el tipo se había quitado la cazadora para que le hicieran un apaño. Fue cuando su hermana sacó el bisturí cuando intentó huir y le cogieron antes de llegar al contenedor, lo que les vino genial para tirarle dentro, la verdad. Después se fueron tranquilamente por una de las puertas que es por donde habían llegado. Las cerraduras hacía tiempo que habían dejado de ser un problema para ellas. Pero tenía que seguir con aquella tontería, así que dijo —¿Y la cazadora? Si se volvió para mostrar que no llevaba armas, tendría que haber caído a su lado.

—¡Joder!

—Esteban tómate un descanso que te veo muy nervioso.

La puerta se abrió de repente y Ranko entró. Unos compañeros pasaron con un detenido hacia una de las salas de interrogatorios y el jefe cerró antes de que pudieran ver lo que hacían. —¿Tenéis algo?

—¡Un cabreo enorme! —dijo su compañero furioso—. ¡No tenemos nada, joder! ¡O es un genio del crimen o no lo entiendo!

—Eso es imposible. Todo el mundo comete errores.

—Este tipo no. Hemos revisado todos los casos, Ranko. No hay una mierda de la que tirar.

—Conoce el sistema.

—Cualquiera conoce el sistema después de ver CSI —dijo ella agotada—. Esa serie tuvo mucho éxito, ¿sabes?

—Muy graciosa.

Se levantó. —Necesito despejar la mente, me voy a casa.

—¡Cristel esto es importante! ¡Tienes que tomártelo en serio!

Le miró ofendida. —¡Perdona, pero llevo aquí desde las cinco de la mañana! ¡Cómo desde hace dos semanas!

—Ranko, la chica ha trabajado mucho más que yo. No es justo que le digas eso.

Su teniente apretó los labios. —¡Es que es increíble que no haya nada en tantos casos!

—Pues eso no es todo —dijo ella fríamente—. ¡Ninguno de ellos era inocente, eso sí que hemos podido demostrarlo! —Salió de allí dando un portazo y Esteban suspiró dejándose caer en la silla.

—¿Es cierto lo que dice?

—Sí, amigo. Todos y cada uno tenía mierda para parar un tren.

Ranko se pasó la mano por la nuca sin dejar de mirar esas fotografías. —Así que tenemos a un asesino en serie que conoce muy bien el procedimiento policial.

—Y lo que hacen los de científica, eso está claro. Tiene que usar guantes. En todos esos casos no hay ni una sola huella que coincida entre ellos. Nada en absoluto. Situaciones diferentes, horarios aleatorios, barrios distintos…Y creo que los coge por sorpresa con lo que a la víctima no le da tiempo a reaccionar, así que no hay lucha por su parte con lo que no hay ADN.

—¿Un policía?

Esteban volvió la vista hacia él. —Podría ser. Desde luego sabe lo que hace. Ni imágenes, ni huellas, ni ADN que pueda ser

identificable. Y tiene que ser grande y fuerte.

Ranko asintió viendo las imágenes del contenedor. —Tuvo que llenarse de sangre para meterle ahí.

—Pues las puertas no tienen rastros de sangre. Se han comprobado tres veces.

—Increíble.

—Es un fantasma, amigo. Un maldito fantasma.

—Pues creo que tengo otro.

—¿Otro? ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Lo llevan en otra comisaría. Acababa de salir de la cárcel.

—Genial. ¿Y cómo murió? —dijo su amigo entusiasmado.

—Se tiró desde el puente de Brooklyn.

Los ojos de su amigo brillaron. —Ahí hay cámaras.

—Y no hay nada.

—¡No jodas!

—Llegó y se tiró, simple.

—¿Tenía drogas en su organismo?

—Escopolamina.

—Increíble. Simplemente le dijo tírate y él lo hizo, ¿no?

—Exacto. ¿No te sorprende que en este no haya habido sangre?

—No siempre es violento. —Esteban frunció el ceño. —Es más cruel con los violadores, los que abusan de los niños y las mujeres… A los asesinos simplemente los mata con un tiro en la cabeza.

—Pues este era un violador.

Esteban se adelantó en su asiento. —No es él.

—Tiene que serlo. No hay huellas, ni pistas… Tiene que ser él.

—A ver si vamos a cargarle a este tipo todos los casos sin resolver de Nueva York.

—Te digo que también es obra suya.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Me lo dice mi instinto.

—No has investí… —Se le cortó el aliento. —Has investigado esto, ¿no?

—Me intriga. Es el mayor asesino en serie de la historia de Estados Unidos.

—Samuel Little tiene noventa y tres víctimas. Todavía gana a nuestro chico.

—¿Acaso piensas que aquí no faltan? Seguro que hay más.

—No podemos demostrarlo. No podemos demostrar nada.

—Si le cogemos puede que su ADN coincida en alguno de estos casos. Es un fantasma porque no está fichado.

—Entonces no puede ser un policía, amigo. A todos nos tienen en la base de datos.

—Otro misterio.

—Igual es criminólogo. ¿Un profesor de universidad?

—No podemos descartar a nadie.

—No tiene patrón, escoge a sus víctimas al azar, es imposible saber cuál será su siguiente movimiento. Utiliza distintas armas o ninguna porque a uno le mató a golpes.

—Sí, y en ese caso no había huellas en su ropa y eso que tuvo que darle patadas. Ni una sola huella de bota. Pero en algo de eso que has dicho te equivocas, amigo… —Sonrió divertido. —Sí que tiene un patrón. Mata a los que son exculpados o que nunca han llegado a juicio a pesar de ser culpables. Ese es su patrón. Solo tenemos que encontrar quién será su siguiente víctima.

Entró en casa y su hermana estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas comiendo pizza a dos carrillos. —¿Qué dice la cardióloga de eso?

—La he acallado con el pepperoni. ¿Quieres?

—Me muero de hambre. —Se quitó la chaqueta dejándola en el sillón y se sentó a su lado cogiendo un pedazo de pizza. —¿Qué tal el día? —preguntaron a la vez. Rieron y Cristel le guiñó uno ojo. —Bien, he eliminado una pista que puede que nos hubiera molestado en el futuro.

—¿Una pista? —preguntó asombrada—. ¿Cual? ¿Hemos cometido un error? ¡Nosotras no cometemos errores!

—Había una parcial en una camiseta de aquel que se colgó en su casa, ¿recuerdas? Se me rompió el guante.

—Ah… ¿Pero eso sirve de algo?

—Ahora ya no porque no hay camiseta. Mi compañero no se ha enterado ni de que había huella porque como sabes me he encargado de revisar cada caso antes que él. Y seguro que ya no se vuelven a revisar. A no ser que venga el FBI a meter la nariz, pero no creo.

—¿Y estás segura de que la huella era tuya?

—No, pero por si acaso la he tirado en Queens en un contenedor.

—Bueno, si lo viste necesario… ¿Tu jefe sigue insistiendo?

—Y cómo. ¿Sabes lo que me ha dicho? —preguntó mosqueada—. Que no me esfuerzo lo suficiente.

—Tendrá cara, ¿que tú no te esfuerzas? Claro que lo haces. Te dejas la piel en ese trabajo —dijo su hermana apoyándola.

—¡Hoy me he levantado a las cinco de la mañana! Paso más horas en comisaría que ellos dos juntos y me dice eso en lugar de decírselo a Esteban. Pero claro, él es su amigo y yo soy la novata. Me ha tocado tanto las narices que me he largado.

—Muy bien hecho, hermana. Que no te tome por el pito del sereno. Debes hacerte valer.

—Eso he hecho.

—¿No se te ha insinuado?

—Si casi ni le veo y si le veo es para que me diga que hay que trabajar más. —Mordió la pizza de nuevo. —Pero es que últimamente no vamos a tomar algo después del trabajo.

—Pues ese Esteban ya podría estirarse un poco, me dejas sin cambio todos los días para pagarle los cafés. Ese tío tiene un poco

de morro, ¿no?

—Tiene familia y la antepone a todo, lo veo lógico. Hoy se ha quedado más porque están en casa de su suegra en Washington y se quedarán hasta el domingo por la tarde.

—¿Tienes que trabajar este fin de semana?

—Estoy sin guardias hasta que resuelva el caso del siglo. —Se estiró para coger la cola de su hermana y darle un buen sorbo.

—Perfecto. Yo tampoco tengo guardia, al final me la ha cambiado un compañero porque quiere el próximo fin de semana libre.

Se miraron antes de chillar —¡Nos vamos al lago!

El lunes por la mañana llegó a la comisaría con una sonrisa de oreja a oreja, pero la perdió poco a poco al ver la actividad que había en la puerta. Varios periodistas pedían declaraciones a todo el que pasaba. Se acercó a Harry que en ese momento salía de su coche. —¿Qué pasa aquí?

—¿No te has enterado? Ayer tiraron un cuerpo ante la comisaría. Joder, la que se montó. Al parecer hay un justiciero en la

ciudad. —A Cristel se le cortó el aliento. —En el pecho tenía una nota pegada que decía algo en latín, creo. Yo no la vi. La tiene el jefe. Pero este justiciero nos va a tocar la moral, te lo digo yo. Hay que leer más el periódico, novata —dijo divertido.

Forzó una sonrisa. —Me he levantado tarde y no he estado aquí este fin de semana. —Caminó con él hacia la puerta. —De vez en cuando hay que desconectar, ya sabes.

—Sí, lo entiendo. Oye, ¿qué es eso que estáis investigando Esteban y tú con tanto secretismo?

Se detuvo para mirar sus ojos castaños. —¿Me mantienes el secreto?

Harry asintió y ella se acercó para susurrar —Estamos revisando todos los casos de los últimos diez años porque el jefe quiere asegurarse de que tiene a la mejor plantilla y que no se ha metido la pata antes de su llegada en algo que pueda salpicarle a él. ¿Tienes algo que ocultar? Yo te cubro.

El tío se sonrojó. —No, claro que no.

Sonrió de oreja a oreja. —Entonces no debes preocuparte, amigo.

—¡Detective Portland! —Miró hacia la entrada de la comisaría y Brie Fuller corrió hacia ella con el micro en la mano y el cámara detrás. —¿Puede contestarme a unas preguntas?

—No.

—Por favor, si no llevo algo a la redacción me van a comer viva.

—Brie, si es por lo que pasó ayer, sinceramente me acabo de enterar por Harry. He estado fuera este fin de semana.

—¿Pero usted se toma vacaciones? —preguntó pasmada.

—Sí, de vez en cuando.

—Si se entera de algo, por favor écheme un cable. Estoy desesperada.

—Si me entero de algo que pueda contar, serás la primera en saberlo.

La chica sonrió de oreja a oreja. —Gracias.

Caminaron entre los periodistas sin contestar preguntas y al entrar Harry dijo —Te llevas muy bien con esa, ¿no?

—En desaparecidos me ayudó mucho en mi trabajo. La prensa a veces es una aliada que no hay que desaprovechar. Y

además me cae bien, Brie no es como esas sanguijuelas que no les importa hacer daño a la familia de la víctima con tal de sacar tajada.

—Joder, odio a esos tipos.

—Y yo. —Subieron las escaleras y vio que Ranko hablando por teléfono le hacía una seña desde su despacho para que se acercara. Se señaló a sí misma y él asintió vehemente. —Tiene pinta de querer echarme la bronca.

—Sí, te acompaño en el sentimiento —dijo divertido.

—Ja, ja. —Se alejó de él y caminó entre las mesas para llegar a su despacho.

Ranko apretó los labios. —Por supuesto que tengo a mis hombres trabajando en esto. Es mi prioridad. Pero tengo las manos atadas con un cadáver al que ni siquiera se le ha hecho la autopsia, ¿no cree? —preguntó con burla—. ¡Más recursos, eso es lo que necesitamos!

Asombrada vio que colgaba. —¿Estás loco? —Dio un paso hacia él. —¿Quién era?

—El alcalde.

—¡Has perdido la cabeza! ¿Qué pasa, que ya no te gusta tu puesto?

—Pues la verdad es que no.

Hizo una mueca. —¿Demasiado papeleo?

—¡Joder, esto es una mierda! El día que se me ocurrió aceptar este puesto más me valía haberme emborrachado. —Se levantó y cogió un expediente de la esquina de la mesa. —¿Te has enterado?

—¿Crees que es el mismo? Nunca ha llamado la atención.

—No, no es el mismo. —Tiró el expediente sobre la mesa ante ella y lo cogió a toda prisa. —Este quiere fama y reconocimiento.

Al ver la fotocopia de la nota levantó una ceja. —Non est finis, est solum initium.

—¿Sabes lo que significa?

—No es el final, es solo el principio. ¿Qué pasa, va de listo poniéndolo en latín?

Él sonrió. —Ha visto muchas películas.

—Eso parece —dijo concentrada—. ¿La víctima era un proxeneta? —Levantó la hoja y silbó. —Menuda lista de antecedentes. Aquí hay de todo. Trapicheo con drogas a los catorce, robo, intimidación… Una joyita.

—Dirigía un negocio de prostitución de alto standing en el norte de la ciudad. Un mal bicho. Algo debió hacer que cabreó a su

asesino. Averígualo.

Le miró sorprendida. —¿Y el otro sudes?

—Tendremos que dejarlo de lado de momento. La prensa está como loca pensando que tenemos un posible asesino en serie en la ciudad. Prioridad máxima. Lo dicen desde arriba.

—¿Entonces lo recojo todo? Mis compañeros ya empiezan a hacerme preguntas.

Ranko apretó los labios. —Sí, recógelo todo y que se archive de nuevo.

Casi salta de la alegría y no pudo disimularlo haciendo que él frunciera el ceño. —No lo dejaremos, nena. Solo que esto es prioritario.

—Claro, claro.

—Quédate con tus notas, que las vas a necesitar.

Gruñó yendo hacia la puerta y vio que Esteban todavía no había llegado. Él también miró hacia allí y apretó los labios. —Uno de sus hijos estaba enfermo.

—Ya, claro. La familia es lo primero —dijo tan contenta.

—Al parecer coger a este te emociona mucho más que coger al otro.

Se detuvo en seco con la mano en el pomo de la puerta y le miró sobre su hombro. —¿Eso crees?

—Es evidente —dijo mirándola fijamente.

—Es que me gusta más que los cadáveres estén fresquitos. —Al darse cuenta de lo que había dicho se puso como un tomate. —Quiero decir…

—Lo he entendido —dijo mirándola como si le faltara un tornillo.

—Me pongo con esto en cuanto recoja. —Salió a toda prisa de su despacho sintiendo su mirada en su espalda. ¿Cómo se le ocurría decir algo así? La culpa era suya que cuando estaba delante se ponía nerviosa. Y eso no podía ser porque era así como se metía la pata. Fue directamente a la sala de las pizarras y empezó a quitar fotos para meterlas en sus correspondientes expedientes tirando los post-it que tenían debajo. Lo hizo a la velocidad de la luz y cuando cerró las cajas sonrió.

Ranko observándola a través de la cámara de seguridad entrecerró los ojos y abrió el cajón de su escritorio sacando la camiseta embolsada antes de coger el teléfono. —Soy el teniente Dickerson. Necesito que analicéis una prenda y es prioritario.

Capítulo 6

Esteban y Cristel llegaron al anatómico forense y cuando su compañero empujó la puerta abatible ella se detuvo en seco. —¿Qué haces?

—Entrar.

—No fastidies.

La miró divertido. —Tienes que endurecerte, novata. Si vomitas hazlo en el fregadero.

Pasando de ella entró en la sala y Cristel gruñó antes de empujar las puertas. Esteban se había acercado al forense que se estaba lavando las manos, pero ver a aquel cadáver con el costurón en todo el pecho le revolvió las tripas.

—Iba a realizar ahora el informe.

—Adelántanos algo —dijo Esteban impaciente acercándose al cadáver.

—Le mataron ayer por la mañana sobre las diez. Dieciséis puñaladas en el abdomen. Yo diría que con un cuchillo de caza. Esa es la causa de la muerte. Ya están analizando la ropa y las muestras que he extraído.

—¿No has encontrado nada raro?

Se volvió secándose las manos y la miró. —Si vomitas…

—En el fregadero, ya me lo han advertido. —Disimulando le guiñó un ojo haciéndole sonreír.

—Martin, al grano —dijo Esteban mirando su móvil.

—Te veo algo nervioso.

—Nervioso está el alcalde.

Se acercó al cadáver y le inclinó la cara a un lado para mostrar dos marcas moradas en su cuello. Ella separó los labios de la impresión. —¿Una taser?

—Exacto.

—Le dejaron fuera de combate y le mataron aprovechando que no podía defenderse.

Esteban asintió. —Gracias, amigo.

Salió de allí a toda prisa dejándola con la palabra en la boca. —¡Pero yo tengo más preguntas!

El forense rio por lo bajo. —Al parecer no le importa.

—Pues me quedo. ¿Cree que era una de esas pistolas eléctricas que hay que acercarse o de las que expulsan los proyectiles?

—De las que hay que acercarse y apuesto que lo hizo por detrás.

—Así que le tomó por sorpresa totalmente.

—Y es alguien con fuerza.

—¿Cómo lo sabe?

—Tiraron de su brazo, para arrastrarle seguramente. Eso me lo indica el estado de su ropa en el lado derecho y que le desencajaron el hombro.

—¿No tenía lesiones previas en ese hombro?

—No.

—Así que alguien tiró con tal fuerza que se lo desencajó. —Entrecerró los ojos mirando el cadáver. —Ha hablado del estado de la ropa…

—Ya la están analizando.

—He visto las fotos del levantamiento del cadáver. Estaba muy sucio en general. Su pelo estaba grasiento y tiene barba de varios días, pero como ha dicho en el lado derecho parecía tener tierra, ¿lo era?

—Con mi experiencia diría que sí.

—Tiene mucha más experiencia que yo, así que con eso me basta.

El hombre sonrió.

—¿Olía mal? —El forense asintió. —En las fotos vi que tenía tierra también bajo las uñas. Puede que le secuestraran durante un tiempo e intentara escapar. ¿Cree que le retuvieron antes de matarle?

—Tienes ojo para esto, niña…. —Levantó sus manos mostrándole sus uñas. —Aquí había una astilla. Y la ropa le quedaba holgada. Sobre todo se notaba en la cinturilla del pantalón. Y ahora que lo pienso hay otra cosa que me llamó la atención, una uña postiza estaba enganchada en la lana de su jersey.

Entrecerró los ojos. —¿De qué color?

—Rojo fuego. Lo sé porque es el mismo color que usa mi esposa.

—¿Estaba maltratada?

—No.

—Increíble. Así que tengo a una mujer que es muy fuerte y que le mantuvo retenido antes de meterle dieciséis puñaladas.

—Tiene que ser muy fuerte —dijo a punto de reírse.

—Las hay muy fuertes y esta precisamente cuida mucho su aspecto. Gracias.

—Suerte.

—La tendré.

Salió del anatómico forense sintiendo que se cabreaba a cada paso que daba. Cuando llegó al aparcamiento vio a su compañero al lado del coche hablando por el móvil. Al verla llegar colgó.

—¿Pero qué coño te pasa? Me traes hasta aquí y después no haces las preguntas adecuadas. ¿Me tomas el pelo?

—Jimmy está en urgencias, tengo que irme.

Al darse cuenta de que estaba hablando de su hijo preguntó —¿Puedo hacer algo?

—No. ¿Te llevo hasta comisaría?

—No, tranquilo puedo ir en el metro.

—Gracias.

Preocupada vio como su compañero se largaba a toda prisa y su cara no presagiaba nada bueno. Esperaba que se repusiera cuanto antes. Al pensar en el muerto que acababan de dejar chasqueó la lengua porque ahora estaba sin compañero.

El grupo de seis entró en la comisaría con ella detrás con las manos a la espalda y gritó —¡Eh! ¡Sentaros ahí que ahora os fichan!

Shelly tras el mostrador parpadeó mirando a los chicos. —¿Qué han hecho?

—Ponerse chulos, eso han hecho. Que los fichen por vandalismo y resistencia a la autoridad. Estos mamones estaban llenando de grafitis el metro. —Uno se quejó y se volvió de golpe fulminándole con la mirada. —¿Te duele? ¡No haber intentado pegarme, gilipollas!

Tres policías de uniforme se acercaron cruzándose de brazos. —Quiero poner una denuncia por abuso de autoridad —dijo uno al que le sangraba la nariz.

—¿No me digas? —preguntó uno de sus compañeros—. ¿Seguro que quieres hacer eso? En el metro hay cámaras, ¿crees que dirían que la detective miente?

Los chicos se miraron y uno dijo —¿Puedo llamar a mis padres?

—¡Portland!

Miró hacia las escaleras y vio que su teniente bajaba mirando a los seis chicos de una manera que les dejó temblando. Levantó una ceja al ver sus maltratadas caras antes de mirarla a ella. Se acercó por su mejilla raspada y el roto en su chaqueta del traje. —¿Estás bien?

—Sí, jefe.

Todo el mundo se dio cuenta de cómo su rostro se endurecía cuando vio la gota de sangre que tenía en su hombro y la cogió por la nuca para volver su rostro mostrando que la habían golpeado tras la oreja y tenía un pequeño corte. Se tensó con fuerza y se volvió hacia los chicos. —Se os va a caer el pelo. Fichadlos por agresión a un agente de la ley.

—Sí, jefe.

Los tres se acercaron cogiendo a los chicos de los brazos y levantándolos de mala manera y Ranko regresó a su lado. —Necesitas una cura.

—Eso no es nada. ¿Te has enterado? Jimmy está en el hospital.

—Sí, voy para allá.

—¿Continúo la investigación?

—Sí, haz lo que puedas mientras tanto.

Iba a salir, pero ella le cogió del brazo. —¿Es grave?

—No lo sé, nena. Algo de que le duele mucho el pecho.

—¿Dónde está?

—En el Sinaí. Tengo que irme, te llamaré.

—Sí, por favor.

Se fue a toda prisa y Cristel se mordió el labio inferior porque era obvio que era algo grave. Se volvió subiendo las escaleras y sacó su móvil. Juró por lo bajo al ver que uno de esos capullos le había roto la pantalla del móvil con una de sus patadas. Serían cabritos. Se puso el teléfono al oído e hizo una mueca porque funcionaba. —Clarie, necesito un favor y lo necesito ya.

—Dime.

Caminó por el pasillo del edificio de apartamentos donde se suponía que vivía la víctima y vio el número dieciocho sobre la puerta de caoba. Silbó porque era un sitio con clase. Estiró la mano llamando al timbre. No se escuchó nada en su interior. Entrecerró los ojos, porque el portero le había dicho que vivía con una mujer y que estaba dentro porque la había visto llegar hacía dos horas cargada de bolsas de boutiques. Suspiró llamando a la puerta de nuevo. —¡Abra a la policía! —Golpeó la puerta con la mano. —¡Abra a la policía o tiro la puerta abajo!

La puerta se abrió de repente y ella llevó la mano a la pistola que tenía en el cinturón. La rubia oxigenada la miraba con los ojos como platos. —¿Quién es usted y qué hace en el piso de James Kowalski?

—Soy su novia. Selena Winston.

—Apártese —dijo muy seria.

Esta lo hizo mostrando una combinación en color champán. —¿Ocurre algo?

—¿Algo? —Entró en el apartamento que era de auténtico lujo y vio la cantidad de bolsas que había sobre el sofá y por las marcas aquello eran miles de dólares en compras. —Sí, ha pasado algo. Su novio ha muerto.

Esta se llevó la mano al pecho. —¿Qué?

Enfundó la pistola y la miró exasperada. —Conmigo no disimule, ¿quiere?

Se puso como un tomate. —Si está muerto no tengo nada que ver.

—¿No? —Sonrió con desprecio. —¿En qué trabaja, señorita Winston?

—Soy camarera.

—Me imagino donde es camarera. —Se volvió yendo hacia una de las bolsas y levantó una de Dior. —Sí que deben pagarle bien.

—Me lo compra mi novio.

—Pero su novio está muerto. Y lleva muerto desde ayer por la mañana. —Dejó caer la bolsa. —Y por lo que veo aquí, usted ha ido de compras muy a menudo. —Estiró el cuello para ver más bolsas en

la cocina. —¿Voy a tener que revisar las tarjetas de crédito del muerto?

—No. —Nerviosa se apretó las manos. —Él me dio su tarjeta para que comprara.

—¿No me diga? ¿Y eso fue antes o después de reunirse con su creador? —Miró sus manos. —¿Eso son uñas postizas?

—¿Qué?

Volvió a llevar la mano a la pistola mirándola fijamente. —Dese la vuelta, va a acompañarme a comisaría.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿No me diga?

—¡Hace un mes que no le veo!

Al fin llegaba a algo. —¿Cómo ha dicho?

—¡Un día salió del club del que era dueño para uno de sus chanchullos y no volvió a entrar! ¡Yo no he hecho nada!

—Desapareció. ¿Y no lo denunciaron? Su familia…

—¿Qué familia? Su madre era una puta que le echó de casa con doce años y dejó que se criara en la calle. No la ha visto nunca más.

—¿Y usted por qué no denunció?

—¿Está de broma? ¡Él dice que nunca me meta en nada porque si no me voy calentita a la cama! ¡Qué pasa si con su tarjeta he comprado alguna cosilla!

—Es interesante que temiendo que la deje calentita gaste su dinero a manos llenas. Parece que estaba segura de que no iba a volver. —Caminó por el apartamento y al ver el portátil encendido ella la miró sobre su hombro. —¿Es de la víctima?

—Sí, pero me deja usarlo.

Sin pedir permiso pinchó en el historial y al ver un traductor de latín levantó una ceja. Suspiró enderezándose y se giró hacia ella que miraba de reojo hacia una puerta entornada. Se puso en guardia y atenta dijo —Dígale a su amigo que salga antes de que me ponga a pegar tiros.

—Estoy sola.

Sacó el arma de su funda sujetándola con ambas manos. —No lo digo más.

—¡Estoy sola!

Levantó el arma hacia la puerta entornada. —¡Salga ahora mismo!

Un disparo hizo que se agachara tras el sofá mientras Selena gritaba corriendo fuera de la casa. Juró por lo bajo apuntando hacia la puerta y disparó haciendo que se abriera, pero la habitación estaba a oscuras y no vio a nadie. —¡Sal antes de que me cabrees más!

No recibió respuesta y en ese momento sonó su móvil. —Genial. —Sin quitar la vista de la puerta lo sacó del bolsillo de la chaqueta y descolgó poniendo el manos libres para dejarlo sobre el reposabrazos del sillón. —¡Portland!

—Quería darte las gracias —dijo alguien al otro lado.

—¿Qué? —Estiró el cuello.

—Tu hermana ha llegado al hospital y ha tomado el mando. Le están operando.

—¡Oh, eres Esteban! Que bien, ¿no?

—¿Qué pasa? Tienes la respiración algo agitada.

—Pues no sé por qué. —Estiró más el cuello y un disparo impactó tras ella.

—¿Eso son disparos?

—No, que va. ¿Así que todo va bien?

—¡Ranko, la novata está en un tiroteo!

Mierda. —Gracias —dijo con ironía—. ¡Sal de una vez!

—¡Más quisieras, puta!

—¿Me has llamado puta? —Se levantó y disparó tres veces antes de agacharse de nuevo. —¡Te voy a despellejar vivo, cabrito!

—¡Cristel! ¿Qué haces?

—¡Jefe, estoy algo ocupada!

—¿Has pedido refuerzos?

—¡No me esperaba esto! Pero le tengo acorralado, tranquilo.

—¡Cómo que tranquilo! ¿Dónde estás?

—En el ciento veinte de la avenida Broadway. —Rodeó el sofá sin dejar de apuntar la puerta y gritó —¡Apartamento dieciocho!

—¡Nena, no te muevas!

Se pegó a la pared al lado de la puerta y metió la pistola para disparar cuando vio un haz de luz y juró por lo bajo metiéndose en la habitación. —¡Alto! —Vio una pierna saliendo por debajo de un estor y disparó sin cortarse dándole dos veces en el muslo. El tipo gritó de dolor y cayó elevando la pierna que todavía no había sacado. El tacón de su bota se enganchó al estor haciendo que cayera al suelo y la luz entró en la habitación. —Tira la pistola. —El

tipo gimiendo tiró de su pierna y Cristel se pegó a la pared. Escuchó las sirenas de la policía. —¡Tira la pistola!

—¡Hija de puta! —De repente apareció de pie ante la ventana y disparó sin verla siquiera hasta vaciar el cargador. El disparo en el hombro pareció sorprenderle y dio un paso hacia atrás chocándose con la barandilla de las escaleras de incendios. Vio en sus ojos que perdía el equilibrio.

—¡No, no! —Cuando cayó al otro lado Cristel dejó caer los hombros. —Mierda. —Salió de la habitación y en ese momento llegaron dos de sus compañeros armados así que mostró su placa. —Tranquilos chicos, ha pasado el peligro. —Cogió el móvil y se lo puso al oído. —¿Jefe?

—¿Qué coño ha pasado?

Sonrió. —He resuelto el caso.

Esteban sentado en la esquina del escritorio de su teniente observaba a su compañera que le daba la exclusiva de la detención a Brie, que estaba loca de contenta. —Tiene un instinto que no es normal. Con ver ese historial en el ordenador sabía lo que había

ocurrido. El portero del edificio y la amante de ese tipo lo habían orquestado todo para quedarse con su negocio. Al principio le mantuvieron recluido sin que supiera quienes eran sus agresores por si tenían problemas y tenían que hacer que regresara. Cuando vieron que todo rodaba a la perfección lo liquidaron. Y para intentar alejar la atención de ellos hicieron lo de esa nota pues pretendían matar a otros capos para aumentar el negocio. Cuando esa Selena lo ha cantado todo como ella lo había descrito no me lo podía creer. Tío, tienes que dejarla a su aire, es un diamante en bruto.

Ranko gruñó. —Eso me temo.

Le miró sobre su hombro. —¿Pasa algo?

—No.

—Te conozco desde hace años, sé cuando algo te preocupa y ella te preocupa.

La puerta se abrió de repente y Cristel sonrió a su compañero. —Me voy a casa, ya he acabado el informe. Sé que es mediodía, pero estoy hecha polvo.

—Espera… Quería darte las gracias por molestarte en llamar a tu hermana. Actuó muy rápido para diagnosticar que tenía la pieza del juguete en el pulmón. Ni me quiero imaginar lo que hubiera

pasado. Joder, llevaba dos días malo y ni nos imaginábamos que era por algo así.

—Muchos niños se meten cosas por la nariz. Mi hermana dice que es un caso raro que algo así llegue al pulmón, pero puede ocurrir. No pasa nada lo hice con gusto y mi hermana encantada de ver cosas fuera de lo común. —Le guiñó un ojo. —Me voy a casa que estoy agotada entre el forense, los interrogatorios y lo demás.

—Que descanses.

Ella miró a Ranko a los ojos. —Jefe, ¿todo bien?

—Vete a descansar —dijo fríamente.

Sonrió antes de cerrar la puerta, pero al volverse perdió la sonrisa poco a poco. Sospechaba de ella, sus ojos ya no la miraban igual. Tensa bajó los escalones y al salir de la comisaría sacó su móvil. —Hermana, tenemos un problema.

—Te veo en casa.

Capítulo 7

Estaban hablando en susurros en el sofá cuando escucharon que llamaban a la puerta. —¿Quién puede ser a estas horas?

—Es él —dijo Cristel por lo bajo.

—Vete a la cama.

En pijama corrió hacia su habitación y se escondió tras la puerta mirando por la rendija que dejó abierta. Vio como su hermana se acercaba a la puerta y cuando volvieron a llamar abrió de malos modos sin quitar la cadena. —¿Qué pasa? —preguntó borde.

—¿Está Cristel?

—Que a usted se lo voy a decir.

—Soy su teniente.

—Pues enséñeme la placa —dijo desconfiada.

Él gruñó y su hermana impidió que viera lo que hacía. —¿Contenta?

—Pues no crea, porque no son horas. Y mi hermana está dormida, que es lo que estaba haciendo yo hasta que llamó. ¿Sabe que me levanto a las cinco de la mañana?

—¿Para qué exactamente?

—¿Me está interrogando?

—Precisamente a eso venía.

A Cristel se le cortó el aliento mientras él decía —¿Puedo pasar?

—¿Interrogarme? ¿A mí?

—Eso es lo que he dicho. Abre la puerta.

—Oiga, no se ponga chulo que conozco mis derechos, ¿sabe?

Al ver que su hermana se estaba alterando y podía meter la pata elevando sus sospechas, salió a toda prisa de la habitación. —Clarie, ¿qué pasa?

—Tu jefe, que quiere interrogarnos.

—¿Qué? —Se acercó a toda prisa y separó los labios como si le asombrara que estuviera allí. —Ranko, ¿qué pasa?

—Abre la puerta —dijo fríamente.

Ella la abrió de inmediato y dio un paso atrás. —¿Ha ocurrido algo?

—Por eso estoy aquí, porque han ocurrido muchas cosas.

—¿Es un caso? ¿Me visto?

Él la miró de arriba abajo deteniéndose en sus piernas al descubierto por el pantaloncito corto del pijama. —No creo que sea necesario.

—No entiendo nada. ¿Entonces qué haces aquí?

Miró a una y después a la otra. —Os parecéis mucho, ¿no? Sois asombrosamente parecidas.

—No somos gemelas —contestaron a la vez.

—No, por supuesto que no porque tu hermana te lleva un año, ¿no es cierto?

Frunció el ceño. —Sí, te lo dije aquella vez que tomamos algo.

—Dijiste que estudió medicina. —Caminó por el apartamento y se detuvo ante una foto de sus padres. Estaban riendo de pie sobre la barca y enseñaban el pez que su padre acababa de pescar en el lago.

—Sí, te dije que ella había empezado medicina y que yo entré en la academia después de estudiar criminología, lo recuerdo muy

bien. ¿A qué viene esta actitud, Ranko?

—¿Sabes…? —Sonrió irónico sin dejar de mirar a su alrededor. —En este trabajo me han dado muchas sorpresas. Muchas, te lo aseguro, pero como la sorpresa que me has dado tú … —Rio por lo bajo. —Joder nena, me he quedado de piedra...

Ella miró a su hermana como si no entendiera una palabra y esta preguntó —¿Este está borracho?

La advirtió con la mirada antes de volverse. —Claro que no está borracho. ¿O sí?

—¿Y por qué te llama nena? —preguntó indignada.

Se encogió de hombros. —Pues ni idea, lo hace casi desde el principio.

—¡Oye, tú tienes que hacerte valer y un jefe no va llamando nena a una subordinada! —Mosqueada se cruzó de brazos. —Deberías informar de ese comportamiento tan poco apropiado.

—Clarie, por favor. ¡A ver si nos dice a qué ha venido! —Ambas miraron hacia él. —¿A qué has venido?

—¿No le has oído? A decirte que le has sorprendido. Al parecer no podía decírtelo mañana. —Jadeó llevándose la mano al

pecho. —Igual quiere ascenderte por lo bien que trabajas resolviendo tantos casos.

Sonrió de oreja a oreja. —¿Es eso? ¿Te he sorprendido tanto que vienes a felicitarme?

Él levantó una ceja. —¿Vosotras os creéis que soy imbécil?

—¿Perdón?

—Llevo trabajando en esto mucho más tiempo que tú. Y me llamó la atención cierta víctima que encontraron en un aparcamiento con la lengua cortada con un bisturí. Como murió el hombre del callejón de hace unos días, ¿le recuerdas? Les mató la misma persona.

Enderezó la espalda. —Ya hemos hablado de esto. No encontraste al culpable como no hemos encontrado a ningún sospechoso después de revisar todos los casos. ¿Qué más quieres que haga?

—No, si tú ya has hecho bastante. —Sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsa y al mostrársela perdió parte del color de la cara al ver la camiseta que ella había tirado en el contenedor. —¿Desde cuándo te deshaces de pruebas aprovechando que eres policía?

—Yo jamás he hecho eso.

—Ah, ¿no? Te seguí. —Furioso dio un paso hacia ella. —¡Y está aquí!

—La has sacado tú de la caja de pruebas.

—¿Qué intenta hacer este hombre? ¿Inculparte?

—Clarie, déjame esto a mí.

Ranko sonrió de medio lado. —Muy lista, nena.

—A mí no vas a echarme la mierda. No sé lo que intentas, pero no vas a conseguirlo.

—En esta camiseta hay una huella. Apuesto todo lo que tengo que es de alguna de las dos.

—Has perdido la cabeza.

—¿Si? Pues yo creo que es de tu hermana, porque tus huellas están en la base de datos de la policía y el ordenador no la ha identificado como tuya, así que solo queda tu hermana. Date la vuelta, te vienes conmigo.

—¡Ranko déjalo ya!

—¡Por qué has tirado la camiseta!

—¡Porque se me olvidó meterla en la caja de pruebas antes de sellarla y no quería que me echaras la bronca!

—Qué casualidad que es la única prueba en la que hay una huella aunque sea parcial del posible asesino, ¿no? —Señaló a Clarie que ahora ya no disimulaba que estaba asustada. —¡Date la vuelta!

—No tienes ni idea de si esa huella es del asesino, puede ser de cualquiera. ¡No entiendo por qué sospechas de nosotras por esto! —gritó Cristel interponiéndose.

La miró como si quisiera matarla. —¡Será porque me has mentido desde el principio!

—¡Yo no te he mentido!

—Dijiste que tus padres habían muerto en un accidente y no fue así, ¿no es cierto, nena? Una noche fueron al teatro y unos pandilleros les atacaron para robarles. Cuando tu madre se negó a darle su anillo de casada la golpearon con saña y cuando terminaron de divertirse la cosieron a puñaladas mientras tu padre intentaba defenderla. A él le dieron tantas patadas en la cabeza que se la machacaron hasta dejarle irreconocible.

Clarie sollozó mientras ella sentía que se le retorcía el alma como cada vez que recordaba esa noche. Pálida como una muerta dijo fríamente —Si digo que fue un accidente no suelen preguntarme

nada y como comprenderás no me gusta recordar lo que les hicieron.

—Dios mío… —dijo Clarie corriendo hacia la cocina para vomitar.

La siguió y mojó un paño de cocina para pasárselo por la frente mientras tenía otra arcada. Furiosa miró hacia él. —¡Mira lo que has hecho!

—Si crees que vais a darme pena después de bañar de sangre esta ciudad durante años, estás muy equivocada —dijo sin quitarle ojo con la pistola en la mano—. Os aconsejo que os vistáis. Ya que no me dais las respuestas que busco lo hará la científica. Empezando por tomar las huellas a tu hermana.

—¡Serás cabrón!

—¡Te recuerdo que sigues bajo mi mando! No te conviene olvidarlo si esta investigación no llega a ningún sitio. —Sonrió malicioso. —Y si no tienes nada que ocultar no sé por qué debes preocuparte. Si sois inocentes no hay nada que temer, ¿no?

Miró hacia su hermana que no pudo disimular su miedo. —Tranquila, no pasará nada —susurró—. Todo es un malentendido por

no haber sido sincera respecto a esa camiseta. Como mucho me expedientarán.

—No estés tan segura, nena. Sobre todo porque hay una prueba que no has visto de cierta víctima que no has investigado con Esteban.

Su corazón dio un vuelco de la impresión mirándole a los ojos. —¿Qué has dicho?

Él sonrió. —¿Crees de verdad que mostraría todas mis cartas? ¡En cuanto me dijiste la mentira sobre la muerte de tus padres, me pregunté la razón porque es algo que aparece en el expediente y me lo leí cuando te destinaron a mí! Tuviste que pasar un psicotécnico al entrar en el cuerpo precisamente por eso, ¿no lo recuerdas? No queremos que los chiflados con traumas del pasado vayan por ahí armados y con una placa en el pecho. Así que husmee un poco. Yo también soy muy bueno en mi trabajo y cierta noche os seguí porque me pareció extraña la relación que tenías con tu hermana. Todo el tiempo fuera del trabajo lo pasas con ella. Ni citas, ni amigos… —Cristel separó los labios de la impresión. —Sí, os seguí. Y sorpresa, en el garito donde entrasteis, apareció un tipo con una sobredosis en el baño dos horas después. Un expresidiario que había robado en una joyería y había matado a los propietarios. Entonces

todo fue encajando poco a poco. Cumplíais el perfil y solo tuve que comprobar si los cabrones que mataron a vuestros padres estaban vivos. Y sorpresa, no lo estaban. ¡Por eso te pedí que investigaras el caso, porque estabas implicada en él y quería comprobar si cometías un error!

—Estás perdiendo el juicio.

—¿Si? Eres famosa en tu antigua comisaría por perder el control. ¡Y esos cabrones que mataron a vuestros padres murieron uno por uno! Comenzasteis vuestra venganza cuando tu hermana empezó a hacer las prácticas en el hospital. Claro, allí tiene acceso a cualquier droga que pudiera necesitar y tú acababas de ingresar en el cuerpo, lo que te daba acceso a la base de datos de la policía, ¡no te fue difícil dar con ellos porque tenían antecedentes! ¿Qué pasa, nena? ¿No superaste su muerte, que la fiscalía no presentara cargos por falta de pruebas y ese rencor fue haciendo mella en ti hasta que no lo soportaste más? Entraste en el cuerpo por eso, ¿no? Dejaste de lado tu sueño de ser astronauta, aunque tenías las notas más brillantes del instituto, porque solo querías una cosa, vengarte.

Pálida susurró —¿Has ido a mi instituto?

—Por supuesto que he ido a tu instituto y he hablado con la mujer que os acogió después de la muerte de vuestros padres.

Chicas modelos. Ella esperaba que hubiera problemas después de suceder algo tan traumático en vuestras vidas, pero todo lo contrario. Ni un conflicto. Lo teníais todo planeado. Tuvisteis años para hacerlo. Para matar silenciosamente. Es interesante que tu hermana trabaje de voluntaria en la penitenciaría del estado. Una fuente de información que seguro que habéis aprovechado. Apuesto a que si tiro del hilo, encuentro unas cuantas coincidencias. Joder, ni se me ocurren cuántos pueden ser en todos estos años. —Cristel apretó las mandíbulas con fuerza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por la rabia que la recorría. Él dio un paso hacia ella y siseó —Pero esto se acabó, ¿me has entendido?

Una lágrima recorrió su mejilla. —No tienes ni una sola prueba.

—Tus ojos me han dado la razón, nena. Nos vamos a comisaría.

—Solo vas a hacer el ridículo ante tus hombres.

Elevó la pistola hasta apuntar su frente. —Ve a vestirte. ¡Ahora!

—¿Cristel?

Miró a su hermana que estaba descompuesta. —Vamos a vestirnos. —La cogió por los hombros y caminó con ella hasta el salón sin que él dejara de apuntarlas.

—Quietas ahí. —Se detuvieron en seco. —Con un abrigo por encima bastará, no vaya a ser que queráis darme una sorpresa. —Se acercó al perchero donde había una gabardina y una chaqueta larga. —Poneos esto. —Las tiró sobre el sofá y Clarie se puso a toda prisa su gabardina. Incrédula cogió la chaqueta. —Ponte eso —dijo él apuntándola de nuevo.

—Pienso informar de lo que estás haciendo.

—Lo dudo mucho. Sobre todo porque deshacerse de pruebas en un contenedor no está bien visto sea cual sea la causa. Y tengo fotos del momento, nena. Sales preciosa, te gustarán.

—Oye, que a este le gustas —dijo su hermana pasmada.

La miró asombrada. —¡Pero qué dices si nos está deteniendo!

—¿Pero es que no lo ves? No hace más que llamarte nena y decirte que eres preciosa. A ver si es como esos niños que cuando les gustas se burlan de ti.

Ambas le miraron y estaba pasmado. —¿Te gusto?

—¿Pero qué coño dices?

—Uy, que parece espantado con todo lo que te piropea. ¡Tendrá morro! ¡Este lo que quiere es pasarte por la piedra!

Apuntó su hermana. —Oye, maja… Cierra el pico.

Su hermana le dio un toque en la espalda llamando su atención y le pasó algo que la sorprendió. Se miraron a los ojos. —¿Estás segura…?

—¡Es que tú en temas de hombres nunca te enteras de nada! ¡Te digo que sí!

Se volvió hacia él. —¿Te gusto? Pues no tienes que montar todo esto para pedirme una cita, ¿sabes? A mí también me gustas mucho. —Entrecerró los ojos. —Aunque lo de esta noche suena algo a psicópata, pero…

—¡Lo que me faltaba por oír! —Bajó el arma. —¡Qué no me gustas y para psicópata tú!

Levantó la pistola de dardos tranquilizantes apuntándole. —Eso no ha sido muy amable. —Antes de que Ranko pudiera elevar la suya para disparar, el dardo se insertó en su cuello. Él intentó levantar el brazo, pero apenas pudo hacerlo antes de caer al suelo sobre la mesa de centro rompiéndola bajo su peso. Aun así intentó arrastrarse alargando apenas la mano para agarrarla por el tobillo,

pero terminó perdiendo el sentido. Su hermana se acercó a él a toda prisa con una jeringuilla en la mano.

—Menos mal que llevabas la pistola de tranquilizantes en la gabardina. ¿Qué haces?

—Anestesiarlo de por vida.

Cristel se acercó y cogió su pistola. —¡No!

Ya había metido la mitad de la jeringuilla y la miró sorprendida. —¿Cómo que no? ¡Nos ha pillado! —Gimió por dentro mirándola y su hermana se levantó. —Tenemos que deshacernos de él, Cristel.

—Es que es tan mono... —Ambas miraron hacia abajo donde Ranko tenía los ojos en blanco y la babilla empezaba a caerle de la boca.

—Hija, pues tampoco es para tanto.

—¡Cuando está normal! ¡Es mono cuando está normal! No me lo niegues.

—Vale, está como un tren. Pero no puedes quedártelo. Ahora ya no —dijo como si tuviera tres años—. Porque va a enchironarnos.

—¿Crees que le gusto?

Su hermana la miró como si estuviera loca. —Que no puedes quedártelo. ¡Y después de drogarle aún menos! ¿Crees que no te guardará rencor? ¡Además, piensa que somos unas psicópatas!

Los ojos de Cristel se entrecerraron. —Quítale eso del brazo. Tengo una idea.

Capítulo 8

Ranko suspiró girándose en la cama y cogiéndola por la cintura para pegarla a su pecho. Al sentir su sexo en su vientre desnudo se mareó de gusto. Dios, aquello era una pura maravilla.

Su hermana divertida sacó una foto. —Se está animando. La luz del baño es lo que necesitábamos. Ilumina lo justo y se os reconoce perfectamente. —Soltó una risita. —Vaya, cómo se está animando.

—No mires.

—Ya, claro. Menudo trasero tiene, como para no mirar. Y haz que te gusta, que tienes cara de susto.

Abrazó su cuello y acercó sus labios a los suyos. Ranko debió sentir su aliento porque la besó y Cristel gimió cerrando los ojos. Separó sus labios sin darse cuenta y él entró en su boca

saboreándola lentamente. Su mano bajó por su espalda estremeciéndola por el roce en su suave piel y cuando llegó a su trasero lo amasó con ansias pegándola a su pelvis provocando que un gemido de placer saliera de su boca. Clarie dejó caer la mandíbula del asombro sin dejar de pulsar el botón de la cámara. —Oye, creo que ya son bastant… —Su mirada fue a parar a su miembro abriendo los ojos como platos. —Este tío es un portento.

Apartó su boca y siseó —Lárgate.

—Sí, claro… —Fue hasta la puerta. —Que te aproveche. Oye, ¿sabes dónde me he dejado el vibrador? —Una almohada le dio en toda la cara. —Vale, ya lo busco yo.

Ni escuchó como se cerraba la puerta, solo pudo disfrutar de sus caricias mientras él besaba su cuello. Su pierna rodeó su cadera en sus ansias por sentirle y el roce de su sexo en el suyo hizo que se frotara contra él necesitándole en su interior. La punta acarició su entrada cortándole el aliento y Ranko la abrazó aún más contra él como si también lo deseara. Gruñó contra su oreja como si estuviera frustrado y Cristel sintiendo que no podía más metió la mano entre sus cuerpos cogiendo su duro sexo. Al sentir que había entrado apenas se le cortó el aliento diciendo que no había sensación mejor en el mundo. Ranko gruñó empujando con fuerza y ella soltó un

gritito porque aquello era muy grande. Teniendo haberle despertado le miró con los ojos como platos, pero él gruñendo pasó la mano por su cintura hasta llegar a su pecho haciendo que se olvidara de todo. Cuando pellizcó un pezón entre sus dedos un rayo traspasó su vientre e inclinó su cuello hacia atrás disfrutando de él. Ranko movió lentamente sus caderas y fue tal el placer, que sintió que se desvanecía y tuvo que aferrarse a su nuca, mientras él agarrando su cadera entró de nuevo en su ser haciendo que temblara entre sus brazos. Él buscó su boca y sin dejar de entrar en ella la besó como si la quisiera, lo que le hizo desear ser suya por encima de cualquier otra cosa en la vida. El placer fue aumentando, sus embestidas cada vez eran más intensas, pero el alivio no llegaba y tuvo que apartar su boca gritando entre la necesidad y la tortura. Ranko debió sentir lo mismo porque aceleró el ritmo hasta que casi la volvió loca, hasta que entró en ella con tal ímpetu que todo su ser estalló liberándola del miedo que la había acompañado casi toda su vida. Solo había placer, solo estaba él.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas aún abrazada a él. Sabía que todo había sido mentira, que no pensaba que estaba con ella, pero para Cristel había sido su relación más real porque con él no tenía que ocultarse. Se sintió más unida a Ranko de lo que nunca

había estado con nadie en su vida. Acarició su cuello y él la abrazó a su cuerpo mientras sus corazones se calmaban poco a poco. No podía dejar de tocarle y sintiéndole aún en su interior no se movió porque no quería perderle. Se apartó ligeramente para mirar su rostro y le contempló. Acarició con el índice la pequeña cicatriz bajo su ojo derecho. ¿Qué le habría pasado? Bueno, ya se lo preguntaría. Sonrió pegándose a él y cerró los ojos. Más le valía que durmiera un poco porque cuando se despertara iba a tener un cabreo de primera. Qué bien se sentía a su lado. Ranko la pegó a él gruñendo y sonrió contra su pecho porque él sentía lo mismo.

—¿Qué coño?

Abrió los ojos somnolienta y suspiró volviéndose para darle la espalda. Ranko se sentó de golpe mirándola espantado. —¿Cristel? ¿Qué ha pasado? —Se llevó la mano al cuello y tocó el bultito que tenía después de arrancarle el dardo. —¡Hostia, estás loca! ¿Me has drogado?

Suspiró volviéndose y abrazando la almohada. —¿Por qué no duermes un poco más? Son las cinco.

—¡Estás loca! —gritó levantándose, pero al hacerlo tan deprisa se mareó chocando contra la pared y tirando la lámpara.

—Ranko, ¿todavía estás borracho?

Él se volvió mirándola como si quisiera matarla. —¿Qué has hecho?

—Unas fotitos de nada. —Palmeó el colchón dos veces. —Vuelve a la cama.

—¿Lo hemos hecho?

—En realidad lo hiciste tú todo.

No salía de su asombro. —¿Qué pretendes con esto?

Suspiró sentándose en la cama y apartó su melena rubia. —Pues verás… Sé que me guardas rencor porque nuestra relación se ha acabado, pero…

—¿Que se ha qué?

—Sacar pruebas de la comisaría para intentar inculparme no te va a llevar a ningún sitio. Cariño, debes aceptar que eres mi jefe y que esta relación no estará bien vista.

—¡Estás de atar! ¿Crees que esto va a detenerme?

—Si quieres seguir siendo policía sí. —Sonrió con inocencia. —Puedo mentir muy bien cuando me conviene. Y tengo testigos de

cómo me llamas nena. En la comisaría unos cuantos. ¿Sabías que ya hay rumores sobre que soy tu favorita? —Él separó los labios de la impresión. —Disimulas muy mal tu interés. Hasta mi hermana se ha dado cuenta. ¿Crees que alguien se sorprendería de que yo dijera que me estás acosando después de una relación turbulenta? No. Además, tengo las fotos. Una prueba irrefutable de que estabas deseando meterme en tu cama. Por supuesto las fotos son de hace tres semanas porque cuando me conociste te volviste loco por mí. Me he asegurado de cambiar la fecha en la cámara para darle veracidad a mi versión y seguro que mi hermana ya las ha volcado a la nube. —Abrió los ojos como platos. —Tenemos que protegernos. Es una costumbre ¿sabes? Lo hacemos desde hace tiempo. Si no nos protegemos entre nosotras, quién lo va a hacer.

Muy tenso dijo —Habéis perdido la cabeza, nena… —Se lo comió con los ojos porque ahora ya no pensaba disimular. —Necesitas ayuda.

—Sí, la necesitábamos. —Elevó sus ojos hasta llegar a los suyos. —No tienes ni idea de cómo la necesitábamos. Nos quedamos solas, desamparadas, rotas por dentro por haber perdido lo que más queríamos. ¡Nos metieron en el sistema y ni te imaginas por lo que tuvimos que pasar en casas de acogida de mierda! ¡Claro que

necesitábamos ayuda! ¡Ellos nos lo quitaron todo! —gritó desgarrada —. ¡Merecían morir por lo que nos hicieron y no siento ningún remordimiento! ¡Volvería a hacerlo mil veces y no sabes la satisfacción que sentí!

Él dio un paso hacia ella. —Eso no es sano.

—¡Te aseguro que es más sano que dejarles vivir! —gritó furiosa—. ¡Al sistema le falta mucho para ser perfecto! ¡Esas personas solo saben hacer sufrir y nadie va a echarlas de menos! ¡Si hubieran sido tus padres y hubieras pasado por lo que yo pasé, pensarías como yo! ¡Eres un hipócrita!

—Nena…

—¿Sabes lo que es tener que ir al depósito de cadáveres para reconocer su ropa porque estaban irreconocibles? Su ropa ensangrentada… Era su aniversario. —Sollozó. —Solo iban al teatro. Mi padre no tenía más de cincuenta dólares en la cartera —dijo incrédula—. Esos cerdos merecían morir. ¡Lo merecían ellos y todos los demás! —Le miró a los ojos retándole. —Y pienso seguir haciéndolo.

—Por encima de mi cadáver —siseó—. ¡Te van a coger!

Sorbió por la nariz. —Esta ciudad es mucho más segura ahora.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Eres policía!

—Sí, pero una policía algo especial. ¡Yo hago justicia cuando quien tiene que hacerla pasa de todo! —Levantó la barbilla. —Seguro que los padres de las víctimas de esos tipos me dan las gracias.

—¡A ver si van a tener que darte una medalla!

—Pues deberían. —Se levantó y entró en el baño como si nada.

Él la siguió furioso. —¡Vas a dejar de hacerlo!

—Ni hablar.

—¡Te detendré!

—Y yo diré que mientes —dijo sentándose en el wáter sin ningún pudor—. Que me acusas por celos y que me has hecho la vida imposible desde que llegué con casos absurdos a pesar de haber demostrado mi valía.

—A ese tipo le empujaste tú por la barandilla, ¿no?

—No digas tonterías. Nunca actúo antes de que el sistema falle.

—Y tú decides si falla.

Se levantó tirando de la cadena. —¡De todos los que había en esas pizarras ninguno era inocente! ¡Reconócelo de una maldita vez! —Se acercó a él. —Reconócelo.

—No pienso reconocer una mierda —siseó.

Sonrió. —Cariño lo acabas de hacer.

La cogió por el brazo con fuerza. —Tienes que dejarlo.

Se le cortó el aliento. —¿Por qué tienes tanto interés en que lo deje? Si soy un peligro, mátame.

—¡Deja de decir esas cosas! —le gritó a la cara.

—¿No tienes el valor? —Se pegó a él. —Solo tienes que subir las manos hasta mi cuello y apretar —susurró—. Es sencillo. —Besó su barbilla tensándole, pero no pudo disimular que se excitaba, lo que casi la hizo gritar de la alegría. —Pero no vas a hacerlo, ¿verdad? Porque te importo.

—Estás loca —dijo con rabia.

—Eso ya lo has dicho, cariño. —Sus manos acariciaron sus brazos hasta llegar a sus hombros y se apartó ligeramente para mirar sus ojos. —Soy una amenaza, soy peligrosa, mátame. —La

agarró por el cabello tirando de él hacia atrás elevando su rostro, pero ella le retó con la mirada. —Hazlo.

Sus ojos bajaron hasta sus labios provocándole un vuelco al corazón antes de que la mirara como si la odiara. —Tienes que dejar de matar.

Parecía desesperado porque lo hiciera. —¿Por qué?

—Uno de esos cabrones hará que lo pagues.

—No me pasará nada.

Tiró de su cabello más. —¡Tienes que dejarlo!

Sus ojos brillaron. —Ofréceme algo mejor.

Él entrecerró los ojos. —¿Qué quieres, nena?

—Dame lo que me quitaron. Dame una familia.

La miró como si la deseara más que nada antes de atrapar sus labios besándola como si la necesitara. Y ella le necesitaba a él, así que le respondió con el alma. Ranko la agarró por el trasero sentándola sobre el lavabo. Entró en ella de un solo empellón haciendo que gritara en su boca por el placer que la recorrió. Ranko apartó sus labios cogiéndola por la nuca entrando en ella de nuevo. —Prométemelo, nena.

—Dios. —Cerró los ojos porque no podía haber nada mejor que aquello.

—¡Mírame! —Ella lo hizo medio mareada de placer. —Prométemelo, preciosa. Nunca más.

—Solo por ti.

La besó apasionadamente y Cristel se entregó impresionada porque era aún mejor que unas horas antes. Entró en su ser tan profundamente que hasta dejó de pensar y él movió sus caderas de nuevo sin darle tregua haciendo que su vientre se tensara con fuerza. Desesperada por liberarse arañó su espalda y él entró en su ser provocando que su alma se estremeciera por el placer que la recorrió.

Con las respiraciones agitadas se abrazaron durante varios minutos mientras se recuperaban. Escucharon un crujido y Cristel frunció el ceño cuando el crujido se intensificó y Ranko juró por lo bajo cogiéndola rápidamente por el trasero para levantarla. Cristel asustada miró sobre su hombro para ver como el lavabo caía al suelo arrancando el latiguillo. El agua empezó a salir a chorro y asombrada le miró a los ojos. Él carraspeó. —Nena, ¿la llave de paso?

Esteban vio como su compañera miraba otra vez tras él aunque intentaba disimularlo. —Muy bien, ¿qué pasa?

—¿Qué va a pasar? Nada. —Cerró el expediente que tenía en las manos. —¿Un café?

—¿Os habéis liado?

—Shusss… —Miró a su alrededor asustada. —¿Estás loco? ¿Quieres hundirme?

—Joder, como se enteren los de arriba…

—Por eso tienes que cerrar el pico. Pediré el traslado.

Esteban la miró fijamente. —Así que vais en serio.

Se sonrojó de gusto. —Eso parece. —Se la quedó mirando pensativo durante varios segundos. —¿Qué?

—No quiero que te hagas ilusiones y tires tu carrera por la borda. Conozco a mi amigo y no suele tomarse a ninguna en serio. Su mayor amor es su profesión.

Sonrió divertida. —Te aseguro que a mí me toma en serio.

—Te veo muy segura.

—Más le vale.

Esteban rio por lo bajo. —Muy bien. Pero de momento estás aquí y vamos a aprovecharte. Venga ese café.

Divertida se levantó y estaba sacando las monedas del bolsillo del pantalón cuando alguien gritó —¡Rehenes en un vagón del metro!

Se volvió para mirar a Ranko que en ese momento salía de su despacho. —Piden refuerzos. Es un grupo que ha robado en una joyería. Esos lumbreras han detenido el tren en la estación de metro aquí al lado y solo dos patrullas están reteniéndolos. Necesitan refuerzos, ya hay un fallecido y se esperan más. El negociador está en camino. No pueden escaparse, ¿me habéis entendido? Mi equipo no dejará que salgan de esa estación. Cubrid todas las salidas y los andenes hasta que os den nuevas órdenes. Más de los nuestros van hacia allí. ¡Venga, rápido!

Corrió hasta su mesa para coger su chaqueta y su móvil mientras su compañero se levantaba.

—¡Coged los chalecos! —gritó su teniente revisando su pistola.

Ella miró sus ojos y sonrió. —¿Vienes?

—No pienso perdérmelo.

Caminaron rápidamente hacia las escaleras y empezaron a bajar. —¿No estarás oxidado?

—¿Qué has dicho?

Ella rio saliendo de la comisaría a toda prisa corriendo calle abajo. Vio como varios agentes retenían a la gente para que no accediera a la boca de metro y como todos sus compañeros corrían escaleras abajo.

—¡Nena, no has cogido el chaleco!

—Tú tampoco. —Iba a entrar cuando se detuvo en seco.

Esteban se detuvo a su lado al verla mirar el suelo. —¿Qué pasa? ¿Por qué te paras?

Se volvió hacia Ranko. —¿Están justo en la estación?

—Sí.

—¿Y por qué no han escapado por los túneles?

—No lo sé.

—Los túneles del metro tienen salidas de emergencia cada ciertos metros. ¿Quién cubre esas salidas si todos entramos ahí?

—¡Siguen dentro del convoy, tienen rehenes! ¡Abajo!

Sin hacerle caso miró a su alrededor y vio la trampilla a unos metros.

—¿Me está desobedeciendo?

—Eso parece. —Esteban se acercó y la ayudó a levantar la pesada trampilla. —Mierda, el traje estaba recién salido de la tintorería.

Ella se arrodilló en el suelo y empezó a bajar por los barrotes que salían de la pared. —Joder…—dijo Ranko tenso.

Esteban le dio una palmada en el hombro. —Con esta mujer vas a estar de lo más entretenido.

—No me había dado cuenta.

Su compañero empezó a bajar mientras ella sacaba su arma mirando a su alrededor. Cuando los chicos llegaron abajo él dijo —Nena, cúbreme.

—No, cúbreme tú a mí, que llegué primero.

—Es una orden —siseó.

Jadeó. —No puedes usar eso para ganar siempre.

—Estamos en horario laboral.

—Espera a que acabe ese horario laboral, que te vas a enterar.

Esteban rio por lo bajo siguiendo a sus amigos. —¿Seguro que quieres ese traslado?

—No quiero, pero él me obliga.

—¿Quieres dejar esa conversación para después?

Unos pasos corriendo les hicieron apuntar hacia su izquierda y de repente llegó un chaval con tatuajes en la cara que se detuvo en seco al verles. —Hostia.

—¡No te muevas! —gritó Ranko.

Dejó caer la bolsa negra que llevaba y para su sorpresa echó a correr en dirección contraria. —¡Joder!

Corrieron tras él. —¡Nena, coge la bolsa!

Juró por lo bajo dando la vuelta y cogiéndola para colgársela en bandolera antes de seguirles. Cuando llegó al final corrió a su derecha, pero no les escuchaba y de repente vio una puerta de metal. La abrió y sacó la cabeza para ver un túnel del metro, pero allí no parecía haber nadie. Salió al túnel que estaba iluminado con las luces de emergencia. Estiró el cuello porque al final había una curva, pero no se escuchaba a sus compañeros. —¡Ranko! —Sí, se había equivocado. —Estupendo. —Se volvió hacia la puerta y la iba a abrir cuando un ruido la alertó y miró hacia la curva. De otra puerta

estaban saliendo tres tipos y empezaron a correr hacia ella. Era evidente que no la veían porque estaba en la penumbra, pero ella sí que vio perfectamente que los tres iban armados. Bueno, eran tres contra uno y no le quedaba otra opción. Levantó su arma y disparó a uno en la pierna antes de disparar al siguiente que cayó gritando mientras se agarraba la rodilla, pero ella ni le vio porque ya estaba disparando al siguiente en los muslos.

Los tres gritaban mientras se arrastraban hacia atrás con el arma en la mano. Uno asustado disparó varias veces hacia ella. El disparo que le arrebató el arma casi le arranca la mano y chilló como un niño antes de que los demás soltaran sus pistolas. ¿Y ahora qué hacía?

Sacó su móvil de la chaqueta e hizo una mueca porque tenía una rayita de cobertura mientras aquellos cabritos intentaban levantarse mirando hacia ella asustados. Menos mal que no la veían porque igual no se la tomaban en serio. Había muchos tipos así, que veían una mujer y la subestimaban simplemente por su sexo. A algunos de esos se los había cargado por pasarse de listos, pero a estos no podía matarles porque lo había prometido. Dichosas promesas... Con lo simple que sería todo gastando tres balas de nada. Abrió el WhatsApp y tecleó —¿Dónde estáis? —Esperó

impaciente pero no le contestaban. Tenían que estar muy ocupados. Se mordió el interior de la mejilla esperando, pero nada. ¿Y qué hacía? Solo tenía unas esposas. Es que de verdad… Menudos compañeros estaban hechos. Cómo le cubrían las espaldas. Bufó quitándose la bolsa para dejarla caer al suelo antes de ponerse el teléfono al oído. ¡Increíble, su compañero no le cogía el teléfono! ¡Genial, aquello era genial! Llamó a Ranko y abrió la boca asombrada porque su novio tampoco se lo cogía. Empezaban bien. Se metió el teléfono en el bolsillo del pantalón y sacó el cargador de su pistola casi sin hacer ruido para cambiarlo por otro. —Bueno, chicos. Si me hacéis el favor de arrastraros hasta este borde, lo agradecería.

Los tres se miraron asombrados. —¡Es una tía!

—Muy listos. Ahora entiendo cómo se os ocurrió robar esa joyería. —Salió a la luz y cuando uno intentó coger su pistola le disparó en el pie sin ningún remordimiento. —A la esquina por favor.

—Hostia, será hija puta…

—Sí, sí, pero a la esquina. —Les apuntó y los tres chillaron arrastrándose como podían. Esos iban a tardar en andar.

—¡Necesito un médico! —gritó el del pie.

—Tranquilo, que tienes los dos tiros en la misma pierna. —Sonrió radiante. —Si te la tienen que amputar aún te quedará la otra. No como a ese que si le tienen que amputar algo pueden ser las dos piernas.

El aludido se puso a gritar como un loco pidiendo un médico. —Eso es lo que quiero, que venga un médico. —Les tiró las esposas encima. —Eh vosotros, los que tenéis las manos sanas, ¡esposaros!

—¡No me mate, no me mate! —gritó el de la mano.

—Tranquilo que lo he prometido —dijo como si fuera un esfuerzo enorme—. Mi novio que es muy recto para sus cosas. —Sin dejar de apuntarles se acercó para ver como las cerraban. Como no estaba convencida les apuntó y asustados las apretaron del todo. Sonrió radiante. —Muy bien. Ahora a ver si me cogen el teléfono porque si no es así puede que la palméis solitos.

Gritaron del horror y chistó poniéndose el teléfono al oído. Suspiró del alivio cuando Ranko contestó y gritaron a la vez —¿Dónde estás? —Ella jadeó indignada. —Me habéis dejado atrás. Eso no se hace con un compañero. Claro, os emocionáis y hala, me dejas tirada.

Él suspiró. —Nena, ¿dónde estás?

—Pues en un túnel con tres delincuentes mal heridos. Oye, si la cascan no es culpa mía, yo he cumplido.

—¡Sal de ahí ya! ¡Van a reiniciar la circulación!

—Pues detenlos, ¿no me has oído? ¡Hay pruebas y he cogido a tres!

Entonces escuchó un sonido que se acercaba y dejó caer la mano del móvil para mirar hacia atrás. —¡Corred!

Hasta el del pie se levantó de un salto corriendo hacia la puerta por donde habían llegado. Cristel se pegó rápidamente a la pared y el tren pasó ante ella haciendo sonar la bocina. Pasó tan rápido que ni le dio tiempo a parpadear y cuando el metro se alejó frenando con un fuerte chirrido hizo recuento antes de gemir interiormente poniéndose el teléfono al oído. Ranko estaba gritando como loco. —¿Cariño? Los dos muertos de hoy no cuentan, ¿no?

Capítulo 9

Su hermana levantó una ceja. —¿Cómo has dicho?

—Me he enamorado.

—¡Eso ya lo sabía! ¡Pero no puedes dejarlo!

—Mira, va a venir a cenar para hablar del asunto.

—¡Y para convencerme a mí!

—Eso también, porque Ranko no se da por vencido.

Clarie suspiró sentándose a su lado. —Vamos a ver, ¿y a él esto qué le importa?

—¿Hablas en serio?

—Si les estamos haciendo un favor. ¡Nueva York es mucho más seguro ahora que antes! —dijo indignada.

—Ya, es un quisquilloso con eso de la ley, qué quieres que te diga. —Sonrió radiante. —Pero lo olvida todo si somos buenas. Eso

indica que no le ha parecido tan mal.

Asombrada se la quedó mirando y Cristel perdió poco a poco su sonrisa. —Ya hemos hecho mucho. Muchísimo más que cualquiera. Es hora de dejarlo, hermana. Es hora de vivir nuestra vida.

—Le amas.

—Cuando me besó supe que era él. Solo él.

—¿Hablas de cuando estaba drogado?

—Muy graciosa. Quiero dejarlo, quiero formar una familia.

A Clarie se le cortó el aliento. —¿Una familia? ¿Y nuestra familia?

Cogió su mano. —¿Estás siendo irracional a propósito para sacarme de quicio?

—¿Funciona? Cabreada me gustas más. Esta Cristel casi ni la reconozco.

Sonrió y Clarie la miró de reojo. —Sabes que me alegro muchísimo por ti, ¿no?

—Sí.

—¿Se lo has contado todo, todo?

Soltó una risita. —No, ni de broma. Bastante espantado está ya.

—Al parecer no lo suficiente y eso es que debes gustarle mucho.

Se sonrojó de gusto. —Eso mismo pienso yo.

—Podría unirse a nosotras. —Los ojos de Clarie brillaron. —Imagínate hasta donde podríamos llegar con un teniente en plantilla.

—Clarie…

—¿No cuela?

En ese momento llamaron a la puerta y preguntó maliciosa —¿Por qué no se lo preguntas?

Clarie corrió hacia la entrada y abrió de golpe. Al ver a Christine en la puerta se quedaron de piedra. —¿Qué haces aquí?

Cristel se levantó en el acto del sofá porque su hermana gemela no tenía buena cara. —¿Qué ha pasado para que estés en la ciudad?

Christine entró en la casa dejando caer la bolsa de viaje que llevaba. —Me han despedido y he decidido haceros una visita.

—¿Despedido? ¡Si trabajas allí desde los dieciséis! —exclamó Clarie indignada antes de entrecerrar los ojos cruzándose de brazos

—. ¿Qué has hecho?

—Nada —dijo con la boca pequeña.

—Uy, uy… Que esta se ha metido en un lío. ¡Cristel dile algo!

Cristel se acercó a ella. —¿Chris? ¿Qué ha pasado? No te lo pregunto más.

—Le pegó —dijo con rabia—. ¡Delante de mí! El cachorrito lloraba y…

—¿De quién hablas? ¿Del señor Klaus? —preguntó asombrada.

—No, un nuevo ayudante en el refugio. Un expresidiario que estaba allí obligado por su agente de la condicional. Trataba a los animales muy mal y cuando le pegó una patada al cachorro lo vi todo rojo.

—¿Está vivo?

—Bueno…

—¿Cómo que bueno? ¿Está vivo o no?

—Digamos que está en el hospital entre la vida y la muerte. Han conseguido quitarle el rastrillo que le había incrustado en la cabeza, pero como perdió masa encefálica creen que seguramente se quedará tonto.

—Mierda —dijo llevándose las manos a la cabeza—. ¿Saben que has sido tú?

—Creo que el señor Klaus se lo huele. Pero el sheriff ha dicho que seguramente era un ajuste de cuentas de esos.

—¿Te has ido sin permiso del sheriff?

—No. Les he dicho que tenía tal disgusto que venía a veros. Lo han entendido. Así que tranquilas, que no pasa nada. —Fue hasta la cocina y abrió la nevera. —Estoy muerta de hambre. ¿Pedimos algo? —Sus ojos brillaron. —Comida china. Hace años que no la como.

La observaron coger una manzana y darle un buen mordisco. Cristel suspiró. A pesar de que su hermana nunca había colaborado con ellas directamente estaba claro que lo llevaba en la sangre.

Llamaron a la puerta y Christine se tensó. —¿Quién es?

—Su novio —dijo Clarie como si nada—. Tiene un culito muy mono.

—¿Tienes novio? —Su gemela pasmada miró hacia la puerta mientras Clarie abría.

Ranko gruñó entrando en la casa y cogió a Cristel por la cintura. —Hola ne…—Al ver a Christine se quedó tan pasmado como

ella. Chris forzó una sonrisa y levantó la mano saludándole con los deditos. —Hostia. Ahora entiendo lo de tus huellas. Fue a ella a quien se las tomaron cuando entraste en el cuerpo, ¿no es cierto?

—No somos gemelas idénticas y… Había que aprovecharlo.

—Ah, que lo sabe todo —dijo Christine aliviada.

—Pero ella no ha hecho nada. —Hizo una mueca. —O casi.

—Increíble. ¿Hay más hermanos por ahí?

—No —dijeron las tres a la vez negando con la cabeza como niñas buenas.

—Cuando sucedió lo de nuestros padres Chris no pasó una buena época.

—Acabé en el psiquiátrico del condado —dijo haciendo que sus hermanas la fulminaran con la mirada—. ¿Qué? Es la verdad. Depresión profunda.

—La separaron de nosotras para tratarla. Cuando mejoró tenía que salir de allí pero su psiquiatra no quería enviarla a una casa de acogida. Sería como un recordatorio continuo de todo lo que había perdido y sabía que teníamos una cabaña en el lago Cayuga que es lo único que pudimos conservar. Un lugar seguro y conocido

que era lo que en ese momento ella necesitaba. Allí le dieron trabajo en un refugio de animales.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciséis, pero dueño del refugio de animales nos conocía desde niñas porque íbamos siempre de vacaciones, así que se la llevó a su casa en acogida, le dio un trabajo y en cuanto cumplió los dieciocho Christine se mudó a la cabaña. La vamos a visitar siempre que podemos.

—Joder…

Le miró a los ojos. —¿Ahora empiezas a comprender todo por lo que pasamos?

—Sí, nena. —Las miró a las tres. —Pero lo vais a dejar.

Clarie sonrió. —¿Y no te gustaría unirte a no…?

—No termines esa frase.

—Oye, que por intentarlo no perdía nada. —De repente los ojos de Clarie brillaron. —Todo el tiempo libre que tendré. ¡Y podré viajar!

—¿Viajar? —Christine se acercó a toda prisa. —¿Puedo ir contigo?

—Claro. ¿Qué te parece Egipto?

Su hermana chilló de la alegría abrazándola y Cristel sonrió porque era una apasionada de las dinastías egipcias. Ranko levantó una ceja. —No ha sido muy difícil convencerla.

—No te fíes —dijo por lo bajo.

Ranko gruñó cogiéndola por la cintura. —Nena, lo del traslado…

Gimió. —Quiero trabajar contigo.

—Sabes que eso no puede ser, no lo permitirán.

—He trabajado mucho para llegar a homicidios. Te advierto que no quiero otro puesto que ese, así que hasta que me reclamen de otra comisaría lo mantendremos en secreto.

—Está bien.

Sonrió abrazándolo por el cuello. —Todavía no me lo puedo creer.

—Te aseguro que yo estoy igual. —La besó suavemente en los labios.

—¿Y cuándo es la boda? —Ambos miraron a Clarie. —Porque va a haber boda, ¿no? Los pactos se sellan de alguna manera.

Ranko carraspeó soltándola. —¿Boda? Nena, no hablamos de boda.

Uy, uy… —No, no hablamos de boda, pero hablamos de familia.

—Eso es distinto.

—¡Es lo mismo! ¿Qué pasa?

Incómodo se pasó la mano por la nuca. —Mejor hablamos de esto cuando estemos solos.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Estás casado?

Sus hermanas le miraron atónitas. —¿Le has mentido a mi hermana? —preguntó Clarie mosqueadísima—. Christine acércame el cuchillo que me vale igual que el bisturí.

—Fue una chiquillada, nena —dijo intentando no darle importancia.

—¿Una chiquillada?

—Teníamos dieciocho y ni sabíamos lo que hacíamos. Hace más de quince años que no la veo.

Suspiró del alivio. —Bueno, no pasa nada. Todos tenemos nuestro pasado. En cuanto a la boda puede ser algo íntimo. La familia y cuatro amigos.

—Es que no me divorcié.

—¡Lo sabía! —gritó Clarie—. Trae el cuchillo, trae.

—Esta conversación es entre Cristel y yo. —Miró a su novia que se estaba cabreando por momentos. —Pediré el divorcio.

—¡Y cuanto antes! —Su rostro no dejaba de expresar su horror. —¡Estás casado!

—¡Nena, que lo dices como si hubiera matado a alguien y este no es el caso! ¡Yo he pasado por alto cosas muy gordas!

—¡Lo sabías desde el principio! ¡Yo no sabía nada! ¡Me has metido en esta relación engañada!

—¿Que yo te he…? ¡Deja de decir disparates!

Entrecerró los ojos. —Esto no lo sabe ni Esteban, ¿verdad?

Carraspeó. —Pues no. Es muy suyo con eso del matrimonio.

—¡Y tú te lo tomas a pitorreo!

—He dicho que me casaré, ¿no? —le gritó a la cara.

—¡Lo dices como si te estuviera obligando! —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Dios, no me digas que haces esto como si fuera un sacrificio por el bien de la sociedad o algo así.

Al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas negó con la cabeza. —No, nena. Lo hago porque desde que te conozco no has salido de mi cabeza.

—Por los asesinatos.

—¡No, por ti!

Se sonrojó de gusto mientras Christine decía —Tienen una relación muy rara, ¿no?

—No lo sabes bien.

Jadeó ofendida. —¡Hablan las expertas! ¡La virgen y la que ha tenido tres citas!

Christine chilló —¡No me puedo creer que se lo hayas dicho! —Se echó a llorar y corrió hasta su habitación encerrándose a toda prisa.

—Estupendo, Cristel —siseó Clarie.

Se sintió fatal por avergonzarla cuando Chris no tenía culpa de nada y solo había expresado la verdad, aquella relación era rarísima.

Clarie se acercó a la puerta y suavemente llamó pidiendo que la dejara pasar.

—No está bien, ¿verdad? —preguntó Ranko en voz baja.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —En muchos aspectos aún es como una niña. Ha estado como en una burbuja en ese lago. Del trabajo a casa, y puede que eso no haya sido lo mejor. Pero cuando

nos independizamos no quería venir a Nueva York y creíamos que hacíamos lo que más le convenía.

—Ser inocente no es malo.

Le miró a los ojos. —Lo sé.

—Nena, habla con ella. Seguiremos discutiendo mañana. —Sonrió y acarició su cuello antes de atraerla para darle un beso. Suspiró contra sus labios. —Me libraré de Anne y nos casaremos, ¿vale?

—Cuanto antes.

—Cuanto antes. —La besó de nuevo y se apartó guiñándole un ojo antes de ir hacia la puerta. —Pero piensa que la boda no puede ser antes del traslado si no queremos que se enteren los de arriba.

Juró por lo bajo. —Vale.

—Sed buenas.

Sonrió antes de mirar a Clarie que la observaba mosqueadísima. —Sí, ya lo arreglo.

—Más te vale.

Se acercó a la puerta y llamó suavemente. —¿Chris? Cariño, déjame pasar. —Su hermana levantó el pulgar aprobando su tono y

ella puso los ojos en blanco. —¿Chris?

—¿Por qué se lo has dicho? —gritó su hermana desde dentro.

—A él eso le da igual.

Abrió la puerta de golpe. —¡Pues a mí no!

—Ya lo sé. —Se acercó y la abrazó. —Pero no es importante.

—Claro, como vosotras ya no lo sois… Me quedaré para vestir santos y ahora más todavía. —Sorbió por la nariz y Cristel entrecerró los ojos.

—¿Cómo que ahora más todavía? —preguntó Clarie. Dio un paso hacia ellas—. Eso no lo he entendido muy bien.

—¿Ahora que piensan que soy una asesina? —Se apartó furiosa. —¡Si hasta el señor Klaus me ha echado! Dice que no se lo traga, que me conoce muy bien y que puede que se la haya dado con hueso al sheriff, pero… —Se echó a llorar tapándose el rostro y eso las puso en guardia. —No quiere que me acerque a su sobrino.

—La leche…—susurró Cristel—. Cielo, ¿estás enamorada del sobrino del señor Klaus?

Apartó las manos lentamente y asintió por la nariz.

—¿El abogado? —preguntó Clarie sentándose en el sofá—. ¿Pero cuántas veces le has visto?

—Tres. Pero el señor Klaus siempre decía que algún día tenía que sentar la cabeza y que yo sería perfecta para él. Eso…

—Te hiciste ilusiones.

Se encogió de hombros. —Es una tontería, casi ni me habla cuando me ve. Además me mira como si algo oliera mal, pero mi corazón… —Se echó a llorar de nuevo. —Y ahora lo he perdido.

—Cariño nunca fue tuyo. —Cristel fulminó a Clarie con la mirada. —¿Qué? Hay que decirle la verdad. ¡Y he sido sensible!

—¡Dejad de hablarme como si tuviera aún catorce años y hubiera perdido la cabeza! —gritó Christine.

—¡Pues deja de comportarte como una niña! —exclamó Cristel asombrada—. ¡Y ponerte a llorar por decir que eres virgen es ese tipo de comportamiento!

—¡Lo hiciste para cerrarme la boca! ¡Querías avergonzarme!

Se sonrojó. —Me fastidió tu comentario. ¿Qué pasa? ¡Me meto con Clarie continuamente y no va llorando por las esquinas! ¡Somos hermanas! ¡Eso pasa mucho!

Chris entrecerró los ojos. —En este momento te tiraría de los pelos.

—Atrévete, guapa.

—Por eso no lo hago porque me deslomarías con los golpes que pegas.

Clarie se echó a reír a carcajadas y ambas sonrieron. Cristel se acercó a ella y la abrazó. —¿Le quieres?

—Qué tontería, ¿no? Si ni siquiera le conozco. Pero yo lo voy a intentar.

Eso sí que les dejó de piedra y se apartó para mirarla a los ojos. —Por eso has venido a Nueva York, ¿verdad?

—Claro, vive aquí. Y tengo que enamorarle antes de que se entere por su tío de lo que he hecho. Mira tu novio, él lo pasa por alto. Debe quererte mucho. —Sonrió dejándolas pasmadas. —En cuanto me quiera eso le dará igual. Confirma mi teoría y me da la razón sobre que he hecho lo correcto.

—¿Y cómo piensas acercarte a él?

Chris sonrió radiante. —¡Necesita asistenta! Antes de ayer escuché a la señora Klaus hablar de ello con él por teléfono. La mujer que limpiaba la casa se ha jubilado y la semana que viene va a hacer entrevistas para buscar una nueva.

—¿Sabes dónde vive?

—No, pero eso lo vas a averiguar tú, ¿no es cierto?

Rio por lo bajo. —Haré lo que pueda.

—Oh, tengo su matrícula. Una vez le saqué una foto a su Jaguar cuando vino de visita porque la señora Klaus se rompió la pierna. Trajo rosas y bombones. Es un detallista. —Las hermanas se miraron y esta se sonrojó. —¿Qué? No estoy obsesionada.

—No, claro que no.

—¡Y no es un enamoramiento como si tuviera quince años! ¡Es él! ¡Solo él!

Se le cortó el aliento porque ella pensaba lo mismo de Ranko. Clarie sonrió. —Entonces es el adecuado.

Ilusionada sonrió y Cristel se dijo que tenía que conseguirle fuera como fuera porque era lo primero que le hacía realmente ilusión desde la muerte de sus padres. Volvió la vista hacia Clarie que pensaba exactamente lo mismo y esta dijo —Tranquila, te ayudaremos.

Capítulo 10

Cristel entró en la nave del puerto y silbó al ver los dos cuerpos colgados por los tobillos. —Menuda altura —dijo mirando hacia arriba. Estaban al menos a cinco metros y sus cuerpos indicaban que habían recibido numerosos golpes. Sus ojos recorrieron las piernas de uno. Estaban al descubierto por los pantalones cortos que llevaba y vio que tenía un tatuaje en el muslo, pero desde allí no se distinguía bien. —Son pandilleros.

—Sí. ¿Qué coño hacemos aquí? Esta no es nuestra jurisdicción y esto es un tema de bandas.

—Ni idea, has sido tú el que ha hablado con Ranko. Yo estaba estupendamente en el allanamiento y asesinato donde estábamos antes. La anciana envenenada me gustaba más. —Miró a su alrededor y vio colillas por toda la zona y unos cartones en el suelo al fondo. —Al parecer la nave tiene indigentes que suelen dormir

aquí. Ahí hay un carrito lleno de cosas. Me pregunto dónde dormirían esta noche después de encontrarse esto en su refugio. —Como su compañero no contestaba le miró para ver que se había alejado para hablar por teléfono.

Se acercó a él para escucharle decir —Tío, aquí no pintamos nada. ¿Por qué nos has envia…? —Esteban escuchó unos segundos antes de mirarla pasmado y eso la puso en guardia. —¿Es coña? Vale, te llamo luego.

Colgó el teléfono y ella preguntó —¿Qué pasa?

—Le han llamado de la comisaría del puerto porque el teniente recibió un anónimo esta mañana diciendo que la detective Portland querría ver esto.

—¿Esto? —Se volvió hacia los cuerpos para mirar de nuevo sus caras. —Pues no les conozco de nada.

—¿Seguro? Piensa que están al revés y muertos, no tienen el rostro habitual.

Se acercó más e hizo una mueca negando con la cabeza. —Qué raro.

Uno de los detectives del puerto se acercó a ellos. Tenía la edad de Ranko y eran muy parecidos en el físico, incluso era moreno

como él. Sonrió porque vestía en vaqueros, como él hasta hacía unas semanas. —Ya está aquí el forense. Vamos a bajarles.

—¿Dónde está el anónimo? —preguntó ella intrigada.

—Lo tiene el teniente en comisaría. Por eso descubrimos los cadáveres.

—Está claro que no los habría descubierto nadie y el asesino no quería perder el tiempo —dijo Esteban.

—Esta nave lleva abandonada más de cinco años. Los indigentes no quieren problemas y las patrullas no vieron nada raro.

—¡Detective Johnson!

El tipo se volvió y vio que un agente de uniforme llevaba algo en una bolsa. Se acercaron a él para ver lo que parecía un colgante de oro. El guardapelo era de los que se abría y tenía grabada una a mayúscula. A Cristel se le cortó el aliento arrebatándole la bolsa y sin sacarlo lo movió para verlo bien. Asombrada miró a Esteban. —Era de mi madre. Lo llevaba la noche de su muerte.

—Joder. —Esteban se pasó la mano por la nuca. —¿Estás segura?

—Estaré más segura si lo abro. Dentro del guardapelo había fotos nuestras.

—Adelante —dijo el detective Johnson—. Lleva guantes, así que no habrá problemas.

Impaciente abrió la bolsa y lo sacó con delicadeza. El recuerdo de su madre con él puesto la emocionó y sintiendo que se le retorcían las entrañas lo abrió para ver la foto de su padre con ella en brazos. En la otra parte había una foto de sus hermanas cuando tenían unos cinco y seis años. Cerró los ojos y Esteban la abrazó por los hombros. —Es suyo. Y lo llevaba el día de su muerte.

—Les mataron, ¿verdad? ¿Cómo no me lo dijiste?

—Lo siento, pero duele…

Esteban asintió. —Voy a llamar a Ranko, está impaciente por saber qué nos ha traído aquí. ¿Estás bien?

Reprimiendo las lágrimas asintió y se volvió hacia el policía de uniforme. —¿Dónde estaba esto?

—Colgado encima de la puerta enganchado a uno de los focos que antiguamente alumbraban el letrero. Me di cuenta porque se reflejó el sol sobre él.

—Joder, podía habérselo llevado cualquiera —dijo el detective Johnson—. Que revisen la zona. ¡Y dónde está el forense, hostia!

Sin escuchar lo que decía se acercó de nuevo a los cadáveres y entrecerró los ojos diciendo por lo bajo —¿Que sabíais vosotros de su muerte?

Johnson se acercó por su espalda. —¿Mataron a tus padres?

—Sí. Siempre digo que murieron en un accidente, pero fueron asesinados hace trece años. Ayer fue quince. Fue un día quince.

—¿Un regalo de aniversario?

—No lo sé. —Miró sus ojos azules. —Necesito ver las cámaras de videovigilancia.

—No estás en el caso.

—Pero me dejarás colaborar.

Él sonrió. —Por supuesto. Me vendrá bien tu ayuda.

—Gracias.

Esteban se acercó. —Ranko ya venía de camino. Tenía una reunión con el comisario que no podía eludir. Ya está llegando.

—¿Ranko Dickerson? —preguntó el detective Johnson.

—¿Le conoces?

—Joder, le conoce todo el mundo —dijo con admiración.

Sonrió con tristeza antes de mirar los cuerpos de nuevo sin darse cuenta de cómo apretaba la bolsa con el guardapelo de su madre.

En ese momento llegó el forense para el levantamiento de los cadáveres, aunque ya estaban bastante levantados. Esa era la broma del día, pero a ella no le hacía ninguna gracia. Los de la científica sacaron mil fotos y se llevaron el guardapelo. Cuando el forense revisó los bolsillos de aquellos tipos no encontraron nada. Ni un solo dólar, ni identificaciones ni llaves del coche, nada.

—Sabremos quienes son por las huellas. Deben tener antecedentes —dijo su compañero.

—Eso seguro. —El detective Johnson se volvió con el teléfono al oído.

—Va a llamar a su compañero —dijo Esteban—. Al parecer no se ha presentado a trabajar y quiere evitar que se lleve la bronca. Por ese gilipollas un día le pegarán un tiro. —Miró sobre su hombro para ver como cabreado gritaba que no le cubriría más, que estaba harto de esa situación y que estaba deseando perderle de vista. —Es un borracho irresponsable.

—¿Le conoces?

—De oídas. No hace más que meterse en líos. Terminarán echándole del cuerpo. Ahí está Ranko.

Se volvió para verle entrar en la nave. Tenso se acercó a ella. —¿Qué es esta mierda, nena?

—No lo sé.

Él apretó los labios. —¿Tenéis algo aparte del guardapelo?

—No, de momento no.

—Que saquen sus huellas.

—El codix portátil de la científica no funciona. Habrá que hacerlo en la central —dijo Johnson acercándose. Alargó la mano—. Frank Johnson

Le dio la mano. —Sé que el caso es vuestro, pero pienso pedir que me lo traspasen. Lo llevaré yo con Esteban.

—Pero…—Le miró asombrada.

—Vete a comisaría, hablaremos luego.

—Quiero participar.

—Y yo —dijo Johnson—. Es mi caso, joder. Está en mi puerto.

—Creo que tu capitán querrá deshacerse de esto dadas las circunstancias. El caso afecta a uno de los míos.

—Estás comprometiendo la investigación.

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó ella cogiendo el brazo de Ranko para apartarle.

Él no se resistió alejándose de ellos lo suficiente para que no les oyeran. Se miraron a los ojos. —¿Esto es cosa tuya? —preguntó Ranko sin irse por las ramas.

—No, te juro que no.

—Nena, están colgados por los tobillos. Uno de los tuyos también fue encontrado así.

—¿Crees que dejaría el guardapelo de mi madre implicándome en el caso? No soy tan estúpida. —Nerviosa pasó tras la oreja un mechón que se le había soltado del recogido que llevaba en la nuca. —Esto no me gusta… Siento que algo se me escapa y estamos en peligro.

—Tranquila. Si llevamos el caso los daños serán controlados.

—Si despachas a Johnson comprometerás la investigación. Si he tenido éxito en estos años es porque nunca me relacionaba con esos casos.

—¿Qué sugieres, que lo investigue él? —preguntó incrédulo—. Trabaja en el puerto. ¿Cuántos casos de asesinato ha llevado?

—Me dejaba colaborar.

—Ni hablar. Eso sí que comprometería la investigación, eres una testigo clave. Cualquier cosa que descubrieras no valdría.

—No puedes apartarme de esto.

—Ya lo he hecho. Vuelve a comisaría.

Dejándola de piedra se acercó a Johnson y a Esteban dando por terminada la conversación. Johnson sonrió asintiendo lo que indicaba que las dos comisarías iban a colaborar. Y a ella la dejaban de lado. Este no sabía con quién trataba. Sacó su móvil yendo hacia la puerta mientras ellos la observaban. —¿Clarie? Di que estás enferma. Te veo en el piso en veinte minutos.

Clarie y Christine se quedaron en silencio después de escucharla. —Eso no puede ser —dijo su hermana mayor—. Cerramos ese tema hace mucho.

—Pues lo cerramos mal y es evidente que alguien quiere llamar mi atención. Y digo mi atención porque no pidieron que vosotras fuerais a la nave. Es alguien que sabe lo que pasó y tenía pruebas de ello.

—Te han hecho un regalo —dijo Christine impresionada—. ¿Un admirador?

Preocupada se pasó la mano por la nuca. —No lo sé, en este momento no sé nada.

Clarie se levantó yendo hacia la nevera. —¿Crees que esos tipos estaban en el parque la noche de la muerte de nuestros padres?

—El guardapelo indica que sí.

Sacó una cola. —Dijeron que eran tres.

—Lo dijeron ellos en aquella declaración de mierda que luego se desestimó, pero no sabemos si realmente era así. ¿Vosotras os fiais de su palabra?

—¿Y cómo ese… admirador encontró el guardapelo? —preguntó Christine.

—No lo llames así. No lo sé. Se lo robaron aquella noche. —Entrecerró los ojos. —Pero algo me llamó la atención.

—¿Qué? —preguntaron las dos a la vez.

—¿Después de lo que hicieron quién abriría el cierre para quitárselo del cuello?

—Sí, lo más lógico es arrancarlo. La cadena era fina, no le costaría.

—Pues o lo arreglaron después o no lo hicieron así. Y otra cuestión… Han pasado muchos años, ¿por qué seguía teniendo nuestras fotos en su interior? Tendrían que venderlo y las fotos son una prueba. Pero siguen ahí.

—Dios mío, esto no está pasando —dijo Christine pálida.

—Tranquila —dijo Clarie sentándose a su lado y ofreciéndole su cola—. Bebe esto. —Lo hizo sin rechistar y Clarie miró a Cristel a los ojos. —¿Qué podemos hacer?

—Me han apartado de la investigación, pero como comprenderéis después de lo que hicimos es un riesgo que no pienso correr. No me será difícil enterarme de su identidad y cuando la tenga tendréis que ayudarme.

Ambas asintieron y le dijo a Christine —Si no quieres hacerlo…

—Ya es hora de que colabore con la familia. Estoy lista, ahora sí.

—Bien.

—Todo esto es muy raro, ¿no?

Miró hacia Clarie que negaba con la cabeza pensando en ello. —Tu novio dice que tiene una prueba contra nosotras y aparece esto dos días después.

Se le cortó el aliento porque ni se le había pasado por la cabeza. —Fue un farol. Y tenías que haberle visto, cuando llegó a la nave estaba convencido de que había sido yo.

—¿E ibas a dejar el guardapelo de mamá allí implicándote en el caso?

—Eso mismo es lo que dije yo.

—Puede haber pensado que tú pusiste esa prueba allí —dijo Christine llamando su atención—. Que cogiste el guardapelo de mamá de entre las cosas que aún tenemos y lo pusiste allí para implicar a esos tipos en la muerte de nuestros padres. Porque que esa joya aún conservara las fotos es raro. —Se apretó las manos antes de preguntar angustiada —¿Tenía restos de sangre?

—No.

—Otra cosa extraña por como estaban los cuerpos —dijo Clarie—. Nosotras sabemos que mamá nunca se quitaba el guardapelo, pero para Ranko será un detalle que tampoco cuadra.

—Por eso quiere llevar él la investigación, porque no se fía de ti —dijo Christine.

—Se lo prometí. Le prometí que no lo haría más.

—Vamos, realmente no te conoce y lo que conoce de ti para él no es muy de fiar. Y me parece mucha casualidad que ocurra esto precisamente ahora cuando él sabe lo que hacemos. ¡O nos está tendiendo una trampa para que nos pillen o cree que has sido tú y no cejará hasta meternos en chirona porque no has cumplido con tu palabra de dejarlo! —Clarie se levantó furiosa. —¡Tienes que solucionarlo!

—¡Eso es lo que pienso hacer!

—¡Más te vale porque sabe hasta lo de Christine y también se la llevaría por delante!

—¡No os preocupéis por mí!

En ese momento llamaron a la puerta y las tres miraron hacia allí. —Nena, abre. Sé que estás ahí.

—Joder… —Fue hasta allí y abrió la puerta siseando —Como me la estés jugando…

—Muy bonito —dijo entrando en el piso y cerrando la puerta. Las hermanas le miraron con desconfianza.

—¿De dónde sacaste el guardapelo? —preguntó Cristel sin cortarse.

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

—¿Ves? No te cree. No te fíes de él, solo quiere trincarnos.

—¡Clarie, déjame esto a mí! —Le miró a los ojos. —Solo lo diré una vez más, yo no tengo nada que ver en esto.

La observó durante unos segundos y tenso asintió. —Entonces estamos en un lío muy gordo. Se va a investigar la muerte de tus padres y la de los sospechosos para buscar una relación. Esteban estaba algo preocupado porque no fuiste sincera con él respecto a la muerte de tus padres y he tenido que decirle que es tan doloroso que no quieres hablar del tema ni siquiera conmigo. Que fue un trauma para vosotras que no queréis recordar. Por supuesto lo ha comprendido. Ya está en comisaría echando un vistazo a todo lo que hay relacionado con ellos y vuestra vida. Y sabes que es bueno en su trabajo cuando se lo toma en serio y precisamente porque estás afectada en este caso se lo está tomando muy en serio. Os debe mucho y hará lo que sea para descubrir la verdad.

—Mierda. —Se volvió llevándose las manos a la cabeza.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—¡No!

—¡Nena, si lo hay, este es el momento de que me lo digas para intentar controlar el caso!

—¡Te digo que no! La camiseta era lo único que podía implicarnos y ya no está. Clarie la metió en lejía y después la quemó.

—Pero aún podrían implicarte por tus huellas.

Miró a Christine. —Nuestras huellas. Que descubran que intercambiamos las huellas es la única manera de que puedan pensar que oculto algo. Pero si no descubren la existencia de Christine será solo un fallo del sistema. Colocaron unas huellas equivocadas en mi ficha. Ahí quedaría todo.

—Christine tienes que irte de la ciudad —dijo Ranko muy tenso.

—¿Qué? —Les miró asombrada. —¿Por qué?

—Hasta que no sepamos qué está pasando no pueden descubrir en comisaría que sois tres hermanas. En el expediente de tus padres tú no apareces por ningún sitio. Fue Clarie y Cristel las que identificaron sus cosas y de alguna manera los que investigaron

el asunto hace trece años reflejaron en sus informes que solo había dos Portland.

—Pero si las investigan a ellas tarde o temprano saldré a la luz por servicios sociales. ¿Y si se descubre después no será peor?

Todos se quedaron en silencio y después de unos segundos Ranko juró por lo bajo. —¿Qué opinas, nena?

—Chris tiene razón. Si Esteban descubre que tengo otra hermana se preguntará por qué la he ocultado. Hasta ahora siempre hablo de Clarie, pero puedo justificarlo diciendo que es porque vivo con ella y Christine no ha salido en la conversación porque estaba fuera. Puedo decirle que ha venido por lo del guardapelo.

—Pues como le dé por meter mucho la nariz y visite el lago, igual averigua lo de ese preso en el refugio de animales —dijo Clarie mosqueada.

—¿Qué preso? —Las tres le miraron con los ojos como platos. —¿Qué preso? —preguntó más alto.

—Cariño, no te enfades.

—La madre que me… ¿Otro?

—Ella se estrenó en ese momento. ¡Fue un impulso! Pero tranquilo que no presentarán cargos.

—¡Me cago en la leche! —Fulminó a Christine con la mirada. —¿Te lo cargaste?

—Bueno, del todo no. Está en coma. ¡Pero pegó al cachorro, eso no se puede consentir!

Atónito miró a Cristel que forzó una sonrisa. —Es que tiene un corazón enorme y ama a los animales. No pudo evitarlo, se cabreó.

—¿Eso significa que cuando te cabrees puedo perder la vida, nena? —preguntó en una voz suave que pondría los pelos de punta a cualquiera—. ¿Eso me estás diciendo?

—No, yo controlo. —Hizo una mueca. —Pero no me cabrees por si acaso.

—¡Lo que me faltaba por oír! —le gritó a la cara.

—Cariño, te noto algo alterado. ¿Una tisana? ¿Un sedante? Seguro que Clarie tiene alguno por ahí.

—¿Por qué no me pones un dardo tranquilizante?

—Eso no ha tenido gracia. —Ranko se volvió llevándose las manos a la cabeza. La verdad es que para él todo aquello no debía ser fácil. Suspiró acercándose y le acarició la espalda. —Lo arreglaremos.

—Nena, esto se está poniendo muy negro. A Christine sí que pueden relacionarla con ese preso y si le toman las huellas… —Se volvió para mirarla a los ojos. —Será tu identidad la que aparecerá en el codix.

Se le cortó el aliento y se volvió para fulminar a Christine con la mirada. —¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¡Qué han cerrado el caso, pesada! ¡Ese gilipollas no le importa a nadie!

—Más te vale —dijo Ranko—. ¡Más os vale a todas!

—¡Pues no me voy! ¡Yo también quiero a mi hombre!

Ranko la miró como si hubiera perdido un tornillo. —¡Y ahora de qué coño habla!

—Se ha enamorado —explicó Clarie—. La verdad es que no sé qué os ha dado a todas con el amor. Con lo bien que se está sola. —Al ver que seguía sin entender nada se lo explicó rápidamente.

Asombrado gritó —¿Quieres casarte con uno de los abogados más cabrones de esta ciudad?

Los ojos de Christine brillaron. —¿Le conoces?

—¿A Gregory Klaus? ¡Le conoce todo el mundo en homicidios! ¡Es uno de los criminalistas que más nos joden sacando de la cárcel

a auténticos cabrones! ¡Dos veces he ido a juicio a declarar y me ha dejado como un idiota!

Las chicas miraron asombradas a Christine que se sonrojó antes de levantar la barbilla. —Sobre el corazón no se manda.

—¿Es criminalista? ¿Te has colado por un abogado criminalista? ¡Va en contra de todos nuestros principios! —gritó Cristel furiosa.

—Es bueno en su trabajo ¿qué pasa?

—¡No tiene escrúpulos! —dijo Ranko asombrado.

—Pues si necesito un abogado me irá muy bien.

Atónitos se miraron los unos a los otros y Clarie dijo —Pues tiene razón.

—¡Encima no le des la razón! —gritó Cristel.

—¿No te das cuenta? Si no tiene escrúpulos no le molestará lo que ella hizo en el pasado. —Entrecerró los ojos maliciosa. —Es más, deberíamos implicarle en todo esto. Ligarle a ella. Un abogado debe guardar secreto profesional, ¿no? Le tendríamos agarrado por las pelotas en caso de necesidad.

Christine puso los ojos en blanco. —Tu mente nunca deja de elucubrar, ¿no?

—Es que últimamente estoy aburrida sin tanto trabajo y me da por pensar.

—¡Pues no pienses tanto! ¡Ya tenía un plan!

—¿Ir a la entrevista de trabajo? ¿Y cuando te vea allí no crees que llamará a su tío y preguntará qué haces en Nueva York? ¡Se descubrirá lo del preso y te dará puerta! Pero si le implicas en lo nuestro… —Sonrió. —Podrás verle, hablar con él… Y si hay suerte conseguirás todo lo que quieres.

Todos vieron como lo pensaba y después de unos segundos sonrió radiante. —¿Cuándo vamos a verle?

—¡Un momento! —exclamó Cristel—. ¡No vamos a meter a nadie nuevo en esto!

—No, nena… —Sorprendida le miró y él sonrió malicioso. —Igual no es tan mala idea.

—¿Pero qué dices? ¡Si ni siquiera sabemos lo que está pasando!

—Le necesitamos de nuestro lado, ¿no lo entiendes? Puede que tengamos que requerir sus servicios en unas semanas si lo vuestro se descubre. Pero si no es así, nadie negaría que tendría un futuro brillante en la fiscalía.

Empezó a entender. —Quieres que cuando pase esto se cambie de bando.

—En cuanto estéis a salvo, sí. ¿Te lo imaginas de nuestro lado? Esos cerdos no saldrán de la cárcel en su vida en cuanto Greg ponga su punto de mira en ellos.

—Claro, está en el lado equivocado y no se ha dado cuenta —dijo Christine—. Tenemos que abrirle los ojos, eso es todo.

—No —dijo Clarie muy seria—. Tenemos que implicarle. Tenemos que presionarle con algo que le hunda para que esté de nuestro lado.

—¡Lo verá como una agresión y lo único que querrá es perderme de vista!

—¡No vamos a confesar algo que nos deje expuestos ante él sin ningún escudo que nos proteja! Tenemos que descubrir algo turbio en su vida para presionarle con su carrera, con su reputación —dijo Ranko.

—¡Como yo hice contigo con las fotos en la cama, cariño! —Cristel sonrió mientras él gruñía. —No pongas esa cara. ¿Acaso no estás contento conmigo?

—¿Me haces esa pregunta precisamente ahora? —Ranko vio en sus ojos la decepción y atónito vio cómo iba hacia la puerta saliendo y dando un portazo. —¿Nena? ¡Vuelve aquí!

—Cuando no habla es que está muy cabreada —dijo Christine.

—¡Joder!

Salió del piso a toda prisa siguiéndola y las hermanas se miraron. Clarie sonrió. —¿Nos vamos a su piso a investigar un poco?

—No tenemos la dirección.

—Hermana, espabílate. Busca el teléfono de su oficina en internet.

—Oh, me lo sé de memoria. Su tía lo tenía apuntado al lado del teléfono de la cocina. ¿Para qué lo quieres?

—Observa y aprende. —Cogió su móvil. —Dime el número.

Ella lo hizo sin dudar y Clarie se puso el teléfono al oído. —Buenos días, ¿es el despacho del señor Klaus? ¿Si? Soy la secretaria del señor Tempelton de Tempelton and Smith y tengo que enviarle unos documentos muy importantes a su domicilio. No, me han encargado enviárselos a su domicilio, porque es un tema personal y el señor Klaus ordenó específicamente que se los enviáramos allí no

a su despacho, pero al parecer se le olvidó darnos la dirección. ¿Que está en el juzgado? Mire señorita, si quiere llamo mañana, pero los documentos son urgentes y no creo que le agrade al señor Klaus no tenerlos hoy mismo. A mí me da igual que usted no quiera darme la dirección y que los documentos no lleguen hoy como estaba previsto, pero por supuesto justificaré mi retraso exponiendo la causa de mi demora. O sea, usted. —Clarie sonrió. —Por supuesto que apunto.

Capítulo 11

Cuando Cristel llegó a la calle, intentó disimular su disgusto reprimiendo las lágrimas. No había podido evitar que le dolieran sus palabras porque sabía que su relación no era la más perfecta del mundo. Inconscientemente deseaba más que nada que la quisiera y sus palabras habían sido la confirmación de que eso aún no ocurría. Y puede que no ocurriera nunca. Por Dios, si era una asesina. Y en serie, además. No había sido un momento puntual en que hubiera perdido la cabeza, siempre había sido muy consciente de lo que hacía y eso era difícil de digerir para cualquiera. Y más para un policía como él con un expediente intachable en detenciones. ¿Cómo podría llegar a amarla? ¿Cómo se le había ocurrido la estúpida idea de que eso llegaría a suceder? Pero se negaba a creer que había aceptado tener una relación con ella simplemente por unas fotos juntos en una cama. Si tenía esa prueba que él decía, ya la hubiera

delatado, por eso había creído que era un farol. Pero no debía ignorar esas amenazas porque puede que fueran verdad. ¿Y si estaba buscando pruebas para destruirla y ellas se lo estaban poniendo en bandeja? Pero estaba tan empeñado en que lo dejara, mucho más que en detenerla… Parecía que se preocupaba por ella, estaba empeñado en que no le pasara nada. Miles de dudas la asaltaron y se preguntó si su amor merecía el riesgo que estaban corriendo. Tenía que pensar en sus hermanas, en su futuro.

La cogieron del brazo deteniéndola y sorprendida miró sobre su hombro para verle allí. Se volvió para mirar sus ojos y él dejó caer la mano que sujetaba su brazo. —Estoy contento —dijo secamente como si estuviera incómodo y lo demostró que carraspeó mirando a su alrededor—. Y lo estaría más si toda esta mierda no te rodeara.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —Lo siento, pero soy así. Somos así. Ellos nos convirtieron en esto y si no lo aceptas…

—Si no lo aceptara no estaría aquí.

Cerró los ojos del alivio y Ranko la abrazó. —Tengo miedo de perderlo todo de nuevo —susurró reprimiendo las lágrimas.

—Eso no va a pasar, nena. Te juro que haré lo que sea para que no pase. —La cogió por la nuca para que le mirara. —Te prometí

una familia, ¿recuerdas? Y para que veas que voy en serio ya he pedido cita con el abogado para el tema del divorcio.

Ella sonrió y se acercó para besar suavemente sus labios. —Te quiero.

Ranko acarició su mejilla. —Lo sé, nena. Si no fuera así ya me habrías matado para ocultar vuestros pecadillos.

Soltó una risita. —Es que eres irresistible, teniente.

—¿Tan irresistible como para que vivas conmigo?

Le miró sorprendida. —Cielo, pueden enterarse y…

—¿Quién va a enterarse? ¿Esteban? No nos delataría.

—Ya lo sé, pero… ¿Estás seguro? Hace dos días querías encerrarme.

—No, nena. Hace dos días quería enterarme de si tenía razón. Y la tenía. —Cogió su mano tirando de ella calle abajo. —Vamos, tengo el coche ahí.

—Vivir juntos… —Se mordió el labio inferior.

—Cristel, el divorcio aún puede tardar y no quiero esperar tanto. —Abrió el coche con el mando y le abrió la puerta. —Y me da que no puedo quitarte ojo.

—Muy gracioso.

Él sonrió y la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Ayer te eché de menos. —Se sonrojó de gusto. —Por eso te quiero conmigo, en mi cama, a mi lado.

Seductora preguntó —Me quieres solo para el sexo, ¿no?

Una anciana que pasó a su lado jadeó indignada. —¡Cómo está la juventud! —Al ver la placa en el cinturón de Ranko chilló —¡Y policía! ¡Esas cosas no se dicen en público!

—Señora, ¿quiere que le meta una multa por cotilla? —preguntó ella molesta porque les había roto el momento.

Ranko reprimió la risa antes de decir —Venga, tenemos mucho que hacer.

Gruñó metiéndose en el coche y cuando él se sentó a su lado Cristel acarició su muslo disfrutando de estar a solas con él. Y podía tenerle todas las noches. Aquello era un sueño, así que dijo —Muy bien, me mudaré contigo.

Él sonrió y acarició el dorso de su mano. —Perfecto.

Alguien dejó caer un expediente sobre su escritorio. Levantó la vista hacia Ranko que le hizo un gesto para que fuera a su

despacho donde ya estaba Esteban. Se puso de pie a toda prisa cogiéndolo y revisándolo mientras le seguía. En cuanto entró Ranko dijo —Uno de los de la nave es el hermano de William Vázquez. Su hermano mayor, Rodrigo Vázquez.

—Creemos que también estaba esa noche —dijo Esteban—. Formaba parte de la banda en ese momento, así que estoy casi seguro.

Ranko cerró la puerta y al volverse la miró fijamente. —Nena, creemos que el asesinato de tus padres no fue para robarles.

Se llevó la mano a la frente. —¿Crees que fue un rito de iniciación?

—Exacto.

—Por eso estaban esos cabrones allí —dijo Esteban—. Rodrigo y Freddy. —Señaló al otro tipo de la foto. —Eran amigos inseparables y siempre delinquían juntos. Si estaba uno aquella noche también estaba el otro. Y… —Mostró una foto del cadáver de Rodrigo. Al lado había otra foto de su nuca en la que tenía una corona con una pistola colgando de uno de los picos. —Son de la banda de los Kill kings. Los tres detenidos por el asesinato de tus padres aún no se habían tatuado la corona porque fueron detenidos

unas horas después del crimen, así que no los relacionaron con esa banda porque se creyó que era un robo. Se les tomó por unos pandilleros de poca monta que realizaron un robo que se les fue de las manos.

—¿Me estás diciendo que la banda de los Kill Kings ordenó matar a mis padres?

—Pasaron por ese parque en el peor momento posible. Como sabes en estos actos de iniciación a veces escogen gente al azar.

Tomó aire por la nariz intentando digerirlo. —¿Y el guardapelo?

—Ese todavía está en la científica. Johnson me ha dicho que todavía no han empezado con él. Han pasado solo cinco horas.

Miró a Ranko a los ojos. —¿Cuántos forman parte de esa banda?

—Nena… —la advirtió con la mirada.

—¿Cuántos?

—Eso no podemos saberlo con certeza. He llamado a un amigo que tengo en una comisaría de Harlem, en el Barrio, y hay más de sesenta miembros fichados de esa banda.

—El Barrio. East Harlem. —Apretó los labios porque conocía bien esa zona. Cuando había investigado a William y a los demás, había pasado mucho tiempo allí. Era un barrio que tenía problemas, pero la mayoría era buena gente. En el caso de William su madre limpiaba oficinas todo el día y él se había criado prácticamente en la calle convirtiéndose en una pesadilla para ella y sus hermanas. El cabrito no se había reformado a pesar de la oportunidad, todo lo contrario. Intimidaba a sus vecinos y siempre estaba metido en líos. Pero lo que le sorprendía es que no llevara la corona en la nuca el día de su muerte. Ni él ni todos los demás y en el momento de su muerte ya habían pasado años desde lo que había ocurrido con sus padres. Se volvió hacia Esteban. —¿Puedes dejarnos solos un momento?

—Sí, claro.

En cuanto su compañero salió fue directa al grano. —Cuando murió William no estaba dentro de la banda, ¿por qué?

—No lo sabemos.

—Porque fue un robo, por eso. La banda no sabía nada.

—Nena, acaba de iniciarse la investigación. Estamos especulando.

—Déjame participar en esto. Yo sé muchas cosas.

Él dio un paso hacia ella y susurró —Cosas que no deberías saber. Un paso en falso y Esteban te pillará.

Apretó los labios disgustada. —Vais muy lentos.

Divertido levantó una ceja. —Es que tú eres muy rápida. ¿Qué tal el caso de la vieja?

—Bah, fue su sobrino para quedarse con todo.

La miró sorprendido. —¿Ya lo has resuelto?

—Con confesión y todo. Repito, sois muy lentos.

Él rio por lo bajo viéndola ir hacia la puerta. —Buen trabajo, nena.

Cuando salió vio llegar a Johnson y se volvió. —Está aquí tu nueva adquisición.

Ranko salió del despacho y le hizo un gesto a Johnson para que entrara, así que sin cortarse entró de nuevo dejando que Esteban cerrara la puerta. —¿Sabes algo?

—Ya me extrañaba a mí que los dejaran en el puerto. Estaban metidos en la trata de blancas e iban a buscar un cargamento. Las hemos encontrado medio muertas en un contenedor que no ha reclamado nadie. He investigado y una vez cada seis meses solían ir

por allí. Las meten en un fondo falso tan drogadas que no pueden ni hablar. El contenedor estaba lleno de televisores procedentes de Brasil.

—Aprovecharon que fueron a recoger la carga para pillarles —dijo Esteban.

—Sí.

—¿Y el camión? Tenían que llevar un camión para recoger el contenedor, ¿no?

—Ese no lo hemos encontrado.

—Yo que vosotros buscaría en el agua —dijo ella sorprendiéndoles a todos—. ¿Qué? Se hundiría hasta el fondo.

—¿Las cámaras del puerto no muestran nada?

—Dos de la zona estaban dañadas. Las he revisado y es evidente que ha sido a propósito porque las rociaron con un spray negro. Dejaron de grabar imágenes ayer a las cinco de la tarde.

—Lo ha planeado todo. Les seguía, sabía en que estaban metidos y era conocedor de que llegaba ese cargamento. Sabía que estaban implicados en la muerte de mis padres… —Se mordió el interior de la mejilla pensando en ello.

—¿Qué es lo que crees, nena?

—¿Qué creo? Creo que tengo un admirador.

Ranko se tensó. —¿Cómo has dicho?

—Piénsalo bien. Tenía el guardapelo, se encargó de seguirles, les mató y llamó para asegurarse de que encontrábamos los cadáveres. Me los ha regalado.

—Yo creo lo mismo —dijo Johnson.

—Y yo. De hecho en cuanto me enteré de lo del guardapelo fue la primera idea que se me vino a la cabeza —dijo Esteban—. Últimamente la novata ha salido bastante en la prensa.

—No, tiene que ser alguien que me conocía. Que conocía mi caso y lo que le ocurrió a mis padres. Me está diciendo claramente que él no ha olvidado el asunto y que se encargará de liquidarlo.

—¿Y por qué no lo hizo cuando murieron los que sí estaban acusados? ¿Por qué no los despachó a todos de una vez? —preguntó Johnson demostrando que ya había revisado el caso de sus padres y la muerte de esos cerdos.

—No lo sé.

—Igual tuvo que dejarlo —dijo Esteban demostrando que también pensaba que él los había matado hacía años—. ¿Qué opinas, Ranko?

—Opino que estamos especulando. De momento no tenemos nada. Empecemos desde el principio. Sacad el caso de los padres de Cristel y exponerlo en la sala. Que no entre nadie fuera de la investigación, ¿me oís? —La miró a los ojos. —Incluida tú, nena.

—No podría verlo —dijo tensa antes de salir dejándoles solos.

—Yo tendría curiosidad —dijo Johnson.

Ranko entrecerró los ojos. —Y yo.

—Chicos, es obvio que lo pasó muy mal. Tenía catorce años cuando ocurrió y debió ser durísimo.

—¿Habéis revisado el caso? —Ambos asintieron. —¿Alguna pista de la que podáis tirar?

—Me ha llamado la atención cómo se encontraron los cuerpos —dijo Johnson.

—Explícate, en el informe no pone nada importante de eso —dijo Esteban.

—Precisamente. Solo pone que fueron encontrados seis horas después de su muerte por una patrulla del parque. He hablado con uno de ellos. —Sacó su block y miró sus notas. —Ahora es el teniente Parker de narcóticos. Me ha dicho que se encontraron una

cartera por la zona y que echaron un vistazo, pero creo que me oculta algo.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Ranko.

—Porque esa cartera no está en la caja de pruebas del caso. Aunque sí la de Robert Portland. Estaba al lado de su cuerpo sin nada dentro. Se lo habían llevado todo, hasta una foto que tenía de sus hijas. Según el expediente fue la hermana de Cristel la que declaró que faltaba la foto, un mechón de pelo de su esposa y dos tarjetas de crédito.

Ranko y Esteban se miraron. —Ponte con él en eso de Parker. Tirad del hilo a ver qué pasa.

—Entendido.

En cuanto salieron miró a Cristel que intentaba aparentar que todo estaba bien haciendo que leía un caso, pero sus ojos no se movían. —Joder…

Entró en el apartamento y cerró la puerta viendo a sus hermanas comiendo tallarines con los carrillos llenos. —¿Comida china otra vez? —preguntó divertida.

—Chris se ha empeñado.

—Me encanta. ¿Qué tal el día? ¿Se sabe algo más?

—Nada que no os haya contado por teléfono. —Se pasó la mano por la nuca. A ver cómo lo decía. —Me voy a vivir con Ranko. —Así a bocajarro era mejor. Las caras de sorpresa de sus hermanas la hicieron gemir por dentro porque ahora vendrían los reproches, estaba segura.

—¿Te vas ahora? Acabo de llegar —dijo Chris decepcionada.

Genial, lo que necesitaba en ese preciso momento. —Me lo ha pedido y… No quiere esperar hasta la boda.

Clarie mosqueadísima se levantó para ir hasta la cocina.

—Venga, no os lo toméis así.

—¡Creo que estás perdiendo el norte con ese tío! ¡Y nos estás exponiendo!

—Lo sé, pero… Le quiero. Puedo tener una oportunidad a su lado y quiero intentarlo.

Clarie se volvió. —¡Tiene que mojarse para que confíe en él! ¡Qué mate a alguien!

—¿Pero qué dices? ¡No pienso pedirle eso!

—¡Pues no me fiaré de él nunca! Como se le vaya la lengua…

—Ya podría haberlo hecho.

—¿Y exponer su carrera con las fotos que he guardado? —Sonrió con ironía. —¡No seas tonta, Cristel! Como esté recopilando pruebas para pillarnos… ¡Le estás ofreciendo nuestras vidas en bandeja de plata!

—Nunca hemos hablado de los detalles de los casos.

—¡Me importa poco! ¡Cuanto más te conozca más riesgos hay!

—¡Ya podría haber denunciado lo de las huellas y no lo ha hecho!

—No le serviría de nada porque no hay huellas con que compararlas, ¿no?

—¡Tampoco ha denunciado lo de la camiseta! ¡Solo quiere protegernos! ¡Y además la que habló de cierto preso fuiste tú!

Clarie se sonrojó. —Se me escapó. ¿Ves cómo es un riesgo pasar tiempo con él?

—¡Podría haberlo denunciado ya y no lo ha hecho! ¡Cómo no ha dicho ni una sola palabra de nada de lo que le he contado!

—Dios, estás ciega.

—Está enamorada —dijo Chris sin dejar de comer.

—Ella va a contárselo a su abogado y no veo que protestes tanto —señaló a Chris.

—¡Pues es otro riesgo! ¡Y hemos intentado evitar los riesgos trece años, joder!

Dio un paso hacia ella. —Si queremos tener una vida medianamente normal, tenemos que confiar en nuestra pareja. Lo sabes de sobra. —Clarie apretó los labios. —Y quiero una familia, quiero hijos y despertarme todos los días al lado del hombre al que amo. ¿Qué hay de malo en eso?

—Pues no me bajo de la burra. Que mate a alguien y entonces confiaré en él. Que nosotras también tengamos con que pillarle es lo justo.

Tomó aire por la nariz. —Voy a recoger algunas cosas para pasar la noche fuera.

—Vale, pero luego no digas que no te lo advertí.

—Déjala —dijo Chris—. Tiene derecho a vivir su vida como le venga en gana. Tiene derecho a ser feliz.

—Y si lo que ese le ofrece es mentira, ¿eh? Lo pasarás genial en la cárcel.

—He estado en un manicomio, la cárcel no puede ser muy distinta —dijo divertida.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene, pero si ella le quiere yo la apoyaré en todo. Y tú deberías hacer lo mismo. —Los ojos de Chris brillaron. —¿Sabes que tenemos con que pillar a ni chico?

—¿Qué?

—Hemos entrado en su casa —dijo tan contenta.

—¿Que habéis hecho qué? —gritó espantada—. ¡Lo que me faltaba es que os detuvieran por allanamiento! —Fulminó a Clarie con la mirada. —Estás loca, ¿en pleno día?

—Es que Greg estaba trabajando. Había que aprovechar.

—Increíble —dijo entre dientes—. Sin revisar la zona para saber si os han grabado… Os habéis presentado en su casa y listo, ¿verdad?

—Hemos entrado por la escalera de incendios —dijo Chris como si nada.

Fulminó a Clarie con la mirada. —En pleno día, que pudo veros cualquiera.

—La escalera da a un callejón y el edificio de al lado no tiene ventanas. No seas paranoica. Llevo entrando en casas mucho tiempo. No nos ha visto nadie.

—¿Yo soy la paranoica? ¿En serio? —Gruñó con ganas de pegar cuatro gritos. —¿Qué habéis encontrado? —Sus hermanas sonrieron maliciosas. —¿Tan gordo es?

—Llama a tu Ranko que tiene que oír esto. Al fin y al cabo estaba de acuerdo.

Capítulo 12

Ranko tardó una hora en llegar porque estaba hablando con un testigo de la investigación. Cristel cenó con sus hermanas hablando del asunto y cuando su novio entró en el apartamento este gimió al ver los envases vacíos. —¿No queda nada?

—Te he pedido una hamburguesa que estará al llegar —dijo dándole un beso en los labios—. ¿Tenéis algo?

—Ahora os lo cuento. Dime que tienes cerveza.

—Bien fría.

—Eres la mejor. —Se abrió la chaqueta del traje y observó a sus hermanas que sentadas juntas en el sofá no le quitaban ojo. Clarie tenía hasta un cuchillo en la mano y eso pareció hacerle gracia. —Una tregua, chicas. Estoy agotado.

—Vale. —Clarie dejó el cuchillo en la mesa de centro mientras se sentaba en el sillón. —¿Ayer no dormiste bien?

—Pues ya que lo dices no, no pegué ojo porque no dejaba de darle vueltas a lo caótica que se ha vuelto mi vida desde que tu hermana apareció en ella. Caótica y mil veces más interesante.

Le dio la cerveza soltando una risita. —Gracias amor.

Él se la comió con los ojos. —¿Qué es eso tan importante que no podía esperar?

—Yo también estoy impaciente porque no me lo han dicho, del todo —dijo esperando los fuegos artificiales de su novio cuando se enterara.

—Hemos entrado en el piso de Greg —dijo Christine emocionada—. Y le tenemos pillado.

Ranko entrecerró los ojos y se adelantó apoyando los codos sobre las rodillas. —¿Qué habéis descubierto?

—¿Eso es todo lo que vas a decirles? —preguntó atónita—. ¡Han cometido un allanamiento!

—Teniendo en cuenta todo lo demás, eso no me espanta, nena.

—¿Ves? —preguntó Clarie con recochineo.

—Al grano. —Se sentó en el brazo del sillón a su lado mirándolas fijamente. —¿Qué es eso tan importante?

—¡Mi futuro marido ha infringido la ley!

Ambos parpadearon. —Sí, pero cómo —dijo Ranko impaciente —. Como me digas que es algo de la declaración de la renta me voy a cabrear.

—Ha alterado algunas pruebas. Eso es un delito gordo, ¿no?

—¿Cómo que ha alterado pruebas? ¿A qué te refieres?

—En un caso de asesinato que llevó el mes pasado pagó porque el cuchillo desapareciera. En su ordenador tiene una aplicación de mensajes encriptada y los hemos leído gracias a que Clarie está puesta en esas cosas. Se le da muy bien la informática, ¿sabes?

Él levantó una ceja mirando a la susodicha que se sonrojó. —Mejor dejemos eso.

—Sí, será lo mejor.

—Le pagó al policía diez mil dólares —dijo Christine encantada de la vida porque fuera un delincuente.

Cristel podía escuchar como a Ranko le rechinaban los dientes antes de sisear —Será cabrón.

—No, que no va por ahí —dijo Christine tan contenta—. El cuchillo era del acusado, pero el pobrecito no lo hizo.

—¿Qué historia me estás contando?

—En los mensajes enviados por ese policía a Greg descubrimos que el tal Jerry, que se llama así el acusado, estaba con su hermano esa noche a la hora del asesinato, pero no lo dijo en su primera declaración porque su hermano había quedado con él para decirle que iba a dejar a su esposa y el pobre no quiso decir nada por no crear un conflicto familiar. El muerto era su jefe, que había discutido con el compañero de trabajo de Jerry esa misma tarde y le acusaron a él porque el cuchillo era suyo. ¿Te he dicho que trabajaba de carnicero? Usó su cuchillo. Dieciséis puñaladas le metió.

—¿Y por qué no acusaron al que lo hizo?

—No había huellas en ese cuchillo. Jerry reconoció que era el suyo, el que utilizaba exclusivamente él y que tenía guardado en su taquilla. Ahí cavó su propia tumba porque las taquillas estaban cerradas con candado. Pero él guardaba la llave debajo, en una cajita de estas imantadas para no perderla y cualquiera que trabajara con él debía saberlo.

—Si el cuchillo desaparecía, la fiscalía no tenía nada —dijo Cristel—. Tu chico se arriesgó mucho, ¿no?

—Ya lo había hecho antes, eso seguro. No se arriesgaría a hacer algo así a no ser que estuviera convencido de que todo iría bien —dijo Ranko satisfecho—. ¿Habéis copiado esos mensajes?

—Claro que sí.

—No son válidos en un tribunal —dijo Cristel.

—Cierto, pero nos permitirá encontrar al policía corrupto que le ayudó. Buen trabajo, chicas.

—Gracias —dijeron las dos como niñas buenas.

Cristel le miró. —¿Y tú qué tienes?

Les contó lo de la cartera y las tres escucharon atentamente. —Los policías que encontraron a vuestros padres llegaron allí por otra razón. No me he tragado lo de la cartera misteriosa. Tuvo que haber alguien que les alertó y por eso se acercaron. He visitado la zona y realmente estaban en un camino transitado. He pasado por allí mil veces. A las cinco de la mañana ya hay gente corriendo, ¿cómo nadie dio la voz de alarma? Y de repente los dos policías pasaron por allí y soltaron la excusa de una cartera no vista nunca. No, yo creo que alguien pasó por allí, vio los cuerpos y se asustó por

alguna razón. Llamó a esos policías porque les conocía y ellos acudieron a esa zona del parque.

—Y dieron la excusa de la cartera para no dar su nombre —dijo Cristel.

—Exacto.

—¿Os dais cuenta de que esa persona pudo coger el guardapelo de mamá? —dijo Christine.

—Eso mismo he pensado yo —dijo Ranko—. Y está tan obsesionado con el caso que os ha hecho un regalo.

—Es un testigo —susurró Cristel—. Una pieza clave.

—Y tenemos que encontrarle.

—¿Cómo? Si esos policías no colaboran será difícil dar con él.

—O con ella, nena. Con vosotras he aprendido a no dar nada por supuesto.

—Cierto, también puede ser una mujer.

Todos miraron a Clarie. —¡Eh! ¡Qué yo casi nunca actúo sola! ¡Somos un equipo! Puede que los mate yo algunas veces, pero el trabajo previo lo hacemos en conjunto. A no ser que me corra prisa como ese de la niña y el hueco de las escaleras. Pero es que así era más rápido y más limpio…

—Eso, tú sigue dando detalles —dijo Christine divertida poniéndola como un tomate.

—Mierda.

Cristel se echó a reír y en ese momento llamaron a la puerta. Se levantó para coger la hamburguesa que había pedido. Sonriendo le dio una propina al repartidor mientras ellos hablaban en voz baja y cuando iba a cerrar vio que Esteban salía del ascensor mirando su móvil. Cerró la puerta a toda prisa y chistó. —Esteban.

Ranko se tensó. —Christine métete en la habitación. Mejor que todavía no sepa de tu existencia.

Sin rechistar corrió hacia allí cerrando la puerta. Clarie apretó los labios. —¿Estamos en problemas?

—No lo sé.

Llamaron a la puerta y miró a Ranko a los ojos. Este asintió dándole ánimos y respirando hondo abrió. —Esteban, qué sorpresa.

—Sorpresa la que me he llevado yo —dijo mosqueado.

Sintió un vuelco al corazón, pero disimuló diciendo —¿Qué?

Se detuvo en seco al ver a Ranko allí. —Estupendo, te estaba llamando.

—¿Si? —Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. —Joder, me he quedado sin batería. ¿Qué pasa?

Clarie se levantó. —Esteban, ¿cómo está el niño?

—Muy bien, gracias. —Sonrió para alivio de todos. —El doctor Bamberg dice que en una semana podrá salir del hospital.

—Me alegro mucho.

—No sé cómo agradecerte…

—No tienes que agradecerme nada. Fue un placer ayudar.

—Esteban, ¿qué pasa? —preguntó Ranko perdiendo la paciencia—. Si no estás en el hospital es que es importante.

—¿Sabéis quién encontró a vuestros padres? —Se les cortó el aliento. —¡Un abogado! Y se calló ese hijo de puta.

Ranko se levantó. —¿Quién?

—No te lo vas a creer cuando te lo cuente. ¡Gregory Klaus! Ese cabrón no quiso verse implicado.

Asombradas se miraron antes de mirar hacia la puerta de la habitación donde su hermana permanecía en silencio.

Cristel forzó una sonrisa. —Eso no puede ser.

—Acababa de salir de la facultad y empezaba a trabajar en un bufete de renombre. No quería que su nombre saliera en las noticias

y llamó a Parker porque le conocía de uno de sus casos. Le pidió que no dijera nada sobre cómo les habían encontrado.

—¡Entorpecieron la investigación! ¡Era un testigo clave! —Ranko ahora sí que estaba cabreado.

—Pues se lo pasó por el forro de los cojo… —Carraspeó cuando las chicas levantaron las cejas. —Ya me entendéis.

Ranko entrecerró los ojos. —¿Parker ha declarado?

—Sí, le hemos apretado las tuercas y cuando hemos presionado con llamar a asuntos internos ha cantado. Lo de la cartera fue una excusa para pasar por allí. ¿Qué hacemos ahora?

—Mañana iremos a hablar con Klaus. Vete a casa.

Esteban asintió yendo hacia la puerta, pero de paso cogió la bolsa que Cristel aún tenía en la mano. —¿Te importa? Así no pierdo tiempo de camino al hospital y estoy hambriento.

Ella sonrió. —Tranquilo, llévatela.

—Gracias. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

En cuanto cerró la puerta Ranko puso el dedo sobre la boca para que no hablaran y fue hasta la puerta para echar un vistazo a la mirilla. Cuando se volvió vio la cara de asombro de todas incluida

Christine que ya había salido de la habitación. —¿Greg? ¿Él los descubrió?

—Eso parece. —Ranko se llevó las manos a la cabeza pensando en ello. —Nena, dame algo. Dame ideas.

—Lo que estoy pensando no me gusta nada.

—Suéltalo.

—¿Sabes que fue el señor Klaus quien se puso en contacto con la clínica donde mi hermana estaba ingresada para asegurarse de que Christine estaba bien? Creía que lo había hecho porque conocía a mis padres y les apreciaba, pero apuesto lo que quieras que fue Greg quien le dijo que se encargara de mi hermana cuando salió de la institución mental.

Chris se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Eso crees? ¿Quiso ayudarnos?

—¿Ayudarnos? Si salió pitando. Ese solo quería ayudarse a sí mismo —dijo Clarie—. Pero hay una cosa que no entiendo, los cuerpos estaban irreconocibles. En el momento en que los vio no podía saber que eran ellos.

—Eso es cierto. Y puede que no los reconociera entonces pero su caso salió en las noticias. Siendo abogado tuvo que oírlo.

—No, nena. Ya lo sabía antes de que saliera en las noticias.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Por el guardapelo. Él tenía el guardapelo. Y os conocía. Ibais a ese lago desde pequeñas, ¿no? —Todas asintieron. —¿Acaso no le conocíais antes del suceso?

—Yo no me acuerdo de él. Lo que sé es por Chris.

—Yo no tengo recuerdos suyos antes de ir a vivir con el señor Klaus y solo estuve dos años en los que les visitó dos veces. En navidades, pero se quedó apenas un día con la excusa del trabajo. Greg no tiene padres y siempre pasa las navidades con ellos. Después de que me fui a vivir a la cabaña yo pasaba las navidades con mis hermanas y no tuvimos la oportunidad de coincidir excepto cuando la señora Klaus se rompió la pierna y yo la ayudaba en todo lo que podía. Él la visitó y se quedó el fin de semana. Esa fue la tercera vez que le vi

—Pues apuesto lo que queráis a que él os conocía de antes. Y al ver la foto en el guardapelo os reconoció. Salió de allí pitando para no verse implicado y se llevó el guardapelo con él porque ya tenía sus huellas.

—Pero entonces… —Chris asombrada miró a las chicas. —¿Mató él a esos tipos?

—¡Parece que te hace ilusión! —dijo Ranko asombrado.

Chris miró mosqueada a Cristel. —¿Y por qué te lo ofreció a ti?

—¿Ofrecerme el qué?

—¡El guardapelo de mamá!

—¿Porque soy policía?

—¡Es un regalo para ti! —Dio un paso hacia ella enfadada. —¡Cuando tenía que ser para mí!

—¿Te estás escuchando? ¡Estás reclamando para ti un asesinato!

—Ahora sí que le tenemos pillado por las pelotas —dijo Clarie encantada de la vida—. Cielo, a este sí que le doy el visto bueno.

Ranko frunció el ceño. —¿Porque es un asesino? ¡Nena, tu hermana quiere que me cargue a alguien para caerle bien! —Al ver que no se sorprendía dijo —Ah, que lo sabías.

—Dice que así estaremos en igualdad de condiciones.

—¡Teniendo en cuenta vuestro curriculum no estaríamos en igualdad de condiciones en la vida!

—¿Podéis centraros en mi hombre? —preguntó Christine.

—Creo que deberíamos hacerle una visita —dijo Cristel—. Ya es hora de que le conozca en persona. —Cogió su chaqueta del traje. —Vamos cariño.

—Yo no me lo pierdo —dijo Clarie.

—Y yo menos.

—Nena, ni he cenado.

—Eso reclámaselo al gorrón de tu amigo —dijo dejándole con la palabra en la boca—. Hermanas, no perdamos tiempo. Esteban le interrogará mañana.

—¡No vais a librarle de esto! —gritó Ranko.

—Claro que sí, es de los nuestros.

Capítulo 13

—No me lo puedo creer —dijo Ranko antes de llamar al timbre de mala manera.

—Cariño, ¿cuando no comes te pones de peor mala leche?

—Pues sí.

—Te haré un control de glucemia —dijo Clarie—. Por si acaso. Tanta mala leche junta no es normal.

—Mira quien fue a hablar —dijo antes de pulsar el botón de nuevo.

Clarie jadeó haciendo sonreír a sus hermanas. Christine impaciente llamó con el puño. —Tiene que estar en casa, la luz está encendida.

—Joder, como viven los ricos —dijo Ranko viendo el pasillo de mármol—. Nena, mi casa no tiene nada que ver con esto.

—Tranquilo, ni te imaginas donde llegamos a vivir cuando salimos de la casa de acogida.

Él gruñó molesto y golpeó la puerta con el puño. —¡Hostia, ya va! —gritaron desde dentro.

La puerta se abrió de golpe mostrando a un tío rubio que estaba buenísimo únicamente vestido con una toalla mínima rodeando sus caderas demostrando que acababa de salir de la ducha. Clarie y Cristel dejaron caer la mandíbula del asombro mirándole de pies a cabeza mientras Christine soltaba una risita roja como un tomate porque la miraba atónito como si no se creyera su presencia allí. —¿Qué haces en Nueva York? —Fulminó a Cristel con la mirada demostrando que las diferenciaba perfectamente. —¿La has llamado? ¡Esto puede afectarla, joder!

Cristel sonrió porque era evidente que quería proteger a Christine. —Es mucho más fuerte de lo que crees. Ahora déjanos pasar antes de que se enteren los vecinos.

Christine no lo pudo evitar y se tiró a su cuello para abrazarle. Greg apretó los labios. —Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Ahora no te hagas el tonto —dijo Ranko entrando en su casa como si fuera el dueño—. Hostia nena, tiene mármol en todo el piso.

—Cariño tenemos que buscar algo así. Ahora tenemos dos sueldos.

—Sí, eso dímelo cuando paguemos la boda, la luna de miel y tengamos los niños. En cuanto tengas que pensar en la matrícula de la universidad se te pasará lo del mármol.

—Que estudien con beca, no hay que consentirlos.

Clarie puso los ojos en blanco. —Parejas. Se juntan y solo piensan en niños y cosas de esas.

Atónito vio como pasaba también y Christine se apartó para mirar sus ojos color miel. —Gracias. Y tranquilo, estamos aquí para ayudar. No te van a pillar.

—¿Perdón?

Entró en el piso y soltó un chillidito al ver una foto en la pared. —¡Has estado en Egipto! —Él cerró la puerta. —Aunque ya sabía que te gustaba porque leí el libro que dejaste en casa de tus tíos sobre egiptología, ¿sabes? Me fascinó.

—Chris, ¿qué haces aquí?

—Hemos recibido tu regalo.

—¿Qué regalo?

—Que piensa seguir haciéndose el tonto. —Clarie se sentó en el sofá de cuero e hizo una mueca. —Tengo que empezar a gastarme el sueldo en cosas así.

—¡Qué coño hacéis en mi casa! —preguntó perdiendo la paciencia.

—Hemos recibido el guardapelo de mi madre —dijo Cristel mirándole fijamente—. No te hagas el tonto. ¿Por qué crees que he llamado a Christine como dijiste en la puerta? Eso la puede afectar, ¿no dijiste eso?

—Traerla a Nueva York puede afectarla.

—Tranquilo, he venido sola y antes de lo de hoy.

—¿Qué? ¿Por qué?

—He tenido un problemilla de nada.

—De nada dice —dijo Ranko por lo bajo.

—¡De nada! ¡Ya ni se acuerdan de él!

Greg entrecerró los ojos. —¿Él? ¿Has tenido un problema con un tío?

—Bueno, tu tío le contrató y…

—¿Que mi tío le contrató? —gritó a los cuatro vientos antes de tensarse—. No será el expresidiario del que me habló, ¿no? ¡Le dije que no lo hiciera! ¡Qué no podías trabajar con alguien así!

—Pues no te hizo mucho caso —dijo Clarie divertida.

—Dijo que todo el mundo merecía otra oportunidad —dijo Chris comiéndoselo con los ojos sin ningún disimulo.

—¿Todo el mundo? —Se llevó las manos a la cabeza. —¡Joder! ¡Le pegó una paliza a su madre! ¡Ese no merece una mierda!

—Tranquilo, que ahora no pegará a nadie más —dijo Ranko.

—¡Ranko! —protestó Christine.

—En cuanto hable con su tío se va a enterar —dijo Cristel.

Greg la cogió por el brazo. —¿Qué has hecho?

—Le pegó y…

—¿A mi tío?

—¡No, a un cachorro! El pobrecito gemía y volvió a darle otra patada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Cuando me di cuenta ya había pasado y cayó de rodillas con el rastrillo en la cabeza.

Greg palideció. —Hostia.

—Es mi palabra favorita desde que las Portland entraron en mi vida.

Cristel le fulminó con la mirada. —Cielo, seguro que este ricachón tiene algo que comer en esa nevera de lujo que hay ahí. — Se volvió para ver como Greg y Chris se miraban a los ojos. Él no pudo disimular su preocupación por ella y se le encogió el corazón.

—Te defenderé, no pasa nada —dijo él suavemente—. Saldrás de esta.

—No, si no me van a acusar de nada. —Sollozó abrazándole de nuevo. —Pero tu tío quiere que me aleje de ti. Me ha echado del trabajo porque sospecha de mí, aunque el sheriff pensó en un ajuste de cuentas.

Él apretó los labios. —Déjame mi tío a mí.

Cristel sonrió porque era evidente que haría cualquier cosa para protegerla. Se giró y vio que Ranko se hacía un sándwich. — Cariño, ¿me haces uno? Me he quedado con hambre.

—¿No me digas? —Le pasó el plato con el sándwich que acababa de hacer y que se lo diera primero la emocionó cuando él estaba hambriento. Se acercó y le abrazó por la espalda. —Nena, ¿no tenías hambre?

—Necesitaba sentirte.

Él se volvió y la abrazó. —Todo irá bien.

—Me encanta que me lo digas. Me hace sentir segura.

—Y lo estás. —La besó en la sien. —Lo estás, nena.

—¿Alguien va a hablar de lo de anoche? Empieza a entrarme el sueño —dijo Clarie fastidiada.

—Está celosa —susurró Ranko—. Siempre te ha tenido y no puede ni verme.

—Ten paciencia con ella, por favor.

Él apartándose asintió.

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche? —preguntó Greg.

—Nada, que sigue haciéndose el tonto. —Clarie empezando a mosquearse fue hasta la zona de la cocina y cogió el sándwich del plato dándole un buen mordisco.

Cristel apretó los labios a lo que había sido una provocación solo para fastidiarla. Ranko le tendió otro sándwich haciéndola sonreír y le lanzó un beso antes de cogerlo para reunirse con los demás. —Vamos a ir al grano porque como ha dicho mi hermana se hace tarde. —Se sentó en el sofá y le dio un mordisco al sándwich. —Te han pillado.

—¿Cómo dices? —preguntó Greg.

—No hace falta que disimules —dijo Christine—. Solo quieren ayudarte.

—No sé de qué habláis —dijo muy serio.

—Tío, se te va a caer la toalla y Christine sí que va a asustarse con lo inocente que es por lo protegida que la tenías —dijo Clarie haciendo que todos la fulminaran con la mirada—. ¿Qué?

Greg apretó los labios antes de alejarse desapareciendo detrás de un muro. Ranko apareció con un sándwich triple y se sentó en el sillón de cuero. Chris levantó una ceja. —Poneros cómodos.

—Gracias —contestaron a la vez con la boca llena.

Greg salió con un pantalón corto de deporte y una camiseta. —¿Vais a ir al grano?

—Sabemos dónde estuviste anoche y lo que hiciste —dijo Clarie dejando su plato vacío sobre la mesa de cristal que tenía ante ella.

—¿Anoche? Estuve aquí trabajando. Hoy tenía un juicio importante.

—Sí, ya conocemos la importancia que le das a los juicios.

—¿Este por qué está aquí? —preguntó mosqueado.

—Oh, es mi novio —dijo Cristel encantada—. Y mi teniente.

Apretó los labios. —¿Esto es un interrogatorio?

—No me toques los huevos Klaus, que estoy agotado. Han sido unos días de lo más movidos, te lo aseguro. —Se levantó y fue hasta la nevera. —Mis hombres han hablado con Parker y les ha contado algo muy interesante. —Sacó una cerveza sin quitarle la vista de encima y tiró la chapa al fregadero antes de darle un buen sorbo.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Cristel.

—¿Quién es Parker?

—Era el sargento Parker entonces. El que descubrió los cuerpos de mis padres. Dice que tú fuiste el que los descubrió y que como no querías verte implicado en eso te largaste. —Cristel se levantó. —¿Es cierto? ¿Fuiste tú?

—Creo que se os está yendo la cabeza. No sé por qué ese Parker quiere implicarme a mí, pero no, no es cierto.

Christine le cogió del brazo. —Puedes decir la verdad, no diremos nada que pueda perjudicarte.

—No estuve allí. Me enteré de la muerte de vuestros padres por la prensa y llamé a mi tío para decírselo, punto.

No pudo disimular su decepción. —¿Entonces por qué dice ese hombre que fuiste tú?

—No lo sé, pero yo no estuve allí.

—Es abogado, no dirá nada que pueda implicarle en el caso —dijo Clarie.

—No, claro que no. —Ranko sonrió antes de dar un sorbo a su cerveza. —Sabes cubrirte bien las espaldas. Pero dos testigos testificarán que tú estuviste allí y de repente ha aparecido un guardapelo que debía estar en la escena del crimen o que se deberían haber llevado los asesinos.

—Lo cogerían ellos.

—¿Y han matado a dos de los implicados trece años después? ¡No me jodas, Greg! ¡Estuviste allí y cogiste el guardapelo! ¡Viste los cuerpos y saliste pitando!

—No sé de qué me hablas.

—Estupendo —dijo Cristel acercándose—. Date la vuelta. Quedas detenido por el asesinato de Freddy Estévez y de Rodrigo Vázquez.

Al ver que sacaba las esposas Christine se puso ante él. —¿Qué haces?

—¡Va a hablar por las buenas o por las malas! ¿No te das cuenta de que la única que ha quedado expuesta has sido tú al confesar el intento de asesinato de ese gilipollas del refugio? No pienso consentirlo.

—¡No la delataré!

—Yo no me fío de nadie. ¡Date la vuelta!

Christine se volvió rogándole con la mirada. —Diles la verdad.

—Está bien —siseó antes de apretar los labios—. Estuve allí. Salí a correr y apenas estaba amaneciendo. La luz de una farola me mostró un reflejo y de la que pasé por el sendero me di cuenta de que era una joya tirada en el suelo. Me agaché para cogerla y la abrí. Al ver las fotos no me lo podía creer y la iba a guardar con intención de devolvérsela a tu madre cuando me di cuenta de que la cadena se había roto por la mitad, pero la cadena era fina, así que pensé que debió perderla al engancharla o algo. Recuerdo que sonreí porque era una casualidad enorme que yo la hubiera encontrado. Que vaya suerte que tenía porque podría recuperarla. Me incorporé guardándola en el bolsillo del pantalón de deporte que llevaba y entonces vi una mano cerca de un matorral. —Negó con la cabeza. —Joder, no hay día que no me acuerde de aquello. Al

verles… No sé lo que se me pasó por la cabeza. Acababa de conseguir el trabajo por el que había luchado tanto y les conocía…

—Temiste que sospecharan de ti —dijo Ranko fríamente.

—¿No era una casualidad enorme? Así que llamé a Parker. ¡Me debía un favor porque saqué a su hermano de un lío de drogas y dijo que cerraría el pico! ¡Qué era evidente que yo no tenía nada que ver!

—Y te llevaste el guardapelo porque tenía tus huellas —dijo Cristel.

—Sí. No le dije que lo tenía ni que les conocía. Hice que simplemente había pasado por allí corriendo y que no quería verme envuelto en el asunto. Lo entendió y me echó una mano.

—¿Qué pasó después? —susurró Christine.

Él mirándola a los ojos sonrió con tristeza. —Vi como esos cabrones destrozaban vuestras vidas. Y tú… Joder, me sentía impotente. De vez en cuando llamaba a la clínica para saber cómo estabas haciéndome pasar por mi tío. Cuando el doctor me dijo que estaba buscándote una casa de acogida en un lugar que tú consideraras seguro, hablé con mi tío y lo hizo encantado. —Sonrió. —Sabes que tiene un corazón enorme.

Ella emocionada asintió. —No sabías cómo tratarme, ¿verdad? Me di cuenta desde el principio.

—Temía hacer o decir algo que te hiciera daño, así que cuando te veía era educado y apenas conversaba contigo. Si quería preguntar algo se lo preguntaba a mis tíos, que decían que te estabas amoldando bien y que era un placer vivir contigo.

—Pero llegó el momento de irme.

—No quería que te fueras. Sabía que allí estabas segura. Pero tú te empeñaste en ser independiente y… Cuando iba a ver a mis tíos nunca coincidíamos. Te aseguro que cuando te vi el año pasado no me lo podía creer. Intenté acercarme, pero parecía que te avergonzaba hablar conmigo, así que en cuanto pude me fui.

Los ojos de su hermana brillaron. —¿Querías hablar conmigo?

—Parejita, ¿vamos al grano? —preguntó Clarie haciendo que todos la fulminaran con la mirada—. Vale, cómo os poneis. Era por abreviar.

—¿Cómo encontraste a los de la nave? —preguntó Ranko.

—Uno de ellos apareció por el despacho. Rodrigo Vázquez.

—¿Le conocías de aquella noche?

—No, cuando llegué a la escena del crimen no había nadie. Y tampoco caí cuando se presentó como Rodrigo Vázquez. Fue hablando del intento de homicidio del que le acusaban cuando mencionó que su hermano se había librado una vez por falta de pruebas. Que si eso podía pasarle a él. Le pregunté que si yo le conocía, que si le había defendido en algún momento. Fue cuando me dijo su nombre. William Vázquez. Ahí fue cuando me di cuenta de quien era. Para cerciorarme le pregunté que si era por el caso del parque y ese cabrón me lo confirmó. Que si le había conocido. Para ganarme su confianza le dije que le había defendido en un par de hurtos. Él se echó a reír. Sí, le pillaban a menudo, era un gilipollas, eso me dijo. Me contó que se había librado de aquella mierda, pero que le mataron después. Era evidente que tenía ganas de hablar, así que le dije que me intrigaba lo que había pasado en el parque, que me lo contara porque ya no podrían acusar a ninguno de ellos ya que estaban muertos. Fue cuando me miró sorprendido ¿Cómo que están muertos? ¿Quiénes han muerto?

—Dios, no lo sabía. No sabía lo de los demás —dijo Cristel impresionada.

—Al parecer los otros dos acusados eran hermanastros y sus padres se los llevaron del barrio para que no se metieran en más

líos. Fue inútil, por supuesto. Siguieron metiéndose en problemas, pero no, los de la banda no sabían nada. Ahí me contó que todo aquello era muy extraño y olía a venganza por la muerte de aquellos pijos en el parque. Se me pusieron los pelos de punta por su mirada e intenté convencerle de que seguramente no era así. Le volví a insistir sobre lo que pasó en el parque y fue cuando me contó que todo había sido un rito de iniciación para entrar en su banda. Y riendo me confirmó que él estaba allí esa noche y que había cuatro más animándoles y jaleándoles mientras les aterrorizaban. —Christine sollozó y él apretó los labios.

—Continúa —dijo Cristel—. Queremos saberlo todo.

—Le dije que eran sus cómplices y que era momento de que le echaran a él una mano en su caso. Que me diera los nombres por si les necesitaba para la coartada. Les presionaría con lo del parque para que colaboraran.

—Él se negó —dijo Ranko.

—Por supuesto que se negó, no se delata a un miembro de la banda. Pero me dio un nombre sin darse cuenta. Me dijo que su mejor amigo Freddy siempre le apoyaría si era necesario. Entonces investigué un poco. Siempre iban juntos a todas partes. Habían sido detenidos varias veces por delitos en los que eran cómplices. ¿Creéis

que no estaba en el parque aquella noche? Yo apostaría mi vida a que sí. —Todos asintieron. —Tenía que hacer algo. No podía dejar que ese cerdo se acercara a Christine.

—¿Te dijo por qué William no fue aceptado en la banda? —preguntó Cristel.

—Sí, pero eso me lo dijo el día del juicio. Iba delante de mí y le dije que no recordaba que William tuviera aquel tatuaje. Me explicó que el jefe de la banda en aquel momento, un tipo que murió hace unos años, no estaba de acuerdo con ese tipo de iniciaciones y lo vio como una provocación de Rodrigo. De hecho casi le mata de una paliza diciéndole que ellos mataban por honor o no sé qué mierdas. Me enseñó una cicatriz que tenía en la mejilla y sonrió cuando me dijo que ese cerdo había recibido su merecido de parte de los Latin.

—Así que el jefe no admitió que William formara parte de la banda por haberle llevado la contraria y los otros dos se fueron del barrio —dijo Ranko.

—Es lo que él me dijo. Por eso no sabía nada de su muerte.

—¿Por qué dejaste el guardapelo? —preguntó Clarie.

—Debíais tenerlo vosotras. Era de vuestra madre. Aproveché la situación.

Christine sonrió tímidamente. —Gracias.

—Joder, no me des las gracias. Tenía que haber hecho mucho más.

—Ya lo hicimos nosotras —dijo Clarie como si nada dejándole de piedra.

Christine forzó una sonrisa. —Que buena noche hace, ¿no?

—¿Qué ha querido decir?

—Que si tuvieras que defenderlas de todo no acabarías nunca —dijo Ranko antes de fruncir el ceño—. Necesitas una coartada para lo de anoche. Mis chicos te interrogarán mañana para preguntarte por qué no dijiste nada de lo del parque. Si tienes coartada para lo de anoche no pasará de ahí y seguirán buscando a otro sospechoso que por supuesto no encontrarán.

—Pues no tengo, como comprenderás.

—Novatos —dijo Clarie mirando a Cristel—. Y nosotras por supuesto no podemos dársela.

—¿No crees que les llamaría la atención? Debería ser alguien ajeno al caso. —De repente sonrió. —Y tengo al hombre perfecto

para que mienta como un bellaco y librarte de esto.

Cristel entró en el portal y se acercó al portero de noche mostrándole su placa. —Dígale al señor Esdraffo que la detective Cristel Portland está aquí.

—Señora son las dos de la mañana, ¿no puede esperar?

—Oiga, ¿tengo cara de esperar a alguien? Llámele, ahora.

—Sí, enseguida. —Descolgó el teléfono a regañadientes y Cristel fue hasta el ascensor. —¡Oiga!

—¡No me haga perder el tiempo! —Pulsó el último piso y vio como él hablaba a toda prisa por teléfono.

Sonrió para sí mientras se cerraban las puertas. Seguro que los tortolitos ni se imaginaban que iban a verle el pelo de nuevo. Cuando llegó a la puerta iba a llamar cuando esta se abrió de golpe mostrando a Luka Esdraffo únicamente con un pantalón de pijama negro de seda y no parecía nada contento. Madre mía, que suerte tenía la violinista, aunque ella no cambiaba a su Ranko por nada.

—¡Espero que esto tenga una explicación!

—Por supuesto. Me vas a devolver el favor. —Entró en el piso dejándole de piedra y Cristel sonrió a Coralie, su esposa, que estaba en bata ante el sofá apretándose las manos. —Deja de hacer eso, eres violinista, deberías cuidar más tu herramienta de trabajo.

—¿Qué hace aquí? ¡Ya le dijimos que nosotros no teníamos nada que ver!

—Claro que tuviste que ver, le mataste y tu marido te ayudó a encubrirlo.

Coralie pálida miró a Luka que siseó —¡Esto se acabó, voy a llamar a mi abogado ahora mismo!

—¿Queréis perderme de vista? —preguntó divertida llamando su atención—. Entonces necesito un favor.

—¿Un favor? ¡No pienso hacer una mierda por usted! ¡No hace más que aterrorizar a mi mujer con sus fantasías!

—Ambos sabemos que no fue una fantasía. Y Luka, cometiste un error en aquella furgoneta.

Tenso dijo entre dientes. —No se dé que me habla.

—¿No? —Sonrió maliciosa. —Tiraste el tapón del bidón de gasolina fuera de la furgoneta antes de incendiarla. Y no llevabas guantes.

Luka se quedó de piedra.

—Por supuesto ese tapón no se relacionó con el crimen entonces, pero yo me pasé por allí después y lo encontré debajo de un guante de la científica. Alguien le debió dar con el pie y alejarlo cuando intentaban apagar el fuego, pero el tapón estaba allí y tiene tus huellas. Comprobado por mí, claro. De esto no sabe nada el departamento y no hace falta que lo sepan.

—¿Cariño? —preguntó Coralie blanca como la cera.

—Es un farol, nena.

—Puede, o puede que no. Los hechos son que sé a ciencia cierta que fuisteis vosotros y que ahora necesito un favor. ¿Me lo vais a hacer?

—¿La perderemos de vista para siempre?

—Por supuesto. A no ser que matéis a alguien de nuevo, claro, que entonces tendré que hacer mi trabajo.

Luka miró a su mujer que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Haré lo que sea con tal de que esto se acabe de una vez.

—Oh… —Sonrió radiante. —Lo suponía. Es muy sencillo, solo tenéis que decir que la noche pasada cenasteis con un amigo. Es abogado y prestigioso en su trabajo, colará.

—Ayer dimos una fiesta por el éxito del disco de Coralie.

—¡Es todavía mejor! —dijo encantada.

—Pero es que nadie le ha visto. —Coralie dio un paso hacia ella. —¿Y si interrogan a más gente?

—Tranquila, que los policías molestamos lo justo.

—¿No me diga? —preguntó su marido con mala leche.

—Qué rencoroso.

—Está preocupado.

—Y es lógico, pero si hacéis lo que os digo ni vendrán por aquí. Seguramente llamarán a tu marido al despacho para confirmar su coartada.

—¿Seguro?

—Dejádmelo a mí.

—¿Cómo se llama ese tipo? —preguntó Luka molesto.

—Gregory Klaus. Es abogado criminalista. Dile que conocías su fama de tiburón y que le invitaste a la fiesta para tantearle y ofrecerle que fuera tu abogado personal. Que le ofreciste un sueldo exorbitante y que se lo está pensando.

—¿Él dirá lo mismo?

—Te aseguro que sí.

—¿No lo relacionarán con usted?

—Tú no me conoces.

La miraron asombrados. —¿Qué? ¡Llevó la investigación de la desaparición de George! ¡Cómo voy a decir ahora que no la conozco!

—Porque ahora estoy en otra comisaría, con nuevos compañeros que no os conocen… Si sale mi apellido de alguna manera, que lo dudo muchísimo, diréis que no conocéis a ningún Portland. Sabéis haceros los tontos cuando os conviene, no la fastidiaréis. Además si por una casualidad del destino consiguieran relacionarnos, con decir que ni recordabais mi apellido asunto solucionado. No sería tan grave. Ha pasado un tiempo y no tenéis por qué recordar mi nombre como yo no tengo por qué recordar el vuestro si me preguntan.

El matrimonio se miró preocupado. —¿Eso es todo? —preguntó Luka—. ¿Después no nos molestará más?

—Nunca más —dijo yendo hacia la puerta—. Que paséis buena noche, tortolitos. —Pero antes de irse se detuvo en seco y se volvió hacia Coralie. —Por cierto, felicidades por el bebé.

Emocionada sonrió. —Gracias.

—¿Es niño o niña?

—Todavía no lo sabemos. —Su marido la cogió por la cintura como si quisiera protegerla. —Realmente nos da igual mientras esté sano.

—Seguro que todo sale perfectamente. Os deseo mucha suerte.

Coralie sonrió. —Gracias.

Al darse cuenta de que Luka la miraba impaciente porque se fuera, dijo exasperada —Sí, ya me voy. —Le guiñó un ojo antes de salir del piso. Yendo hacia el ascensor sonrió. —Listo.

Capítulo 14

Ranko la abrazaba por la espalda después de hacerle el amor y se quedó dormido sin dejar de rodearla con sus brazos. Sonrió mirando el piso gracias a la luz que se filtraba por las dos viejas ventanas. Podría hacer muchas mejoras y estaba en un buen barrio. Le gustaba. Era amplio y tenía dos habitaciones. Durante una temporada les valdría. ¿O no? Frunció el ceño pensando en sus hermanas. ¿Y si un día alguna tenía que quedarse a pasar la noche con ellos? Si tenían un hijo allí ya no cabrían. Parecía que Christine y Greg tendrían un futuro, pero nunca se sabía. Se habían despedido con un beso en la mejilla y eso no comprometía mucho. Y Clarie… ¿Se quedaría ahora sola? Siempre habían estado juntas. Incluso los meses que tuvo que quedarse en la casa de acogida hasta que fue mayor de edad se veían a diario. ¿Cómo llevaría ella la soledad? Se mordió el interior de la mejilla cuando empezó a preocuparse.

Porque ahora apareciera Ranko no significaba que fuera a dejar de lado a sus hermanas. Clarie la echaría de menos. Entonces se dio cuenta de lo independiente que era Christine. Al alejarla de todo la habían endurecido para estar sola, mientras que ellas era evidente que no estaban preparadas para la separación.

—¿Qué pasa, nena?

Se sobresaltó mirando hacia atrás. —Estás despierto.

Él sonrió acariciando su mejilla. —¿Qué te preocupa?

—¿Todo?

Sonrió aún más. —Está arreglado. Mañana Esteban llegará a un punto muerto en la investigación y en una semana estará en otra cosa.

Se volvió para mirarle de frente y le acarició el pecho. —No pensaba en eso.

—No te gusta el piso.

—¡No! —Hizo una mueca haciéndole reír por lo bajo. —Me gusta, pero es pequeño, ¿no? Solo tenemos otra habitación. Y…

—Cuando compré este piso no pensaba en tener familia. Se venderá bien y podremos comprar otra cosa más grande.

Sus ojos brillaron. —¿Y Clarie?

—Ni hablar.

—Cariño…

—Me odia. No se fía de mí y está continuamente lanzándome pullas.

—Lo sé, pero está celosa.

—¿Y voy a meter los celos en casa? Nena, tenemos muchos problemas y eso sería un problema más. Quiero disfrutar de nosotros en nuestra casa y en paz.

Entendía lo que quería decir y sabía que estaba pidiendo mucho. —Si hubiera dicho que fuera Christine quien viviera con nosotros, hubiera sido distinto, ¿no?

—Ambas son tus hermanas, pero qué quieres que te diga, son opuestas.

—¿Crees que ella y Greg llegarán a algo?

—Ese ya está buscando la manera de que acabe en su casa. Y te aseguro que en esa casa tampoco estaría Clarie.

Suspiró. —Siempre hemos estado juntas.

—Lo sé. Y os habéis apoyado en los peores momentos posibles, pero ha llegado el momento de que cada una viva su vida. Eso no significa que no estés ahí para ella siempre que lo necesite.

—Crees que es una mala influencia.

—Nena, lo es. A mí no me lo niegues. Es evidente que ella no quiere dejar vuestro… hobby.

Cristel rio por lo bajo. —Al principio no las tenía todas conmigo, pero creo que ya ha aceptado que eso se ha acabado.

—¿Seguro? Porque no tiene pinta.

—Cruzaré los dedos. Creo que se ha dado cuenta de que puede ponernos en peligro a todas si continúa con ello. Nos jugamos mucho.

Ranko gruñó. —Más nos vale.

—Al final no le hemos dicho a Greg todo lo demás.

—Creo que es mejor que no se entere de momento.

—¿Crees que se espantaría?

—No, creo que se preocuparía por Christine. Es increíble, la ha amado en la distancia todos estos años sin pedirle nada.

Acarició su pecho. —¿Tú habrías hecho lo mismo?

—Ni hablar.

Se echó a reír. —¿No?

La abrazó por la cintura pegándola a su pecho. —En cuanto hubieras cumplido los dieciocho te hubiera dicho, nena, sube al coche que nos vamos a vivir nuestra vida a Nueva York.

Acarició su nuca. —Hubiera subido encantada.

—Ella también, eso es evidente.

Rio asintiendo. —Es evidente. —Le miró maravillada. —Es increíble lo que siento a tu lado. Jamás he sido tan feliz.

—Yo siento lo mismo, preciosa. —Le dio un suave beso en los labios. —Eres perfecta para mí.

Esteban colgó el teléfono frustrado. —Joder, tiene coartada y buenísima, por cierto. Un ricachón le invitó a una fiesta. Confirmado, estuvo allí.

—¿Si? —Se adelantó en su asiento. —Ya me extrañaba a mí que ese tipo estuviera metido en lo del puerto.

—Pues a mí se me pasó por la cabeza. —Cogió su café y al ver que estaba vacío levantó una ceja.

—¿Sabes cuántas cervezas me debes?

—Menuda juerga te vas a correr.

Rio levantándose. —Pienso traer un termo enorme de café. Me saldrás más barato.

Gimió de gusto. —¿De veras? Mucho mejor, bien pensado.

Johnson llegó en ese momento y parecía que no había dormido en toda la noche. —¿Tenéis algo?

—Otro que necesita un café.

—Te veo muy contenta.

—Es que me he dado cuenta de que la vida son dos días y hay que disfrutarla.

—Bien dicho. —Ella alargó la mano. —¿Qué?

—La pasta para el café. ¿Tengo pinta de cajero automático?

Esteban se echó a reír. —Solo me invita a mí, chico.

Gruñó sacando las monedas del bolsillo del vaquero. —Por uno no pasaba nada, generosa.

—Tengo muchos gastos por delante. —Le guiñó un ojo a Ranko que les observaba con una sonrisa en el rostro apoyado en el marco de la puerta de su despacho. —¿Verdad que sí, jefe?

—Que paguen, que las bodas son muy caras.

—¿Te vas a casar? —preguntó Johnson.

—Chico, tienes un ojo... Que santa Lucía te conserve la vista —dijo Esteban haciéndoles reír.

—¿Qué pasa? —preguntó este confundido.

—Nada —contestó Cristel divertida.

—Johnson pasa a mi despacho, tengo que hablar contigo.

—Sí, claro. Ahora mismo estamos en un punto muerto, pero seguro que encontramos algo. No me largue, jefe, que seguro que el caso vuelve a rodar. Solo ha pasado un día. Me dejaré la piel para encontrar al culpable.

—De eso mismo quería hablarte.

Ella les miró de reojo mientras Ranko le hacía pasar y cerraba la puerta. Sacando los cafés vio como la cara de Johnson se alegraba y sonriendo pulsó el botón. Ese ya se había olvidado de la investigación. Cuando salió del despacho levantó los brazos y gritó —¡Estoy en homicidios!

Todos se detuvieron de lo que estaban haciendo, le miraron y parpadearon como si les importara un pito. —Joder, un poco de entusiasmo. Este es el puesto que he soñado desde niño.

Se acercó y le tendió el café. —Felicidades novato.

Esteban se echó a reír. —Es cierto ahora eres el novato. Te toca invitar a las cervezas al salir.

Jadeó por la cara que tenía mientras Johnson decía —Encantado.

—¡Novato!

Se volvió hacia el jefe que señaló una mesa vacía. —Ocúpala y nena, pásale algunos de los casos pendientes.

—¿Casos pendientes?

—No puedes trabajar en un solo caso. —Señaló la pared donde estaban apilados los dossiers. —¿Ves todos esos expedientes? Casos abiertos. Así que a revisarlos todos uno por uno a ver si encuentras algo —dijo ella firmemente.

Asombrado asintió mirando las pilas de expedientes de casos pendientes.

—Y a ver si estás a la altura. Nuestra chica resolvió nueve de esos casos en menos de mes y medio —dijo Esteban orgulloso—. Todo un récord. Aplícate el cuento, queremos resultados.

—¿Y cuántos has resuelto tú?

Cristel se echó a reír mientras Esteban le fulminaba con la mirada y siseaba —Ponte a trabajar, novato.

—Esto es un callejón sin salida —dijo Esteban mosqueadísimo —. No hay una sola huella ni imágenes. No tenemos una mierda.

Apretó los labios como si estuviera apesadumbrada. —No te desesperes. ¿Y el guardapelo?

—Limpio como una patena. Lo siento, Cristel.

—¿Y su banda? ¿Les habéis interrogado? —Tenía que decir algo más como si estuviera ansiosa. —¿Y las mujeres del contenedor? ¿Han hablado?

—Dos han muerto y las demás están tan asustadas que no hemos sacado nada. Entre el traductor y que no hacían más que llorar, no sacamos nada en limpio. Y los de su banda son herméticos, no sueltan palabra. No tenían ni idea de qué hacían allí y es evidente que su muerte les importa poco. No se mostraron muy afectados por el asunto. Cuando les preguntamos por la carga se hicieron los locos.

—Mierda. ¿Quién les dirige?

—Un tal Scott Ramírez. Un mal bicho. —Puso ante ella sus antecedentes y al mirar la lista Cristel silbó. —Sí, ha tocado todos los

palos y parece que no se ha quedado a gusto porque ahora están metidos en la trata de blancas. Pero es que todo esto no me encaja. ¿Esos tipos iban a guardar el guardapelo trece años? ¿Y si era un ajuste de cuentas de otra banda por qué tenían el guardapelo? Esa es la pieza que no encaja, joder. Y no dejo de darle vueltas. Querían que tú los vieras como si fueran un regalo para ti. Me inclino a que es alguien que quiere agradarte o que vivió lo que sufristeis.

Leche con Esteban parecía que no pensaba dejarlo. Agachó la mirada sin saber ni que decir porque la teoría del admirador la había puesto ella sobre la mesa.

—Además, están los otros muertos.

Levantó la vista de golpe. —¿Los otros?

—Sí, William y los demás. Es evidente que fue en venganza y después de encontrar a estos todavía estoy más convencido. Alguien de tu pasado, un familiar o…

—¿Pero qué dices?

—Cristel es la única solución que se me ocurre.

Perdió todo el color de la cara. —No tengo familia. ¿Por qué crees que acabé en el sistema?

Él frunció el ceño. —Sí, lo sé, pero…

—Esteban.

Su compañero se volvió para ver que Ranko les observaba desde la puerta. —Ven, quiero hablar contigo.

Suspiró levantándose de la silla y entró en el despacho. Ranko cerró de un portazo. —¿Qué coño estás haciendo? ¿No has visto cómo está?

—Sí, joder… pero estoy en un callejón sin salida.

—Esas paredes de cristal no sirven de mucho para tener intimidad, ¿no? —preguntó Johnson divertido. Ella agachó la mirada. —Eh. —Levantó la vista hacia él. —Les cogeremos. Descubriremos lo que ha pasado.

Forzó una sonrisa. —¿Sabes? En el caso de mis padres hay mil cosas que nunca he comprendido y creo que siempre será así. ¿Les pasará a todas las víctimas?

—Sí, supongo que sí. —Se giró en su silla. —¿Nunca has ido al psicólogo?

—Sí, nos visitó uno en la casa de acogida cuando llegamos.

—Igual deberías ir a uno, ¿no crees? La pérdida de los padres es algo muy fuerte y más a la edad en la que os sucedió a vosotras.

—Nunca me ha gustado hablar de eso y… —Al levantar la vista vio que Clarie desde las escaleras miraba a su alrededor buscándola. Se levantó de inmediato. —¿Qué haces aquí?

—Vengo a poner una denuncia por desaparición.

—¿Qué?

—¡Christine ha desaparecido! —gritó alterada.

¿Pero cómo se le ocurría gritar el nombre de Christine en medio de la comisaría? ¿Es que estaba loca?

—¿Quién es Christine? —preguntó Esteban acercándose.

—Mi hermana. La gemela de Cristel —contestó su hermana antes de que pudiera evitarlo.

Su compañero dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo has dicho?

—Nena, ¿qué pasa? —Ranko se acercó cogiendo a Clarie firmemente del brazo. —Ven, entra y cuéntanos qué ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido? Que ha desaparecido. He llegado de trabajar y no estaba en casa. La he llamado al móvil y no contesta. ¡Y no está con ese!

—¿Ese? —preguntó Esteban.

—Ven conmigo —dijo Ranko entre dientes casi tirando de ella hacia el despacho. Cristel fue tras ellos y les cerró la puerta en las narices a sus compañeros que estaban intrigadísimos. Sin cortarse bajó el estor para tener intimidad.

—¿Qué coño estás haciendo? —siseó Ranko intentando no levantar la voz.

Clarie soltó su brazo. —¡Pues hacer algo! ¡Está en peligro!

—¿Estás loca? ¿Quieres que todo el mundo sepa la relación que ha tenido Christine con Greg? Todo se vendría abajo, joder.

Cristel no salía de su asombro. —¿Por qué haces esto?

—¿Por qué hago esto? Porque necesitamos a la policía. A los de las fuerzas especiales, a quien sea.

—Explícate.

Apretó los labios. —Ayer al llegar a casa estuvimos hablando de que algunos de esos cerdos aún estaban vivos. Salió la trata de blancas y que no pararían de hacer daño. Le dije que merecían morir, todos ellos empezando por el jefe y ella estuvo de acuerdo.

—Dios, intentaste convencerla para continuar sin mí, ¿no? —preguntó asombrada.

—¡Ella quería hacerlo!

—Baja la voz —dijo Ranko furioso—. Baja la voz antes de que pierda la paciencia. Nos estás poniendo a todos en peligro y te juro por lo más sagrado que no pienso consentirlo.

Clarie se echó a llorar. —Ni se me había pasado por la imaginación que pudiera hacerlo sola.

Cristel perdió todo el color de la cara y la cogió por el brazo. —¿Cómo que sola?

—La llamé desde el trabajo para decirle que a las cuatro estaría en casa. Ella me dijo que había estado averiguando desde tu portátil quienes eran los miembros de la banda. Por el hackeo que hice tienes acceso a la base de datos de la policía y Chris fue apuntando los cómplices de los muertos en la nave en cualquier delito que hubieran cometido. Dijo que así formaría la banda, pero sobre todo sabría quiénes eran los más allegados a Rodrigo y Freddy. Quienes estaban allí aquella noche. Me dijo que el jefe, un tal Ramírez tenía que haber estado allí, porque se les había detenido muchas veces juntos en aquella época. Fue tirando del hilo y sacando sus antecedentes para que cuando yo llegara a casa los revisara y decidiéramos qué hacer. Pero cuando llegué no estaba. Asustada fui a casa de Greg y me enteré por el portero de que todavía no había llegado y que tardaría un par de horas todavía. Que

suele llegar a las siete. Entonces me asusté de veras. Regresé corriendo a casa por si había salido a la tienda o algo. No contesta al teléfono y…

—¡Han pasado dos horas! ¡Como has dicho igual está de compras! —exclamó Ranko furioso—. ¡Estás histérica!

—No. No estoy histérica. —Se apretó las manos.

—Dios mío, ¿qué? —preguntó Cristel asustada.

—Después de ir a casa de Greg levanté los tablones del suelo. Han desaparecido las dos pistolas. Solo ha dejado la de dardos. Y se ha llevado toda la munición.

Cerró los ojos llevándose las manos a la cabeza y Ranko se tensó con fuerza. —¿Nena?

—Esas armas pueden incriminarnos en al menos seis asesinatos.

—¡Joder! —Se volvió y pegó un puñetazo a un archivador abollándolo. Respiró hondo. —Calma. Todavía estamos a tiempo.

Cristel pensó lo más rápido que podía. —No se ha oído nada de ningún tiroteo en Harlem. ¿Y si fingimos un secuestro?

—Bien visto, nena. —Cogió del brazo a Clarie para que lo mirara. —Escúchame bien. Dirás que te han dejado una nota por

debajo de la puerta diciendo que tenían a tu hermana.

—Sí. ¿Y si quieren ver la nota?

—Con los nervios la has perdido de la que venías hacia aquí. ¿Has venido en taxi? —Ella asintió. —Bien. Si te pregunta alguien di que no la encuentras, que la tenías en el bolsillo del vaquero y que ahora no está, pero que decía que tenían a tu hermana y que si la queríais con vida debíais estar las dos en una hora en un callejón de Harlem, en la ciento veintiuno este con Lexington. El callejón que está justo detrás del edificio que hace esquina. ¿No vive el jefe de la banda allí, nena?

—Según sus antecedentes sí. Y Esteban no sabe que ya los he leído. Acabamos de hablar de ello y piensa que estoy en la inopia.

—Perfecto. Quieren vengarse por la muerte de los suyos. Es un secuestro. Se pondrán a buscarla por toda la ciudad y formaré un operativo. Entraremos en casa de ese cabrón a ver si hay suerte, tu hermana se asusta al ver el jaleo y vuelve a casa.

Cristel gimió interiormente antes de decir —¿Y si la detienen con las armas?

—Pues recemos porque sea lista y no se deje coger porque si no estaremos en un lío de primera.

Cristel miró fijamente a su hermana. —¿Estás lista? Necesito que tengas las ideas muy claras.

—Estoy lista.

—Vamos allá.

Ranko abrió la puerta y Esteban preguntó —¿Qué coño pasa?

—Tenemos un secuestro. Esos cabrones deben creer que ellas tienen algo que ver con lo de la nave y se la han llevado. Quieren respuestas por su vida y piden que vayan a Harlem.

—¿Qué? —Jack no salía de su asombro. —¿Quién es Christine? ¿De veras es tu gemela? ¿Por qué coño no sabíamos de su existencia?

Cristel apretó los labios. —No vivía con nosotras porque nos separaron después de la muerte de mis padres. La llamé porque se había encontrado el guardapelo y vino a Nueva York a pesar de que llevaba trece años sin venir. La han debido coger porque es igual que yo.

—Joder… —Esteban se pasó la mano por la nuca. —¿Qué hacemos?

—Un operativo. Piden que vayan a Harlem. Tienen que estar allí en menos de una hora. Traer chalecos, voy a pedir refuerzos.

—¿Qué refuerzos ni qué hostias? —dijo Johnson —. Vamos allí y les reventamos. —Clarie volvió la vista hacia él mirándole con otros ojos. —Hay que acabar con esos cabrones.

—Necesitamos refuerzos. No sabemos cuántos hay esperándolas —dijo su teniente mirando a Cristel de reojo.

—¿Qué piden? —preguntó Esteban—. ¿Solo que vayan? Esto no tiene buena pinta. Quieren liquidarlas porque piensan que tienen algo que ver en la muerte de los suyos. Yo estoy con Jonhson, vamos y les reventamos por meterse con uno de los nuestros. Limpio y sin aspavientos. Íbamos a interrogarles y la cosa se fue de madre, punto.

—¿Y si no la tienen allí? ¿Y si luego no la encontramos?

—Tienen que saber que si no la muestran, Cristel no moverá un dedo. Es policía, no es tonta. No va a exponer su vida si no ve a su hermana.

Ranko apretó los labios. —¿Qué dices, nena? Si tu hermana no está allí corremos un riesgo.

Si no estaba allí correrían un riesgo enorme porque a saber dónde estaría y no les quedaría más remedio que pedir refuerzos. Pero dijo lo que todos querían oír —Si no está allí les sacaremos dónde está. Y siempre podemos pedir refuerzos si la cosa se pone fea. —Se miraron a los ojos y entendía por qué había cambiado de opinión respecto el operativo. Jonhson y su amigo estaban de su parte y era mejor no implicar a nadie más. Además lo más probable es que Christine hubiera ido a por el cabecilla después de lo que le había dicho a Clarie.

—Poneros los chalecos —dijo Ranko—. No saldréis de aquí sin ellos.

—Ven conmigo —dijo Cristel a su hermana.

—¿Puedo ir armada?

La advirtió con la mirada. —¿Quieres cerrar el pico de una vez? —La metió en un cuarto donde había varios chalecos. —Escúchame bien, ahora te comportarás como una inocente virgen victoriana. Tú a mi lado con la boca cerrada y si yo me muevo tú te mueves.

—Oye, aquí estás muy mandona.

—¿Te das cuenta en el lío en el que nos has metido? —siseó antes de darle un chaleco—. Ponte esto por debajo del jersey.

—Ella se animaba sola, ¿sabes?

—Como no lleguemos a tiempo… —dijo quitándose la chaqueta a toda prisa.

—Ese Johnson tiene carácter, ¿no?

La miró sorprendida. —¿Has perdido el juicio? ¿Todo lo ocurrido te ha hecho perder la cabeza? Christine está armada y va a enfrentarse con auténticos criminales. ¡Está a punto de morir! —La agarró por la nuca con fuerza acercándola a su rostro. —Son gente muy peligrosa, hermana. No como esos a los que pillamos con la guardia baja fuera de su ambiente. Christine se va a meter en la boca del lobo sin que nadie le cubra la espalda. ¡Sin saber cuántos hay dentro! ¿Te das cuenta de que puede que no la veamos más con vida? —gritó en su cara.

Clarie pálida asintió. —Sí, y sé que es culpa mía.

—Por supuesto que es culpa tuya. Siempre tienes que salirte con la tuya.

—Tú eras como yo.

—¡Tus celos han provocado esto!

A punto de llorar susurró —Lo sé.

Cristel la abrazó con fuerza y su hermana sollozó en su hombro. —La encontraremos. —La besó en la sien. —Ponte el chaleco, debemos darnos prisa.

—¿Y si no está allí? ¿Y si fue a buscar a otro? Igual si damos su descripción es más efectivo.

—Si no la encontramos allí no habrá otro remedio y entonces sí que estaremos en problemas porque la cogerán con las armas. Iremos a prisión de por vida.

—No sé qué panorama es peor.

—Ni yo. Porque no podría vivir con la muerte de Chris sobre mi conciencia.

Capítulo 15

Detuvo el coche ante la casa del cabecilla de la banda. —Vamos allá. —Salió del vehículo y en ese momento escuchó el disparo.

Gritó a Clarie que no saliera del coche y cruzó la calle entre los vehículos sacando su arma. Ya dentro del portal una mujer con una minifalda se interpuso y la empujó tirándola al suelo. Sin mirar atrás empezó a subir las escaleras de dos en dos escuchando los gritos de los suyos siguiéndola. Con el corazón en la boca rezó porque su hermana no estuviera herida y escuchó otro disparo en el piso superior. Agarrándose a la barandilla subió el resto de los escalones y se pegó a la pared con la respiración agitada escuchando como los demás subían tras ella. Echó un vistazo, pero el pasillo estaba vacío y alguien gritó —¡Hija de la gran puta! ¡Te voy a matar!

Caminó apuntando hacia una puerta que parecía abierta y al llegar a su lado se pegó a la pared. —Chris, ¿estás ahí?

—¡Sí, has venido! Ya verás cabrón, es mi hermana, te va a freír a tiros.

Puso los ojos en blanco y asomó la cabeza para ver a su hermana dándole la espalda escondida tras el sofá. Había un reguero de sangre que iba hacia una habitación que estaba al fondo. La puerta estaba al lado del televisor más enorme que había visto nunca.

—¡He llamado a los míos, puta! ¡Estáis muertas!

Ranko llegó hasta ella. —¿Lo has oído?

Esteban se acercó y Ranko ordenó —¡Dispersaos! Vienen en su ayuda.

Johnson asintió. —A las escaleras. Desde arriba tendremos visibilidad.

—¡No! —dijo Ranko pensando rápidamente—. Dejarles entrar. Atraparles entre el cuarto y el tercero si es posible.

Sus hombres sonrieron. —Entendido, jefe.

Salieron corriendo y ella susurró —Vete, puedo sola.

—Nena…

—Vete, si vienen muchos, arriesgarán la vida y no es justo. Ayuda a tus hombres.

Ranko apretó los labios y salió corriendo. Apuntando hacia la puerta del reguero de sangre vio como su hermana sacaba la pistola por encima del sofá y disparaba. —¡Sal de ahí, cerdo!

—¡Hija de tu madre!

—Sí, por mi madre va esto, cerdo asqueroso.

Gruñó agachándose para acercarse hasta ella. —Hermana ahora sí que nos has metido en un lío.

La miró sorprendida. —¿Por qué?

—¡Porque estás aquí! ¡Y armada! Por cierto con mis pistolas —dijo entre dientes—. ¿Sabes cuántos años me pueden caer si te las pillan?

—Vaya, ¿de veras? Creí que estaban limpias como dicen en las novelas policiacas.

La miró como si quisiera soltarle cuatro gritos. —¡Hay que ponerte tele en la cabaña! Las balas son como huellas dactilares. Cada pistola les deja una marca.

—Oh, eso. Uy… —Le pidió perdón con la mirada. —No había pensado en eso.

—¡Pues hay que pensar, leche! —Hizo un gesto hacia la puerta. —¿Está solo?

—Había una chica, pero cuando me puse a pegar tiros salió pitando.

—Genial, has dejado que se largue una testigo y hay balas incrustadas por todo el apartamento. ¡Solo tienes que disparar una vez!

—Es que esa tía se me escapó.

—Cuanto te queda por aprender. —Estiró el cuello por encima del sofá. —Al menos no tiene una ametralladora. ¡Es la policía! ¡Baje el arma!

Una ráfaga de balas la hicieron agacharse agarrando a Chris para tirar de ella hacia el pasillo. Cuando la dejó tras la pared le gritó —¡Quédate aquí!

—¡Eres gafe! ¡Antes no tenía ametralladora!

—¡Sí que la tenía pardilla, pero no la había utilizado!

—Pues eso.

Le arrebató la pistola. —¡Dame la otra!

—¡Jo, Cristel!

La agarró de la oreja tirando de ella con saña y su hermana chilló —¡Toma, toma!

Se la quitó de la mano metiéndola en el bolsillo de la chaqueta. —¡No te muevas de aquí!

—¿Y si vienen los demás?

—Tranquila, que no pasarán. Ranko no dejará que se acerquen. —Metió la cabeza en la habitación y disparó dos veces antes de rodar tras el sofá que estaba lleno de agujeros, pero no perdió el tiempo quedándose ahí, sino que saltó sobre él justo cuando el tipo volvió a disparar. Cristel disparó de nuevo y de la que pasaba cogió una botella de alcohol que había sobre la mesa de centro y por suerte aún estaba intacta. Pegada a la pared miró la etiqueta e hizo una mueca cuando vio que era una carísima botella de vodka. Una bala la destrozó tirando el contenido sobre la mesa. —Mierda. —Sin dejar de mirar la puerta se agachó y a gatas se acercó a la mesa de nuevo, estiró el brazo y cogió otra. La tiró contra el marco de la puerta antes de arrastrarse por la sucia moqueta para pegarse a la pared tirando el televisor al suelo.

El tipo se echó a reír. —¿Se te han acabado las balas?

—¿Por qué no sales para comprobarlo? —preguntó cambiando el cargador.

En ese momento se escucharon un montón de disparos y el tipo rio más alto. —Ahí están los míos. Estás muerta, puta.

Arrancó el cable del televisor y este aún enchufado soltó un chispazo. —¡Pareces un disco rayado! ¡Deja de tirarte faroles!

—¿Faroles? Espera y verás.

—Saluda a mis padres. —Acercó el cable al suelo sobre el alcohol que había empapado la alfombra y este ardió rápidamente.

El tipo gritó al ver las llamas en el marco de la puerta, pero no salió. Apuntando hacia allí se fue apartando a medida que las llamas avanzaban. —¡Si no sales te vas a achicharrar!

El gritó disparando y de repente saltó al salón intentando no quemarse. Cristel disparó dos veces. Una bala en la cabeza y otra en el corazón. Puso la misma cara de sorpresa que ponían todos cuando llegaba ese momento. No pudo evitarlo sintió la misma satisfacción que sentía siempre.

—¡Cristel!

Corrió fuera del apartamento para ver que Ranko corría hacia ella con el arma en la mano. —¡No tengo munición!

—¿No has venido preparado? —preguntó Chris como si hubiera cometido un error gordísimo. Ambos le fulminaron con la mirada—. Vale, solo era un comentario.

Él vio el humo que salía del apartamento. —Estupendo. Hay que sacar a la gente del edificio.

—¡Fuego! —gritó Christine.

En ese momento se abrieron todas las puertas y varios salieron corriendo casi arrollándolos por ir hacia las escaleras. Asombrados miraron hacia ellos antes de mirar a Chris. —En un libro que leí decía que si te violan hay que gritar fuego para que salgan los vecinos porque nadie quiere problemas, pero si creen que van a perder la vida salen pitando.

—Pues tenía razón —dijo Ranko—. Nena, ¿tienes munición?

Sacó una de las pistolas. —Diremos que las encontramos aquí.

—Perfecto, menos cargos por si te pillan en el futuro.

—Pues sí. —Corrieron hacia las escaleras y gritaron fuego. Los vecinos salían en estampida y no se tardó en escuchar las sirenas de los bomberos. Al bajar las escaleras encontraron varios cadáveres.

—Al parecer se han ido pitando —dijo Ranko justo antes de llegar a la calle que estaba llena de curiosos.

—¡Christine!

Clarie llegó hasta ellos y abrazó a su hermana. —¿Estás bien?

—Sí, ha estado chupado.

Ranko gritó —¡Id al coche! ¡No sabemos si los que quedan siguen aquí! ¡Esteban!

Su amigo llegó con el arma en la mano. —¡Estoy vigilando a la gente, pero no vi bien sus caras! ¡No puedo estar seguro de quienes son!

—¡Escoltarlas!

Johnson y Esteban con sus armas en la mano cogieron a las chicas de los hombros llevándolas hacia el coche patrulla más cercano. Cristel sin dejar de vigilar a la gente se apartó para que pasaran los bomberos y se dio cuenta de que un hombre volvía la vista hacia sus hermanas que en ese momento entraban en el coche patrulla. Su cabeza rapada dejaba ver parte del tatuaje. —Allí, el que está detrás de la del pijama violeta.

Ranko se tensó mirando hacia allí y asintió. Vieron como llamaba a alguien por teléfono y decía unas breves palabras. Otro se

acercó a él mirando hacia el edificio donde el fuego se extendía rápidamente. —Nena, no le pierdas. No sabemos si estaba dentro o lo que sabe. Hay que liquidarlo.

—No le pienso dejar escapar.

—Ve por su derecha. Hazles huir hacia mí.

Caminó hacia su derecha y ordenó a la gente que no se acercara. Entonces les miró. —¡Eh, vosotros! —Ambos echaron a correr. —¡Cogedlos!

Varios hombres uniformados sacaron sus armas y la gente gritó tirándose al suelo. Cristel corrió como pudo tras ellos y de repente atravesaron el cruce en lugar de ir hacia Ranko. Gritó corriendo en su busca y escuchó como la llamaban, pero no se detuvo. De repente los pandilleros se separaron y gritó —¡Cielo, a la derecha!

Ella giró a la izquierda, pero no le encontró. Varios disparos a sus espaldas le pusieron los pelos de punta y sintió ese vacío en la boca del estómago de aquella noche. Se giró pálida y gritó —¡Ranko! —Corrió hacia los disparos desesperada y vio a varias personas rodeando a alguien que estaba tendido en el suelo. —¡Ranko! —Apartó a la gente y gritó al verle en el suelo boca abajo. Se arrodilló

a su lado con miedo a tocarle. —Cielo, no... Pidan ayuda. ¡Pidan ayuda! —gritó viendo la sangre que empezaba a fluir por la acera—. ¡Una ambulancia! —Clarie apareció ante ella y le gritó —¡Haz algo!

—¡Ayúdame a darle la vuelta!

Esteban llegó y gritó —¡Apartad, joder!

Le volvieron y Clarie gritó —¡Por dónde sangra! —Abrió la camisa haciendo saltar los botones y Cristel gritó de dolor al ver que no llevaba el chaleco y que tenía un agujero en el centro del pecho del que no hacía más que manar sangre.

—¡Joder! —Clarie se agachó hasta su boca y en ese momento llegaron los sanitarios. Su hermana tomó el control dando órdenes a diestro y siniestro. Cuando cogió el bisturí y le hizo una traqueotomía Cristel sollozó sintiendo que su corazón se desgarraba de dolor por él.

Christine intentó apartarla, pero no pudo y solo cuando Esteban la cogió consiguieron separarla para que los sanitarios trabajaran. Su hermana se quedó a su lado abrazándola. —Se pondrá bien —le susurraba—. Es muy fuerte y tiene por lo que luchar.

—Esto es culpa mía. Culpa mía —repetía una y otra vez.

—Somos policías. Esto puede pasarnos a cualquiera —dijo Esteban.

—¡Está en parada! —gritó uno de los sanitarios.

El dolor fue tan fuerte, que sintió como si le desgarraran el alma y gritó intentando tocarle. No podía perderle, le necesitaba y entre lágrimas vio como intentaban reanimarlo, pero la desesperación en la cara de su hermana provocó que algo se resquebrajara en su interior y el dolor aumentó hasta que se quedó sin aliento perdiendo el sentido.

Sentada ante la psicóloga de la policía tenía la mirada perdida y Mary carraspeó llamando su atención. —Decías que estabas preparada para regresar al servicio activo.

—Llevo dos semanas de permiso y ya es hora de que vuelva al trabajo.

—Pasaste una situación muy estresante y no sé si sería bueno para ti regresar todavía. Y más a homicidios.

—¡Joder, me vuelvo loca en casa! ¡Necesito trabajar!

—Que me hables tan alterada demuestra mi teoría, ¿no crees?

Entrecerró los ojos. —Me necesitan.

—Nueva York no se ha detenido porque tú te hayas quedado en casa, te lo aseguro.

—Muy graciosa.

—No hemos hablado del teniente Dickerson.

Se tensó. —¿Qué pasa con él?

—¿Has ido a visitarle? —Apretó los labios sin responder. —Ya veo que no. Es tu compañero.

—Es mi jefe —dijo fríamente.

—Tu jefe, entonces. Le has visto a punto de morir y que no hayas ido a apoyarle en estas circunstancias es algo egoísta, ¿no crees?

Intentó evitar sentir nada, intentó ignorar el nudo que tenía en la garganta y dijo fríamente —Es mi jefe y se pondrá bien.

—En unas semanas volverá al trabajo. ¿Cómo creéis que será vuestra relación?

—He pedido el traslado. No tardarán en darme mi antiguo puesto.

—A desaparecidos. No digas que el episodio sufrido no te ha afectado cuando quieres volver a tu antiguo puesto huyendo de esta situación.

La miró con rencor. —Yo no huyo de nada.

—¿No? ¿Entonces por qué dejas un puesto por el que has luchado tanto?

—Me he dado cuenta de que soy más útil en desaparecidos.

—No cometiste un error. Seguiste el procedimiento y él no llevaba chaleco como os ordenó a vosotras.

—¡No teníamos que habernos separado! ¡Teníamos que habernos cubierto el uno al otro!

—No estabas preparada para perderle, ¿verdad?

—¡Cállese!

—Has perdido tanto en toda tu vida… No estabas preparada para perderle a él.

—¡No sabe de lo que habla!

—Y ha sido ese dolor el que te ha impedido ir a verle. Te niegas a sentir ese dolor de nuevo y quieres huir.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Zorra retorcida. ¡Métase el trabajo por el culo!

—Eso es, Cristel… Deja salir la rabia y el dolor.

—¡Púdrase!

—Vas muy bien. Mucho mejor que con esa frialdad y apatía que demostrabas hasta ahora. —Sonrió de repente. —Te vas a reincorporar. Igual sacando ese rencor que llevas dentro tengas algo de paz.

Parpadeó asombrada. —¿Me deja volver?

—Claro. Que se preparen los criminales de esta ciudad.

¿Estaba diciendo que lo que había hecho durante esos años había sido una buena terapia? Apoyó el codo sobre la mesa. —Vamos a ver, que no sé muy bien si la entiendo. ¿Sacando la rabia voy bien?

—Muy bien. Es bueno desahogarse de vez en cuando. —Soltó una risita. —Pobre del que haya cometido un delito y caiga en tus manos.

Sí que le daba el visto bueno, sí. —Ah… Pues perfecto. —Se levantó yendo hacia la puerta.

—Cristel… —Se volvió a regañadientes. —Tómate las pastillas para dormir y nos vemos en un mes.

—Sí, claro.

Clarie y Christine preocupadas vieron como su hermana sentada en el sillón revisaba un expediente que se había llevado de la comisaría como hacía cada noche desde que había vuelto al trabajo. Casi no hablaba, casi no comía, solo trabajaba. Esteban había intentado hablar con ella mil veces pidiéndole que fuera a ver a Ranko, pero ella ni quería hablar del asunto. Sus hermanas ya estaban desesperadas porque esa no era Cristel. Desde aquel día ya no era su hermana.

—Cielo, no has comido la cena —dijo Clarie.

—Uhmm…—Distraída pasó una hoja hacia atrás.

—¿Hoy has comido algo?

Levantó la vista. —Claro, no vivo del aire. No me desconcentréis que este caso es importante. —Apuntó algo en el block que tenía sobre el brazo del sofá y las hermanas se miraron.

—¿Sabes? Greg y yo vamos a salir mañana —dijo Christine intentando que le hiciera caso.

—Ya es la décima cita —respondió sin mirarla siquiera.

—Sí. Y hoy Frank también ha invitado a comer a Clarie. Han conectado muy bien.

—Me alegro mucho. —Forzó una sonrisa mirándola a los ojos. —Es genial, ¿no? —Se levantó mostrando el viejo pijama que se había puesto esa noche. —Tengo que hacer unas llamadas.

—¿A estas horas?

—Ahora es cuando están en casa. —Fue hasta la habitación y cerró la puerta.

—Es mentira, no va a llamar a nadie —dijo Clarie.

—No puede seguir así.

—Y qué sugieres que hagamos, ¿eh? —Miró hacia la puerta de la habitación y susurró —Además últimamente está peor porque sabe que ya han echado a Ranko del hospital. En cuanto él se incorpore al trabajo va a estar intratable.

—Ya está intratable.

—Pues será peor. Tenemos la culpa de esto. Yo tengo la culpa de esto. —Clarie apretó los labios. —Mierda. Si hubiera cerrado mi bocaza…

—La culpa es mía porque no tenía que haber hecho nada yo sola. Menos mal que entre el incendio y que esos nos atacaron

pudimos cubrir lo del secuestro. Ha rechazado la medalla, no me lo puedo creer. ¿Cuántas veces hablamos de cuando le dieran una medalla por su valor? Y cuando llega la rechaza.

—Cree que no se la merece. Lo que más me preocupa es lo que me ha dicho Frank. Desde que Esteban se ha hecho cargo del departamento no hace más que echarle la bronca por todo lo que se arriesga. Y Frank, ahora que es su compañero, está harto de que ni le avise para seguir las pistas que se encuentra. A veces Cristel llega al mediodía y resulta que todo lo que tenían pendiente lo ha hecho ella sin llevar a un compañero. Esteban ha amenazado con abrirle un expediente y Frank me ha dicho que le daba igual. Le dijo que se lo abriera si lo consideraba necesario.

—Esto no tiene buena pinta. —La miró de reojo. —Hoy he ido a ver a Ranko.

A Clarie se le cortó el aliento. —¿Qué dices? ¿Estás loca? Como se entere te mata.

—Tenía que hablar con él. Saber cómo estaba y disculparme. Casi se muere por mi culpa.

—¿Y cómo está? —preguntó intrigadísima.

Christine apretó los labios. —¿La ves a ella? —Su hermana asintió. —Pues diez veces peor.

—No fastidies.

—Casi ni me habló y parecía que quería pegar a alguien. Tiene un cabreo de primera. Y si esta se cree que va a tardar días en presentarse en el trabajo está muy equivocada. —Se acercó para decir bien bajo —Vuelve mañana.

—Esteban me dijo que estaba furioso porque no había ido a verle al hospital, pero le expliqué las razones. Él se las transmitió a Ranko y su amigo creía que lo había entendido.

—Oh, y lo entiende. Que ha sufrido mucho porque creía que le había perdido y todas esas cosas. Ranko me ha dicho que entiende que después de lo de nuestros padres, al vivir otra experiencia traumática se le hubiera cruzado un cable.

—¿Entonces? —preguntó sin entender.

—Alucina, está cabreado por cómo se comporta en el trabajo.

Clarie dejó caer la mandíbula del asombro. —A estos les falta un tornillo.

—¿A que sí? Yo le arrancaría los pelos a Greg si no hubiera estado conmigo cuando tenía un pie en la tumba y este se cabrea

porque es una camicace.

—Dime que va a hacer lo posible para que vuelva a ser la Cristel de siempre.

Christine sonrió maliciosa. —No sé si la de siempre, pero te aseguro que le va a poner las pilas.

Esteban estaba tan contento que hasta le puso un café sobre la mesa sin preguntar siquiera y ella le miró con desconfianza mientras iba hacia su nuevo despacho. ¿A este qué le pasaba? ¿Le había tocado la lotería?

—¿Y el mío? —preguntó Frank.

—Novato, no eres mi compañero. —Cerró la puerta haciéndole reír por lo bajo.

—Tómatelo tú, no lo quiero —dijo ella tendiéndoselo.

—¿Seguro? Era broma.

—Seguro. —Al ver como Esteban recogía la foto de sus hijos de la mesa se puso en guardia, pero no dijo palabra cerrando el expediente que tenía delante. Bueno, sabía que ese momento llegaría, aunque no esperaba que fuera tan pronto, la verdad.

Todavía no podía estar recuperado del todo. Este hombre era un inconsciente.

Uno de los chicos silbó y miró hacia las escaleras mientras otros aplaudían. Ranko apareció subiendo las escaleras provocándole un vuelco al corazón. Estaba más delgado y su cara indicaba que no estaba para celebraciones. —¡A trabajar! —gritó antes de girar la cabeza hacia ella. Cuando sus ojos coincidieron su corazón se aceleró con fuerza y nerviosa apartó la mirada cogiendo otro expediente.

—Ya no podrás evitarle —dijo Frank divertido.

—Cierra el pico, novato.

—Qué alegría verte tan bien —dijo Esteban saliendo del despacho—. Jefe, todo está en orden.

—Quiero una reunión en diez minutos para que se expongan cada uno de los casos en los que están trabajando. Portland a mi despacho. —Sorprendida y avergonzada porque debía pensar que era una tarada, levantó la vista hacia él y su teniente gritó —¡Ahora!

Mierda, esperaba que no montara el numerito, la verdad. Sintiéndose observada por todos se levantó de su asiento y Esteban dijo —Chaval vuelve a tu mesa.

—¿No puedo quedarme aquí?

—¡No!

Gruñó levantándose y se cruzaron de la que ella iba al despacho de Ranko. —Suéltale una lagrimita y así le ablandas.

—¿No te he dicho que cerraras el pico?

Frank puso los ojos en blanco antes de ir a su antigua mesa y ella miró hacia el despacho de Ranko donde este se quitaba el abrigo intentando disimular lo que aún le dolía la cicatriz que tenía en el pecho. No sabía cómo sentirse. Quería llorar, reír y mil cosas más, pero no se permitiría ni un solo sentimiento. Ya no. Tomando aire entró en el despacho cerrando la puerta y se puso ante la mesa, pero sin darse cuenta sus ojos fueron a parar a la pequeña cicatriz que tenía en el cuello. Su corazón dio un vuelco recordando el momento en que su hermana se la hizo y reaccionando miró sus ojos grises que la observaban. —¿Quería algo, jefe?

Él la fulminó con la mirada provocándole que se le retorcieran las tripas de dolor. —Tengo entendido que has solicitado tu traslado a desaparecidos.

—Sí.

Ranko se sentó en su sillón observándola. —Pues no va a haber traslado. Ni ahora ni nunca.

Le miró sorprendida. —No puedes impedirlo.

—Claro que puedo. ¡Y más a desaparecidos! ¿Es que has perdido el juicio del todo? —gritó a los cuatro vientos sin importarle quien le oyera que era todo el departamento que no se cortaba en mirarles—. ¡Eres una de las mejores detectives de homicidios de Nueva York y no pienso permitir que por una crisis de identidad lo tires todo por la borda!

—No tengo crisis de identidad —siseó—. La psicóloga ha dicho que estoy bien.

—¿Bien? ¡Y una mierda! ¡Te arriesgas todos los días y Esteban ha perdido la cuenta de las veces que te ha amenazado con expedientarte! —La señaló con el dedo. —Escúchame bien… ¡Cómo no hagas el trabajo según el protocolo, te voy a meter un paquete que no te cambiarás de departamento, te echaré del cuerpo!

Se quedó sin aliento. —No puedes hacer eso.

—Pruébame.

—¡Estás cabreado porque no he ido al hospital! ¡Porque lo nuestro se ha acabado no puedes amenazarme con mi carrera!

De repente Ranko sonrió. —¿Quién te ha dicho que lo nuestro se ha acabado? —Pálida le miró sin entender. —¿Acaso te he dejado? —Se quedó en shock y él sonrió aún más. —No, nena. No me has metido en esta relación para dejarlo ahora. Eres mía y lo serás para siempre. —Casi le da un infarto de la impresión. —Lo que te ha pasado es que has sentido miedo, pánico por perderme, pero estoy aquí y aquí voy a seguir. —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque parecía que hablaba muy en serio y no se lo podía creer. —Continuaremos con la boda. Por cierto, Anne ya ha firmado el divorcio. Y te daré esa familia que querías.

—No estás hablando en serio.

—No he hablado más en serio en mi vida. Vuelve al trabajo. —Apretó las mandíbulas y él levantó una ceja. —Nena, ¿no me has oído?

Que la llamara de esa manera tan cariñosa le retorció las tripas de remordimientos y una lágrima cayó por su mejilla. Ranko la miró fijamente sin decir una sola palabra. —¿Por qué haces esto? Déjame ir.

—Eso no va a pasar. Como no voy a dejar que te peguen un tiro por tu inconsciencia porque estás furiosa con el mundo.

—Has hablado con la psicóloga —dijo entre dientes.

—Soy tu superior y debe mantenerme informado. Y cuando te dijo que volvieras al trabajo para desahogar esa furia, no se refería a que te jugaras el cuello a diario. Pero ya estoy aquí para retenerte y te juro por lo más sagrado que lo voy a hacer. Ahora vuelve al trabajo. Esta conversación se ha acabado.

—¡Pues dimitiré!

Se levantó lentamente y apoyó las manos sobre el escritorio. —¿Seguro que quieres hacer eso para perderme de vista?

—¡Sí! —gritó rabiosa.

—Preciosa, ¿recuerdas todo lo que sé de vosotras?

Se le cortó el aliento. —No se te ocurriría.

—¡Qué no se te ocurra a ti presentar la dimisión porque entonces sí que me voy a cabrear! ¡Ahora vuelve al trabajo!

Frustrada y con ganas de gritar salió del despacho dando un portazo rompiendo el cristal y Ranko se echó a reír. —¡Qué alguien llame a mantenimiento!

Fuera de sí quería gritar y Esteban silbó. —Igual deberías ir al gimnasio a desahogarte un poco.

Le miró fijamente. —Al gimnasio. Sí, eso es lo que necesito. Díselo al jefe, ¿quieres?

Esteban iba a decir algo, pero se largó con viento fresco. Ranko abrió la puerta de golpe. —¿A dónde coño va? ¡Tenemos una reunión!

—Déjala desahogarse, amigo. O cuando explote nos va a salpicar a todos.

Ranko apretó los labios antes de gritar —¡Espero que estéis preparados!

Golpeaba el saco una y otra vez alternando las patadas. Sudando a mares ya ni tenía energías y el dueño del gimnasio sin dejar de observarla desde hacía media hora entrecerró los ojos cuando falló un golpe. —¿Estás bien?

—Perfecta —dijo casi sin voz.

—Levanta más los puños.

Al ver que Ranko entraba en la sala dio otro golpe al saco. —Bebe agua. Necesitas hidratarte —dijo Joss volviéndose hacia Ranko —. Esta es una sala privada.

—Por eso estoy aquí. Nena, quítate los guantes.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó su entrenador.

—Soy su prometido.

—Hostia Cristel, no me habías dicho nada. —Alargó la mano hacia Ranko. —Joss Smith. La conozco desde hace años y no suele hablar de ella, ¿sabes? —Se echó a reír. —Sí, supongo que lo sabes.

—Lo sé muy bien —dijo mirándola fijamente, pero Cristel no dejaba de golpear el saco. Se puso ante ella—. Joss, ¿puedes dejarnos solos unos minutos?

—Sí, claro. Iré a dar una vuelta por la sala a ponerles las pilas a esas aburridas amas de casa.

Ranko agarró el saco y cuando se quedaron solos furiosa dio un puñetazo y el apartó el saco dejando que le diera en la cara. Se quedó en shock. —¿No es lo que querías? —Él pasó la mano por debajo de la nariz mostrando la sangre. —¿Hacerme daño?

Perdió todo el color de la cara dando un paso atrás y negó con la cabeza.

—Sí, nena. Quieres hacerme daño porque yo te hice daño a ti, ¿no es cierto? Estás furiosa conmigo porque pensaste que te había dejado sola y te hice sufrir. —Sollozó volviéndose sin ser capaz

de mirarle a la cara. —Venga, sigue pegando. Porque cualquier golpe que me des no será nada comparado con lo que he sentido cuando creía que no te importaba. Y te aseguro que lo pensé hasta que Esteban me dijo hasta qué punto habías sufrido por mi estado. Fue cuando lo comprendí. Comprendí lo que hubiera sentido yo si creyera que te había perdido y te aseguro que me volvería loco, nena. Por eso entiendo lo que estás pasando y que estés furiosa conmigo, que estés furiosa con tus padres por pasear por ese parque, por dejarte… Y haré lo que sea para que no te sientas así de nuevo. Haré lo que sea necesario para permanecer a tu lado, así que si tienes que desahogarte, pega.

Cristel sintiendo que las fuerzas la abandonaban se dejó caer de rodillas y cuando sintió sus brazos rodeándola cerró los ojos por todo lo que le había echado de menos, por todo lo que le hacía sentir. —Te amo, nena. Como eres. Y ahora sé que no dejaré de amarte nunca.

Sin soportarlo más se volvió abrazándole con fuerza y Ranko la pegó a él. —Lo siento —susurró ella contra su cuello.

—No vuelvas a decir eso. Tú has sufrido mucho más que yo.

Sollozó porque no se podía creer que estuviera allí a su lado a pesar de como se había portado. —No he estado contigo. Tenía que

haber estado a tu lado, pero…

—No querías volver a pasar por eso nunca más.

—Estoy loca. ¿Cómo puedes amar a una loca?

—Eres la persona más cuerda que conozco.

Sonrió con tristeza. —Sí que debes quererme, no ves mis defectos.

—Sí que los veo y te amo a pesar de ellos.

Se apartó para mirarle a los ojos. —Tengo miedo.

—Lo sé. Pero me amas e intentarás sobrellevarlo por nuestra felicidad. Como yo intentaré controlarme cada vez que te pongas en peligro. —Besó suavemente sus labios y los saboreó tomándose su tiempo antes de susurrar con voz ronca —Que a partir de ahora no será a menudo.

Disfrutando de sus caricias no entendió lo que dijo. —¿Qué?

Él se apartó. —¡A partir de ahora nada de ponerte en riesgo!

—Oh… Sí, claro. A partir de ahora.

Ranko entrecerró los ojos. —Joder nena, ¿qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

—¿No habrás…? —Ella se puso como un tomate. —¡Me lo prometiste!

—¡Pero habíamos roto!

—¡No, no habíamos roto porque ni habías dado la cara!

—¡Uy, que me lo vas a reprochar continuamente!

—¡Esto sí! ¡No me lo puedo creer!

—Qué querías que hiciera, ¿eh? ¡Casi te mata!

Se le cortó el aliento. —Le encontraste.

—Por supuesto que sí, a los dos. Persiguiéndoles les vi perfectamente. Solo tuve que buscarles en la base de datos. ¿Por quién me tomas? Sé hacer mi trabajo.

Él atrapó su boca besándola de una manera que supo que tenía razón, siempre sería suya. A pesar del dolor, del miedo a perderle, supo que ese era su lugar. A su lado, para siempre.

Epílogo

—No, ¿el rosa para las damas de honor? Ni hablar. No querrás que parezcamos helados de fresa. Pero el violeta me queda muy bien, Clarie. Acuérdate que en la boda de Christine ese amarillo limón quedó fatal en las fotos. Con el tocado blanco parecíamos margaritas. —Cerró el expediente que tenía delante y le pegó un manotazo a Esteban que le robó unas monedas del bote que tenía sobre la mesa.

—El tuyo descafeinado.

Le guiñó un ojo y sonrió reclinándose en su silla acariciando su vientre de ocho meses. —Claro que voy a parir antes de la boda. —Jadeó por lo que decía su hermana. —No, por mucho que me empeñe en cerrar los casos pendientes no podré retenerlo dos meses.

Varias risitas a su alrededor hicieron que fulminara con la mirada a sus compañeros. —¡A vuestras cosas, cotillas! —Se puso el teléfono al oído. —Clarie, ¿no tienes trabajo? ¿No hay infartados por ahí que te necesiten? Sí, las rosas están muy bien para los centros… —Sonrió a Esteban que le puso el café delante. —Sí, a Ranko le gusta todo, así que da igual la carne que pongas. Oye, ¿estas preguntas por qué no se las haces a Chris? ¡Yo me casé en las Vegas para no tener que hacer estas cosas y ya pasé por este suplicio con Christine! ¿Que tengo las hormonas alteradas? ¡Estamos a cuarenta y cinco grados, tengo seis homicidios pendientes y mi marido hace diez días que no me hace el amor por miedo a dejar tonto al niño! ¡Claro que estoy alterada! —Colgó el teléfono y gritó —¡Dónde está el ventilador! ¿Quién me lo ha mangado?

Ranko salió del despacho en mangas de camisa. —Nena, que están deseando que te cojas la baja por maternidad.

—Qué va, si me adoran.

Le puso una hoja delante y ella chasqueó la lengua. —¿Qué es esto?

—¿Por qué no lo lees?

Sonrió. —Tienes una mirada misteriosa, amor…—Cogió la hoja y empezó a leer. Separó los labios de la impresión al ver que era un documento de la comandancia. —No.

—Sí.

Chilló poniéndose de pie y le abrazó llenándole de besos haciéndole reír. —¿Me dejan quedarme?

—Contra todo pronóstico nos dejan trabajar juntos. Al parecer la documentación que presentó Greg ante la comisión y los resultados de los últimos meses han hecho el milagro. No sé cuánto durará, pero tendremos que aprovecharlo.

Abrazándole por el cuello le miró enamorada. —Hacemos un buen equipo, Dickerson.

Esteban colgó el teléfono. —Pareja, tenemos trabajo.

—Johnson vete con él.

Jadeó apartándose. —¿No me dejas ir?

—Nena que estás de ocho meses. Siéntate.

—Uy, ya verás cuando lleguemos a casa. —Fue hasta su asiento. —¡Y más vale que me hagas el amor!

Sonrió divertido antes de pasar de ella y volver a su despacho. Gruñó abriendo otro expediente. —Enviarme las fotos,

¿vale?

—Ni hablar, que el jefe nos capa —dijo su cuñado—. Y no me amenaces con chivarte a Clarie que la tendrás contenta.

Gimió dejando caer la frente sobre la mesa. —Que ganas tengo de parir.

Sus amigos se fueron riendo y en ese momento le sonó el móvil. Lo cogió a toda prisa. —Dickerson.

—Lo sé.

Se le cortó el aliento y miró hacia el despacho de su marido que sonrió. —He pensado que tenemos que celebrarlo. ¿Qué te parece si esta noche tú y yo organizamos un allanamiento a la piscina de la azotea del edificio de Greg?

Se echó a reír. —Seré tu cómplice encantada. ¿Cómo he tenido la suerte de que entraras en mi vida?

—Fuiste tú la que entraste en la mía, ¿no lo recuerdas? Tú viniste a mí.

—Ese traslado fue la mejor decisión que he tomado nunca. Me cambió la vida. Me dio la vida. —Se llevó la mano al vientre y jadeó. —Voy a dar vida.

—Sí, nena…

—No, cariño. ¡Voy a dar vida ahora! ¡Voy a parir!

Ranko asustado se acercó a la puerta. —¡Mujer, lo que haces por salir de la comisaría a perseguir casos!

Se levantó y de repente se le mancharon los pantalones del traje que llevaba. Asombrada estiró el cuello para mirar hacia abajo. —He roto aguas.

—Hostia. ¡Hostia! ¡Una ambulancia! —gritó acercándose.

—Cariño no pasa nada podemos ir en coche. —Sus ojos brillaron. —En un coche patrulla.

—¡Traer un coche a la puerta!

—Y que pongan la sirena, así se va habituando —dijo yendo hasta la escalera como si tal cosa.

—¿Cómo que así se va habituando?

—Será poli, como su padre.

—Será abogado, que ganará más pasta y estará seguro.

Ella se detuvo y entrecerró los ojos. —Tienes razón, mejor que estudie derecho. —Sonrió. —Será juez.

—Bien visto, nena.

—Y el segundo fiscal.

Ranko sonrió divertido abriendo la puerta de la comisaría para que pasara. —¿Y el tercero?

—Uff, déjame pensarlo.

Él se echó a reír abriendo la puerta de atrás del coche patrulla que ya esperaba.

—¡Ya lo sé! —Se metió en el coche arrastrando el trasero para que se sentara a su lado. —¡Será forense!

—Perfecto, cubriremos todas las áreas.

Se acarició el vientre y él la abrazó por los hombros. Cristel sonrió. —Solo quiero que sean felices.

—Serán muy felices, nena. —La besó en la sien. —Haremos lo necesario para que sean muy felices.

Levantó la vista hacia sus ojos. —Te amo tanto...

—Tanto como te amo yo, mi preciosa justiciera. ¿Nerviosa?

—No, porque estás a mi lado.

—Y lo estaré siempre, mi amor. Siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.